Reglas para un AMOR DE VERANO



- Serie Sphere España -

MAGGY MCANDREW

REGLAS PARA UN AMOR DE VERANO

Maggy McAndrew

Derechos de autor © 2025 AMM

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

A mi esposa.

Versión en castellano

-Serie Sphere España-

CAPÍTULO 1

Brazada. Respira.

¿En qué momento cambia la vida y deja de ser lo que siempre fue? Los cambios sutiles se acumulan día tras día, con tal lentitud que parece que no estuvieran ocurriendo. Hasta que, una mañana, nos despertamos y nos damos cuenta de que nada sigue igual, de que nos hemos convertido en alguien diferente de la persona que éramos en las fotografías que guardamos.

VICTORIA

1 de julio

Avanzo hasta que el agua me toca los tobillos y siento un escalofrío. Doy unos cuantos pasos más hacia adelante y me sumerjo de un movimiento rápido, sin titubeos. Como todos los días, el mar me envuelve por completo y el mundo en tierra desaparece.

Abro los ojos bajo el agua. La luz del sol del atardecer atraviesa la superficie y danza sobre el fondo de arena blanca. Puedo ver mis piernas, las rocas sumergidas que marcan el límite de esta pequeña cala, y un banco de peces plateados que se desvía de mí, indiferente. Salgo a la superficie para respirar y me sumerjo otra vez, sintiendo una presión suave en los oídos.

Nado mar adentro hasta estar lo suficientemente lejos para poder relajarme. No se ve a nadie. ¿Cómo podría? Este es uno de los secretos del hotel. Solo se puede acceder a esta pequeña maravilla por el sendero sinuoso al final del jardín. Un hotel mágico, discreto y sublime, así fue como apareció descrito hace algunos años en una de las revistas de turismo más importantes.

¿Y ahora? ¿Cuántos huéspedes tenemos? ¡Seis! Exactamente media docena, contando a los franceses que llegaron esta tarde.

Intento alejar los pensamientos que me invaden, como si hubiera empezado una tormenta. Me concentro en el mar, contemplo el cielo azul, casi blanco de tan claro, y respiro profundamente, esperando que las preocupaciones vuelen con el viento.

"Tengo que arreglar la ducha de la habitación cinco." No voy a llamar al fontanero, ni pensarlo, lo que ahorre paga la cuenta del jardinero. Con la pieza correcta y un buen tutorial, lo conseguiré. Al fin y al cabo, ¿qué puede tener de más complejo una ducha que el último texto que escribí? Si me hubieran dicho, a finales del año pasado, que yo, considerada una de las sociólogas más prometedoras de la Universidad, me iba a dedicar a ver videos sobre

cómo arreglar una ducha de los años 80, habría sido imposible de creer. Hilarante.
Me giro boca arriba y me dejo mecer por el movimiento del agua. El sol está cada vez más bajo, pintando el cielo con colores que, en otra vida, me parecerían románticos, pero que ahora solo significan que el día se está acabando y todavía no he hecho ni la mitad de lo que debía.
Miro hacia la línea de costa. El hotel, encaramado en las rocas, iluminado por esta luz dorada, parece idílico. Una mentira bonita. Una belleza antigua y decadente, llena de promesas incumplidas.
La imagen de Mel cruza mi pensamiento, provocándome una sonrisa y una opresión en el pecho. ¿Vendrá este fin de semana? No voy a hacer planes. Es mejor no esperar nada. Y de inmediato pienso: podría llamarme para decir que consiguió un día libre, que viene antes. Quiero oírla quejarse del tráfico, y después el sonido de su coche aparcando. Quiero su olor, su sabor. El recuerdo hace reaccionar mi cuerpo. Quiero un fin de semana que sea solo un fin de semana. ¿Es pedir mucho?
Me giro y empiezo a nadar. La pausa se acabó.
Subo las escaleras del agua hacia el pequeño muelle de madera y siento la calidez de las tablas en mis pies descalzos. Cojo la toalla, una toalla azul desteñida por el sol y la sal, y empiezo a secarme. No hay nada relajante o sensual en el gesto. Es solo una tarea que cumplir.
No me siento. No miro al mar. Me pongo la camiseta y los pantalones cortos sobre el bañador, me calzo las sandalias de cuero marrón y sacudo los restos de arena de los pies con un movimiento rápido, empezando a recorrer el césped en dirección al hotel.
Entro en la recepción por la puerta del jardín, todavía con el pelo mojado y la camiseta pegándoseme a la espalda. Mis planes de cinco minutos de paz se evaporan en el instante en que veo a la pareja francesa, que entró hace poco, de pie, mirando un plano del pueblo con cara de perdidos. Enderezo la espalda, compongo una sonrisa y vuelvo a mi papel.
"¿Puedo ayudarles?", pregunto, con la voz sonando más profesional de lo que me siento.

"¡Ah, Victoria!", dice la mujer de la que no recuerdo el nombre, visiblemente aliviada. "Justamente estábamos intentando descubrir dónde vamos a cenar esta noche. El hotel es magnífico, pero un poco... aislado."
"Es nuestro encanto y nuestra maldición", respondo con un guiño, acercándome al mostrador. "¿Qué les apetece? Tienen el 'Mar y Viento' en el centro del pueblo. Es un clásico. Manteles de lino, camareros uniformados, pescado que esta mañana todavía estaba nadando. Es el sitio ideal para celebrar algo."
Ella se ríe. "Quizás no hoy. Queríamos algo más... ¿auténtico?"
"Auténtico." Adoro esta palabra. Generalmente significa 'bueno y barato'. "En ese caso, 'El Pescador'. Está en el puerto, las mesas son de plástico, la luz es fluorescente, pero el pescado a la parrilla es el mejor que he probado jamás. El dueño era amigo de mi padre."
El móvil que dejé en el mostrador vibra. La pantalla se ilumina: Mel. Mi corazón se acelera, pero ahora no puedo contestar.
"¡Me gusta esa idea!", dice la mujer, entusiasmada. "Nos encantan los sitios con historia."
"Bueno, 'El Pescador' tiene muchas", aseguro. "Digan que van de mi parte. Puede que él les cuente la historia de cómo mi abuelo perdió un barco jugando a las cartas."
Se ríen y me inundan con preguntas sobre qué deben probar. El móvil vibra otra vez: Mel. Sin atreverme a interrumpir la conversación, pongo la mano sobre el aparato, intentando amortiguar el sonido, en un gesto inútil.
Antes de que la vibración se extinga, la puerta de acceso a la cocina se abre y Josefina viene hacia mí. Tiene sesenta años, el pelo gris recogido en un moño impecable y trabaja aquí desde que tengo memoria. Es la única persona que sabe exactamente la situación en la que estamos.
"Vic", dice, en su tono funcional que no admite rodeos, "La máquina de hielo del bar murió. Sin solución. Y la habitación siete está pidiendo más toallas."
Agradecida por la interrupción, le sonrío y respondo: "Claro. Lleva las del ocho, estaba listo, pero a última hora se canceló la reserva. Y

en cuanto al hielo... improvisamos. Mañana ya se resolverá." Es mi nuevo lema: 'mañana ya se resolverá'.
El teléfono vibra una tercera vez. Echo un vistazo a la pantalla, frustrada, sabiendo que mi mirada no pasará desapercibida a Josefina.
Finalmente, el taxi que pedí para los Dupont llega, obligándoles a terminar la conversación que parecía no tener fin. A medida que se alejan, Josefina menea la cabeza y suspira, mirando mi móvil. "¿Es ella?"
"¿Quién más?" Claro que podría ser cualquier persona, pero sé que las arrugas de tensión en mi frente me delatan.
Me quedo sola en la recepción silenciosa. El móvil da señal de un mensaje. Deslizo el dedo por la pantalla - 'Sé que estás ocupada. Solo para decir que surgió un imprevisto. No puedo ir este fin de semana. Hablamos luego. Beso.'
Releo el mensaje. Una. Dos. Tres veces. Un 'imprevisto'. Hoy es jueves. Siento una rabia instalándose en mi estómago. Paso la mano libre por el pelo, todavía húmedo, como si fuera suficiente para alejar el dolor de cabeza que empieza a formarse.
"¿Malas noticias?"
Levanto la cabeza. Josefina ha vuelto sin que me diera cuenta y está parada, apoyada en el marco de la puerta.
"Ya ni siquiera son noticias", respondo, encogiéndome de hombros.
"Ah", dice, y su 'ah' lo dice todo. Dice que me entiende mejor que la mujer con la que estoy casada desde hace 19 años.

*

"¿Qué coño de imprevisto fue esta vez, Mel?"
Son casi las once de la noche. Finalmente, después de insistir con mil llamadas, contestó.
"No hables así, Vic. He tenido un día de mierda", declara con voz cansada.
"¿Has tenido un día de mierda? ¡Yo he tenido un día de mierda! Y estaba esperando el fin de semana para, al menos, poder estar con mi mujer. Pero, por lo visto, mi mujer tiene otros planes."
"El cliente del proyecto de Gràcia quiere una presentación completa para el lunes por la mañana. Una presentación que no existía ayer.

¿Qué querías que hiciera? ¿Que dijera que no porque tenía que ir a la playa?"
"Quería que dijeras que no porque tenías un compromiso con tu mujer. ¿O esto ya no cuenta como compromiso? ¿Ya es solo un... extra opcional?"
"La vida pasa. Yo tengo una carrera."
"¿Y yo qué tengo? ¿Un hobby? ¿Un retiro espiritual?" Mi voz sube de tono, haciendo eco en la habitación. "Estoy aquí sola, intentando que esto no se hunda, esperando el fin de semana para verte y tú... la vida pasa."
"¡Tú siempre supiste que mi carrera era así, y eso nunca fue un problema!" Es su turno de subir el tono de voz, sin esconder la frustración. "¿Qué ha cambiado, Victoria?"
No dejo de notar que me trata de 'Victoria'. "¿Qué ha cambiado?" Me paro y me río, un sonido hueco y amargo. "Lo que ha cambiado es que yo renuncié a mi carrera, a mi vida, para venir aquí a impedir que el sueño de mis padres y las mierdas de mi hermano se conviertan en un proceso judicial. ¡Eso es lo que ha cambiado!"
"¡Nadie te pidió que hicieras eso! ¡Fue una decisión tuya! Una decisión impulsiva y dramática, ¡como siempre! ¡Nadie te obligó a dejar tu vida para ir a jugar a los hoteles!"
Aprieto con fuerza la base de la nariz entre los dedos, sintiendo el dolor de cabeza aumentar.
"¿Dramática? ¿Jugar a los hoteles?", repito, "¡Estoy intentando salvar el Hotel! ¡Mientras tú estás ahí, en nuestro apartamento, en nuestra cama!"
"Eso es bajo", responde con voz cortante. "Y falso. Estoy trabajando como una loca para poder mantener nuestro apartamento. El apartamento donde tú ya no vives, por si se te ha olvidado. Y nuestra cama, donde yo duermo sola, ¡Vic! ¡Y la culpa no es mía!"
El silencio que sigue es pesado, cargado de todo lo que no decimos. Tiene razón.
"Tengo que irme", afirma finalmente, agotada. "No puedo tener esta conversación ahora."
"¿Entonces cuándo, Mel? ¿Cuándo vamos a tener 'esta' conversación?"

Ya no responde.
Tiro el teléfono, cojo los pantalones cortos que me quité hace poco y vuelvo a ponérmelos, sin preocuparme de calzar las sandalias. Camino en la penumbra hasta la cocina y, de forma automática, saco un vaso del armario, abro la puerta del frigorífico y agarro una botella de vino blanco ya abierta, sirviéndome generosamente.
Con el vaso en la mano atravieso el comedor y abro las puertas que dan al jardín, camino unos pasos y me siento en un banco escondido por una enorme enredadera, es mi refugio. La noche tiene la temperatura perfecta, ni demasiado fría ni demasiado caliente. Voy mirando alrededor, bebiendo el vino a sorbos y contemplando el cielo cargado de estrellas que en Barcelona nunca se ven.
Un sonido de risa llama mi atención: los Dupont. Están junto al viejo pozo. Él le dice algo que no consigo oír, y ella se ríe, un sonido cristalino que el jardín parece absorber. Después, ella tira de él, pegando los cuerpos. No es un beso apresurado, es un beso lento, deliberado. La mano de él rodea su cintura, y la mano de ella sujeta su nuca. Es un gesto tan simple, tan íntimo, que me hace retroceder en el tiempo.
Recuerdo una galería de arte, hace veinte años. El aire olía a champán y a pretensión. Yo estaba allí por obligación, en un evento de la Universidad. Me sentía fuera de lugar, como un pingüino en una bandada de loros.
Ella estaba de espaldas a mí, mirando un cuadro enorme, un caos de azul mezclándose con rosa y naranja. Llevaba un vestido negro, simple, que acentuaba cada curva. Tenía el pelo corto, despeinado, y la piel desnuda del cuello y los hombros brillaba bajo las luces de la galería.
No sé qué me dio. Caminé y me paré a su lado.
"Terrible, ¿no crees?", dije, con una voz sorprendentemente firme.
Giró la cabeza lentamente. Tenía los ojos más oscuros y envolventes que jamás había visto, y sonrió con toda la cara. No respondió. En cambio, su mirada descendió por mi cuerpo, desde el pelo, fijado con gel, pasando por mi traje aburrido, hasta los zapatos. Después, subió de nuevo, deteniéndose en mi boca antes de encontrar mis ojos. Sentí que me ruborizaba bajo aquel escrutinio minucioso.

"Creo que la artista estaba intentando decir algo", respondió finalmente. "Pero, como algunos trajes, no siempre el mensaje llega", concluyó de forma sarcástica.
Me quedé sin respuesta.
"Mel, Melissa", dijo, extendiéndome la mano. Tenía la piel suave y unos dedos extraordinariamente largos.
"Victoria." Fue todo lo que conseguí balbucear.
"Me gusta. Es un nombre con fuerza." Mientras hablaba, acariciaba mi mano, en un gesto sutil de pura y descarada seducción. Y yo, la mujer que tenía la vida enteramente planeada, supe en aquel instante que estaba completamente perdida.

CAPÍTULO 2
Error de diagnóstico

LYDIA

2 de julio

La pantalla frente a mí podría ser un cuadro de Mondrian. Una distribución de colores en rectángulos cargados de significado, tan real como oculto: la distribución de personal para los equipos de urgencias. Verde significa 'presente'. Rojo significa 'ausente'. Amarillo, que en este momento pinta la mitad de la pantalla, significa, en la práctica, 'caos'. Un caos con mi firma digital al pie de la página.

Miro mis manos, apoyadas sobre la mesa del escritorio, las mismas que se acostumbraron a detener hemorragias con un único punto de sutura, que ya reconstruyeron el esófago de un recién nacido con hilos más finos que un cabello, y ahora..., ahora tienen como desafío teclear respuestas a emails pasivo-agresivos.

Esta oficina sigue pareciéndome un universo paralelo que nunca pedí visitar.

Fijo la mirada en el escritorio y, por un instante, la madera de roble se transforma en el acero frío de las mesas del quirófano. El olor a antiséptico, el pitido constante de los monitores, la danza coreografiada de mi equipo. Control. Precisión. Todo lo que no tengo aquí.

Aquí, heredé la oficina de Alfonso. Y su fantasma. El gran Alfonso Pérez, que hacía funcionar este hospital como un reloj suizo. Él no necesitaba cuadrículas de colores, tenía el hospital entero en su cabeza. ¿Un error de turnos como el de hoy? Alfonso habría presentido el problema tres días antes y lo habría resuelto con dos llamadas secas, llenas de una autoridad que nadie se atrevía a cuestionar. Era un genio operacional, y un depredador.

Nadie hablaba abiertamente, pero todos sabían. Era un hecho aceptado, una especie de tasa a pagar por la eficiencia que él garantizaba. Las 'protegidas de Alfonso', las invitaciones a una copa después del turno, la mano que se demoraba demasiado tiempo en

un hombro, los elogios que escondían otras cosas. Era una cultura de poder tóxica. Y funcionaba. El hospital brillaba, los números eran excelentes, y el Consejo de Administración miraba hacia otro lado.

Hasta que una interna de 26 años no desvió la mirada, no se limitó a desahogarse con las compañeras, documentó todo en un dossier de veinte páginas de pruebas que entregó al Consejo de Administración. La denuncia no era un susurro, era un grito ensordecedor.

Un escándalo de acoso sexual podía echar abajo el hospital entero. Un martes, Alfonso presidió la reunión clínica semanal, arrogante y eficaz como siempre. El miércoles por la mañana, su plaza de aparcamiento estaba vacía y todos recibimos un email tan breve como directo que anunciaba su 'jubilación inmediata por motivos personales'.

Dos días después, me convocaron. Los hombres, y las pocas mujeres, del Consejo me trataron como la salvadora. "Lydia, eres un pilar de integridad." "Necesitamos a una mujer fuerte liderando, para mostrar la postura de nuestra nueva dirección." "Eres la mejor, la única que puede restaurar la confianza." Me vendieron la idea como una promoción, un deber. "Eres la única que puede limpiar la imagen del servicio", dijeron.

Lo que no entendí en ese momento es que ellos no querían que yo limpiara la imagen, querían que yo fuera la imagen. Y yo, con mi arrogancia de cirujana que nunca pierde un paciente, lo creí. Creí que podía ser el símbolo de integridad y, al mismo tiempo, aprender a ser un genio operacional. Creí que sería tan competente que haría el trabajo en la mitad del tiempo, y en la otra mitad continuaría operando. Error garrafal.

Seis meses después, aquí estoy. La integridad está intacta. La operatividad es un desastre y no he operado a un solo paciente.

Miro fijamente la pantalla amarillo-caos y siento una rabia inmensa. Rabia de Alfonso, por haber sido un cabrón competente. Rabia del Consejo, por haberme usado. Y, sobre todo, rabia de mí misma, por haber sido lo suficientemente estúpida para creer que lo conseguiría.

La puerta de la oficina se abre. No necesito levantar la cabeza para saber quién es. Nadie más entra aquí sin llamar, como si la puerta

fuera una mera sugerencia. Antes de conseguir verla, el aroma de una mezcla sutil de desinfectante y Chanel llega primero.
"El ambiente en el comedor está fatal", afirma perentoriamente. Es su forma de empezar. Sin rodeos. Un corte limpio.
"Imagino que yo sea el plato del día", respondo, levantando los ojos de la pantalla para encararla.
Increíble cómo Isabel consigue estar impecable, incluso al final de un día de trabajo. La bata verde pálido del servicio de obstetricia está planchada, como si acabara de ponérsela. Su calma es una afrenta a mi desorden interno.
"No exactamente. El tema de conversación es que un cirujano de vascular fue llamado para suturar el cuero cabelludo de un chaval de 12 años porque urgencias estaba a reventar y no había nadie más disponible. El refuerzo de turno de pediatría nunca apareció, porque nunca llegó a ser contactado siquiera."
"¿El niño está bien?", pregunto, bajando el tono, dejando que la cirujana dentro de mí tome el control por un instante.
"Claro. ¿O crees que un cirujano de vascular no sabe suturar una cabeza? Pero no es esa la cuestión." Se acerca al escritorio, apoya las manos en la madera y se inclina hacia mí. Su mirada es de un azul gélido, el mismo que usa para evaluar un examen, para detectar una anomalía. "La cuestión es que todos están perdiendo la confianza en tu dirección. La palabra más amable que oí fue 'amateurismo'. Dicen que el nuevo sistema de gestión de turnos es una obra de arte del caos."
"El 'nuevo sistema' es una imposición del Consejo para recortar costes", contraataco. "Una idiotez que dije desde el primer día que iba a dar problemas. Está todo en acta."
"¿Y qué hiciste, además de garantizar que tu posición quedara registrada en acta?" La pregunta es retórica, reforzada por la ceja arqueada en una expresión de desdén contenido. "Alfonso habría acampado en la puerta del despacho del administrador. Habría chantajeado, amenazado, hecho lo que fuera necesario para impedir que una estupidez así fuera implementada. Él iba a la guerra por el hospital."

La mención de su nombre es un golpe bajo. "También se acostaba con las internas. ¿Quieres que siga ese ejemplo?"
"No seas ridícula", replica, dándome la espalda momentáneamente. "Pero los pasillos están llenos de gente con nostalgia de un cabrón que sabía hacer el trabajo. Se están empezando a hartar de una santa que no sabe."
Me levanto y me acerco, dejando nuestros rostros a pocos centímetros de distancia. "Yo sé operar. Es eso lo que sé hacer. Y tú lo sabes mejor que nadie."
Isabel no retrocede. Solo observa, con una expresión impenetrable, esperando que mi furia se disipe, como un cirujano espera que una hemorragia pare antes de continuar.
"Tú aceptaste, Lydia."

*

Llegamos a casa juntas, pero no por eso en paz. Nuestro apartamento, decorado en blanco, gris y cristal, amplifica el silencio de dos personas que se conocen demasiado bien. Cada una de nosotras se mueve por el espacio con una precisión estudiada para evitar el contacto, físico o visual. Ella dejó una botella de vino tinto abierta en la encimera, y yo me sirvo una copa; de vuelta al salón, ella se sienta y enciende la tablet.
Me siento en el sofá, en el extremo opuesto al suyo, y la observo por encima de la copa. Sus dedos se deslizan por la pantalla, rápidos y eficientes. Por la expresión apostaría que está analizando ecografías.
Entonces, sin previo aviso, es ella quien rompe el silencio. Deja la tablet en la mesa de centro, se gira hacia mí y, lentamente, atraviesa el sofá hasta estar sentada a mi lado. Coge mi copa y la coloca en el suelo.
"Deja de pensar", susurra, con la boca ahora pegada a mi oído. Su aliento huele a menta y al vino tinto que ha estado bebiendo. Sus labios tocan los míos. El contacto es suave, exploratorio. Una prueba de resistencia. No ofrezco ninguna. Sus manos encuentran mi cuello, y con los pulgares presiona los músculos tensos en la base de la nuca. Me conoce bien, sus dedos prosiguen de forma precisa, metódica, siento los hombros relajarse y cierro los ojos.

El enfado, la frustración, parecen de repente un esfuerzo demasiado grande para mantenerlo. Vuelve a besarme, su lengua toca la mía con una autoridad que me es familiar. Es un cambio de estrategia. Y funciona siempre.
Sus manos descienden por mi espalda, mis dedos buscan los botones de su camisa. La necesidad de sentir su piel contra la mía se convierte en el único pensamiento coherente en mi cabeza.

*

Tumbadas en la cama, mi cabeza reposa en su hombro, moviéndose al ritmo constante de su respiración.
"¿Por qué no te despides, Ly?"
Su voz no es más que un susurro, pero las palabras resuenan con estruendo.
Me aparto hacia un lado y apoyo la cabeza en el codo para poder encararla. "¿Qué?"
"Despídete", repite, esta vez más alto, pero con la misma calma. "Vuelve al quirófano. Vuelve a ser feliz. Vuelve a ser tú."
"¿Feliz?", me río con sarcasmo. "Eso no sería felicidad, Isabel. Sería derrota, una humillación pública. Sería la prueba de que todos ellos tenían razón."
Se sienta, haciendo que el edredón se deslice hacia un lado. La calma ha desaparecido, sustituida por una desilusión que parece haberse estado acumulando durante meses.
"¡Que se jodan ellos! ¡Que se joda el orgullo! ¡Es tu vida! ¿No te ves en el espejo? Apenas duermes, apenas comes, estás permanentemente jugando a la defensiva."
"Es una fase difícil", murmuro.
"¡No!", su voz sube, "Esto no es una fase. Es un patrón de autodestrucción. Y yo no puedo seguir asistiendo a esto." Hace una pausa y respira hondo. "¿No lo entiendes, Ly? Ya no eres solo tú. No solo te estás destruyendo a ti. Estás destruyéndonos."

*

Las palabras flotan en la oscuridad de la habitación, irrefutables. 'Estás destruyéndonos'. Las dijo y después apagó la luz, se giró hacia un lado y se durmió en menos de diez minutos. Su capacidad

para desconectarse es una proeza que siempre me deja boquiabierta y, esta noche, sola.
Mi cerebro, por el contrario, está hiperactivo, repasando cada error, cada palabra, cada decisión fallida de los últimos seis meses. Las imágenes se suceden: la cara de desdén de la enfermera jefe de urgencias pediátricas, la cuadrícula de horarios amarilla, la mirada de Isabel.
Me giro hacia un lado y después hacia el otro. La posición es incómoda, me duele el hombro. Me pongo boca arriba y miro el techo. El reloj de la mesita de noche marca las 02:17. Después las 02:18. Cada minuto es una eternidad.
No aguanto más. Estiro el brazo y cojo el móvil. El brillo de la pantalla me agrede los ojos. Reduzco la luminosidad y abro lo primero que aparece: 'Crisis en el gobierno'. 'Nuevo récord de temperaturas'. 'Estrella de cine compra isla'. Un ruido blanco para amortiguar el ruido dentro de mi cabeza.
Estoy a mitad de un artículo sobre el descubrimiento de una nueva especie de calamar en las fosas Marianas cuando una barra verde surge en la parte superior de la pantalla y el teléfono vibra en mi mano. No necesito leer para anticipar de dónde es: 'Urgencias Hospital del Mar'.
Mi corazón reacciona de inmediato, latiendo a un ritmo desacompasado. Miro a Isabel. Se mueve, murmura algo dormida y se gira hacia el otro lado. Lo último que necesito es que se despierte.
Con la precisión de quien está acostumbrada a moverse en un espacio confinado y estéril, me deslizo fuera de la cama. Con el teléfono vibrando en la mano, camino fuera de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí con un cuidado infinito. Atravieso el pasillo y entro en el salón.
"Lydia Castella", contesto.
"¿Dra. Lydia?" Bastan dos palabras para que entienda que la voz del enfermero jefe de quirófano está al límite, a punto de estallar. "Tenemos un problema. Un gran problema."
Atravieso el espacio frente a mí, quedándome apoyada en la ventana. Un millón de luces parpadeando allá abajo. Un millón de

personas durmiendo, amando, muriendo.
"Te escucho."
"Los turnos de médicos. Con la confusión de hoy, nadie se dio cuenta. El sistema no asignó un segundo anestesista de guardia para ginecología. Tenemos solo a la jefa de equipo. Sola con tres internos."
Tengo las manos sudando y siento el cuerpo helarse. Una anestesista para un hospital de este tamaño es el equivalente a ir a la guerra con una sola bala.
"Situación actual",
"Dos situaciones en obstetricia. Ambas tienen que ir a quirófano inmediatamente. Un embarazo ectópico roto, shock hipovolémico inminente. La otra es una procidencia del cordón, y el registro del ritmo cardíaco del feto está cayendo en picado. Ambas necesitan una cesárea de emergencia. Ahora."
Cierro los ojos y sopeso mis opciones.
Opción uno: llamar a uno de los anestesistas de guardia que está en casa. En el mejor de los casos, estará aquí en cuarenta y cinco minutos. En ese tiempo, la mujer del ectópico puede entrar en parada cardíaca por shock; el bebé de la procidencia del cordón puede sufrir daños cerebrales irreversibles por anoxia.
Opción dos: forzar a la jefa de equipo de anestesia a elegir. Puede intubar a una y después correr hacia la otra, y dejar a los internos vigilando. Éticamente inaceptable y clínicamente peligroso.
Opción tres: pedir un traslado de urgencia. La admisión de que el hospital, bajo mi dirección, no tiene capacidad de respuesta. Una pesadilla logística y un suicidio profesional. Pero... da a las dos una oportunidad real de un desenlace positivo.
"Señor Enfermero, ¿me está escuchando?" La voz me sale llena de una autoridad que creía haber perdido.
"Sí."
"¿Cuál de las pacientes está más inestable?"
"La del ectópico. La tensión está bajando rápidamente."
"Bien." Respiro hondo. "Manda a esa paciente a quirófano, ahora. Prepara a la otra para un traslado inmediato. Llama al Hospital Central. Usa mi nombre. Diles que es una orden mía, emergencia

nivel cero, y que su equipo tiene que estar esperando, listo. Quiero a la paciente saliendo en menos de diez minutos. ¿Entendido?"
Hay un silencio al otro lado. Está procesando mi respuesta y sus implicaciones.
"Lydia... ¿estás segura?", pregunta.
"Nunca he estado tan segura en mi vida", respondo, y cuelgo antes de que pueda decir algo más.
Me quedo parada, mirando mi reflejo en el cristal de la ventana. El miedo que sentía hace pocas horas ha desaparecido. Por primera vez en seis meses, sé que he tomado la decisión correcta.

CAPÍTULO 3

Jaque mate

VICTORIA

5 de julio

Lunes. Paso el dedo por la fina capa de polvo que se ha acumulado sobre el mostrador de recepción desde el sábado.

Los Dupont se fueron ayer. Adoraron 'El Pescador' y cenaron allí todas las noches. "¡Este lugar es mágico!", dijeron antes de salir arrastrando las maletas que podrían presagiar una estancia mucho mayor.

Quizás, quizás sea mágico. Yo lo creía firmemente cuando era niña. Nos mudábamos aquí durante casi 3 meses, dejábamos el ajetreo de Barcelona y teníamos la compañía de mi padre todos los días. Esa era quizás la principal magia de este lugar. Era simple, mi hermano hacía lo que hacen los hermanos mayores, me molestaba de la mañana a la noche, me enseñó a andar en bicicleta y a nadar, y más tarde, se escondía para poder hacer "sus cosas" sin que yo le molestara. Era de hecho simple. Yo creía en él, lo veía como un héroe que me protegería para siempre. No podía haberme equivocado más. Se quedó aquí mientras el hotel dio beneficios. Incluso después de la muerte de mi padre, mi madre sabía gestionar esto como nadie. Cuando también ella murió, Thomas se quedó. Mi cuñada siempre contrariada, suspirando por el aire de Madrid cada vez que venía a pasar un fin de semana. Mis sobrinos cada vez más insoportables, exigiendo lo último de la moda, de la tecnología, del más puro esnobismo. Hasta que ganaron. Thomas cedió. De un día para otro anunció que se iba a vivir a Madrid, y de dos, una: o vendíamos el hotel o yo venía aquí y me hacía cargo. Así, sin aviso, sin preparación, la magia desapareció.

Miro la pared detrás de mí. Veinte ganchos. Dieciocho llaves colgadas.

Cojo el móvil, en un gesto automático, y reabro la conversación con Mel. El intercambio de mensajes del fin de semana, patético y corto.

"¿Qué tal el tiempo por ahí?" "Sol." "Qué bien. Aquí hace un calor insoportable." Releo y siento una punzada de vergüenza.
Recuerdo a Mel apareciendo en la Universidad, que me llamaran en medio de una clase, y ella, parada de pie en el pasillo, extendiéndome la mano y diciendo simplemente "Ven. Vamos a Cadaqués. Ahora." Y yo fui. Dejé la clase a medias, di una excusa patética y pedí que avisaran a los alumnos, y nos fuimos. ¿Dónde está esa mujer? Y, más aterrador aún, ¿dónde estoy yo?
Suspiro profundamente y me arrastro hacia mi oficina, una mesa y una silla escondidas detrás de recepción, en una de las esquinas bajo la escalera. Abro el portátil. La pantalla se ilumina y mi estómago se hace un nudo. Olvidado desde el viernes, el saldo de la cuenta del hotel parpadea ante mí. El número parece un insulto, una broma de mal gusto. Abro el último email, Asunto: 'Pago del Préstamo – vencido', y el importe de la cuota me mira fijamente.
El pánico me invade. Considero llamar a Mel, pero aparto la idea, meneando la cabeza y pasando la mano por la frente, quizás para asegurarme de que el pensamiento se va bien lejos. No aguanto más un suspiro de resignación al otro lado de la línea, el "Claro, Vic. Yo me encargo", que en realidad significa "Otra vez yo teniendo que resolver los problemas que tu familia creó".
Sin haber hecho nada, cierro el portátil con un estruendo que hace eco por la recepción vacía. Siento la cabeza latir. Miro por la ventana. El mar brilla, llamándome, pero todavía es pronto. El baño es una recompensa, un lujo que me impongo para sentir que todavía tengo algún control. Tengo que aguantar dos horas más.
"Tienes cara de haber visto un fantasma. Y por el ruido que hiciste con el pobre ordenador, el fantasma traía malas noticias."
La voz de Josefina me arranca de mi trance. Está parada apoyada en el mostrador, con su delantal de trabajo y el viejo tablero de ajedrez bajo el brazo. El mismo tablero donde mi padre me enseñó a jugar, dejándome ganar la mayoría de las veces, pero donde más tarde me aplastaba sin piedad, diciendo que el ajedrez simula la vida. Un profeta.
"El fantasma se llama 'extracto bancario'", respondo, intentando una sonrisa que no convence a nadie.

"Siempre vienen a atormentarnos." Hace un gesto con la cabeza hacia el jardín. "Ven."
No discuto. Seguirla parece lo único sensato que hacer. Minutos después, el tablero está montado en una de las mesas de hierro, a la sombra de un árbol. Abre con su peón de rey, su movimiento característico. Respondo con el mío.
"Los alemanes que venían esta semana llamaron para cancelar", comenta, mientras mueve el caballo hacia el centro del tablero. "Les dije que no devolvíamos la señal, pero ni así los disuadí. Encontraron una oferta de última hora en uno de esos sitios con 'todo incluido'."
"A lo que hemos llegado, ahora no devolvemos la señal."
"Veinte habitaciones, Victoria", dice Josefina, y su mirada es más penetrante que cualquier movimiento en el tablero. "Dos ocupadas. La cuenta de la lavandería de junio todavía no está pagada. La señal de los alemanes paga el arreglo de la máquina de hielo."
"¿No había muerto?", pregunto con una carcajada.
"Tiene que ser reanimada, no podemos permitirnos tener muertes". En un movimiento inesperado del alfil, me come una torre.
"Lo sé." Muevo un peón, una jugada débil, defensiva. "Después del verano..., si no hay un milagro..."
"Tu padre odiaría oírte hablar de milagros. Era ateo." Su jugada captura mi peón indefenso.
"Mi padre no tuvo que limpiar el desastre dejado por su hijo", respondo con amargura. Sacrifico un caballo, una jugada agresiva, más fruto de la frustración que de cualquier estrategia. "Mi padre tenía a mi madre, que sabía gestionar esto con los ojos cerrados. Yo tengo..., me tengo a mí."
Josefina suspira profundamente y, por un momento, cierra los ojos. Cuando los reabre, no mueve una pieza, en cambio, su mano arrugada se posa sobre la mía, en un toque sorprendentemente fuerte.
"¿Y Mel?", pregunta con voz ahora más suave. "¿Dónde entra ella en esto?"
Retiro la mano como si hubiera recibido una descarga. "Mel... tiene su vida. El trabajo. Barcelona. Es una arquitecta brillante, y finalmente está teniendo el reconocimiento que merece." Las

excusas me salen de la boca espontáneamente, fuerza de la costumbre.
"Barcelona no está al otro lado del Atlántico", replica, implacable. "No vino este fin de semana, ni los anteriores." No es una pregunta, es una constatación.
Me encojo de hombros, con la mirada fija en el rey solitario en el tablero. "Tenía un proyecto urgente."
"Hmph." Josefina se recuesta en la silla. "Proyectos urgentes." Mueve su reina. "Cuando yo tenía tu edad, los 'proyectos urgentes' de mi marido siempre tenían nombres de mujer. Los de tu mujer, al menos, tienen nombres de edificios. Jaque."
Sin pensar, desvío mi rey hacia un lado. Las palabras son tan duras como ciertas. "Me siento sola", confieso, con la voz quebrándose. "De Mel, últimamente, siento que recibo dinero, preocupación y lástima."
"La lástima no calienta a nadie por la noche", responde, moviendo la reina. La pieza se desliza por el tablero y para. "Jaque mate."
Mi rey está acorralado. 'Mi vida está acorralada', estoy a punto de responder, cuando el sonido de neumáticos aplastando la grava del camino de acceso nos interrumpe.
En un movimiento sincronizado miramos hacia el sonido, como si un extraterrestre acabara de aterrizar en el patio. Un Mini Cooper descapotable, vibrante, azul eléctrico, para junto a la entrada con una precisión que denota total confianza. El motor se apaga y, por un instante, el silencio vuelve.
La puerta del conductor se abre y sale una mujer. La palabra "mujer" me parece súbitamente inadecuada, demasiado simple. Debe tener cerca de cincuenta y cinco años, quizás un poco más. Alta, de porte altivo, con una piel marrón oscura que brilla bajo el sol de la tarde, usa unas gafas de sol oscuras, enormes, que le cubren media cara. Viste unos pantalones cortos vaqueros que parecen haber sido hechos expresamente para ella y una camisa de lino blanca, simple, con las mangas remangadas.
"Parece que tienes una clienta", murmura Josefina, sin quitar los ojos de la recién llegada. El juego está olvidado, y mi rey abandonado a su suerte.

"O alguien que se equivocó de camino", respondo.
Me levanto, aliso la camiseta arrugada y camino hacia recepción, intentando componer deprisa mi máscara de 'anfitriona competente'. Ella ya ha entrado, apoyada en el mostrador, pasa el dedo por la madera, el mismo gesto que yo hice hace pocas horas. Cuando me acerco, se gira y se quita las gafas en un movimiento lento. Sus ojos son marrón miel, y sonríen antes de que su boca lo haga.
"Hola. El 'Mirador de la Luna', supongo", afirma con tono de pregunta, pasándose la mano por el pelo, pero sin moverlo ni un milímetro.
"Sí, bienvenida", consigo articular.
"Me gusta el nombre. Es dramático." Señala con la barbilla hacia la ventana que da al mar. "Necesito una habitación."
"Claro", digo, volviendo a mi guión mental. "¿Tiene reserva?"
"No. Soy una criatura de impulsos." Un atisbo de diversión pasa por sus labios. "Por el silencio, diría que quizás he tenido suerte y hay alguna habitación libre."
"Tenemos algunas", admito, sintiendo que me ruborizo. "¿Por cuántas noches?"
"Hmm", inclina la cabeza, como si estuviera considerando una cuestión de gran importancia. "Digamos... hasta final de mes."
Me quedo mirándola, con la boca ligeramente abierta de asombro, mientras mi cerebro intenta procesar la información. "¿De mes? ¿De julio?"
"Que yo sepa, sí. A no ser que hayamos entrado en otro mes y nadie me haya avisado." Se ríe, un sonido genuino que es contagioso. "Tengo un artículo largo que terminar y necesito paz, una buena vista y un sitio donde nadie me interrumpa."
"Bueno, aquí tenemos todo eso", murmuro, mientras le extiendo la ficha de registro y un bolígrafo, sintiendo mi mano temblar. ¿Esto es real? Una huésped. Por casi cuatro semanas. Es más que un milagro. Rellena la ficha con una caligrafía elegante y rápida, cambiando el bolígrafo que le di por una pluma que saca del bolso. Echo un vistazo por encima del mostrador. Nombre: Serena James. Residencia: Nueva York. Profesión: Periodista. Estado Civil: Soltera.

"¿El pago es por adelantado?", pregunta, como si estuviera preguntando la hora.
"La primera semana", digo, casi con miedo, como si fuera una respuesta indecente.
"Sin problema. Mejor aún, hagamos el pago del mes entero. Una cosa menos de la que preocuparse." Saca de la cartera una tarjeta de crédito negra y la inserta en la máquina. Una pequeña luz verde brilla en la pantalla, es la luz más bonita que he visto en las últimas semanas.
"Gracias, Serena", digo, probando su nombre en mi boca. "Le voy a dar nuestra mejor habitación. *'La Lune'*."
"La Luna", dice, cogiendo la llave. "Me gusta. Parece apropiado."
Coge el bolso de mano, se gira y sube las escaleras con la misma elegancia despreocupada con la que llegó, dejando atrás una maleta grande, un rastro de perfume y a mí, paralizada detrás del mostrador.

CAPÍTULO 4
Riesgo catastrófico

LYDIA

5 de julio

El pasillo que lleva al ala de administración es largo y silencioso. Mis pasos resuenan en el mármol pulido. Las pocas personas con las que me cruzo desvían la mirada. Algunos fingen una súbita necesidad de mirar sus móviles, otros me ofrecen un saludo rápido, casi imperceptible, una mezcla de lástima y miedo. La noticia ya se ha extendido: 'La Dra. Lydia Castella ha sido convocada'.

La sala de reuniones del Consejo de Administración es un acuario de cristal con vistas a la ciudad. Una demostración de poder y transparencia, un lugar diseñado para que las personas se sientan expuestas, pienso, constatando que estoy sentada en esta silla incómoda desde hace exactamente diecisiete minutos.

El Presidente está en la cabecera, a su lado, el abogado con un bigote que parece escapársele de la cara, y Fuentes, un burócrata cuya única función parece ser la de estar de acuerdo con el Presidente.

"Lydia," empieza el Presidente, juntando las puntas de los dedos en un gesto que probablemente aprendió en un curso de comunicación para ejecutivos. "Sírvase, por favor", dice señalando una botella de agua y un vaso.

Me recuesto en la silla, pero no toco el agua.

"Apreciamos su franqueza al relatar los acontecimientos de la noche del día 2."

'Caíste en nuestra trampa', pienso automáticamente.

"No había nada que relatar que no fueran los hechos," respondo. "Teníamos dos cirugías de emergencia y una única anestesista. Mi decisión resultó en dos resultados positivos. Dos madres vivas, dos bebés vivos y sin complicaciones. Desde el punto de vista médico, fue un éxito."

"Desde el punto de vista del protocolo y de nuestra responsabilidad legal, fue un desastre," replica el abogado. "Un traslado de

emergencia no autorizado expuso a este hospital a un riesgo de proporciones catastróficas."
"Mi decisión salvó cuatro vidas, Doctor," respondo fríamente, agarrando las manos una con otra bajo la mesa para contener la furia. "El riesgo catastrófico fue creado cuando este Consejo aprobó un sistema de gestión de turnos defectuoso para ahorrar unos euros en el presupuesto."
"¿La Doctora está acusando al consejo de negligencia?" El tono es de burla mal disimulada. Estaba esperando esto.
"Estoy constatando un hecho. El sistema falló, y yo tomé la única decisión posible para mitigar los daños de ese fallo. Si quieren hablar de responsabilidades, empecemos por ahí."
"Su responsabilidad, Doctora," interviene Fuentes, con voz lenta y venenosa, "era gestionar la crisis. No incendiarla. Lo que hizo fue un acto de una arrogancia sin precedentes. En vez de contactarnos, en vez de seguir el protocolo, tomó una decisión que, en la práctica, fue una admisión pública de que este hospital no tiene capacidad de respuesta. ¿Sabe cuánto nos va a costar esto?"
"¿Y cuánto costaría la muerte de una mujer o de un bebé en la mesa de operaciones?", contraataco, sin evitar que mi voz se altere por primera vez. "¿Cuánto vale una vida en sus balances financieros? Ilústrenme, por favor, porque esa es una matemática que nunca aprendí."
El Presidente se endereza en la silla, la sonrisa ha desaparecido. "Quizás el estrés del cargo haya afectado su discernimiento, Doctora. Es comprensible. No todos estamos hechos para esta presión."
El insulto es tan directo, tan paternalista, que me deja momentáneamente sin aire. No está cuestionando mi decisión, está atacando mi capacidad.
"Mi discernimiento está perfecto," digo entre dientes. "Tan bueno que puedo ver exactamente lo que está pasando aquí. Esto no es una reunión, es un tribunal de fachada, su decisión ya estaba tomada antes de que yo entrara por esa puerta."
"¿Qué decisión, Lydia?", pregunta Fuentes, simulando una inocencia ultrajante.
"Necesitan un chivo expiatorio para su incompetencia."

El Presidente y el abogado intercambian una mirada cómplice.
"El Consejo se reunió esta mañana," dice el abogado, en un tono formal como un juez en un tribunal. "Y, teniendo en cuenta la gravedad de la ruptura de confianza, deliberó que su posición como Directora Clínica se ha vuelto insostenible", hace una pausa para dejar que el peso de las palabras asiente y prosigue. "Sin embargo, en un gesto de buena fe y en reconocimiento de su... talento, sugerimos que regrese al servicio de cirugía pediátrica." Mira sus notas. "Bajo supervisión, al menos en una fase inicial, para garantizar que su proceso de decisión esté nuevamente alineado con las mejores prácticas del hospital."
Supervisión. La palabra explota en mi cabeza. Yo, teniendo mi trabajo supervisado por uno de mis antiguos colegas, uno de mis antiguos subordinados. No solo quieren que me despida, quieren garantizar que nunca más tenga ningún tipo de credibilidad dentro de estas paredes.
Me quedo en silencio, mirando el regocijo en sus caras y entiendo que la lucha ha terminado. La cuestión ya no es si voy a perder, es cuán amarga será la derrota.
"Y ahora que su situación ha quedado clarificada, Lydia," interviene el Presidente, "existe una última y desafortunada implicación que necesitamos abordar."
Ni siquiera necesita hacer una señal para que la puerta de la sala de reuniones se abra. "La Dra. Baille está aquí, Sr. Presidente", dice la asistente, en una puesta en escena perfecta.
Una nueva ola de furia me golpea violentamente. Van a usar a Isabel contra mí.
Cuando entra, su expresión es una máscara de hielo, pero conozco cada línea de su rostro. Veo la tensión en la mandíbula, la forma en que sus ojos azules chispean. Se sienta en la silla a mi lado, pero no me mira. Su foco está enteramente en el Presidente.
"Dra. Isabel Baille, gracias por unirse a nosotros," dice, manteniendo la misma falsa cordialidad. "Estamos discutiendo las implicaciones del incidente de la semana pasada. Como sabe, ambas pacientes eran de su servicio."

"Sí, y ambas están bien, gracias a la decisión rápida de la Dra. Castella," responde Isabel en su postura de siempre.
"Una decisión que rompió el protocolo," interviene el abogado. "Y la cuestión que se plantea, Dra. Baille, es sobre su liderazgo. ¿Por qué la jefa del servicio de obstetricia, ante dos emergencias, no ejerció la debida diligencia y confirmó personalmente la disponibilidad de todos los recursos de apoyo, concretamente, el equipo de anestesia?"
Isabel ni parpadea. "Mi 'diligencia', Doctor, es garantizar que el equipo quirúrgico esté esterilizado y listo para operar en menos de cinco minutos, y lo estaba. Mi función no es gestionar los turnos de otros servicios, esa función pertenece a la dirección clínica, que a su vez confía en los sistemas implementados por la administración. Si el sistema es inadecuado, el fallo es suyo. No transfieran su incompetencia a mi servicio."
El silencio en la sala es pesado. Acaba de devolverles la acusación, pero juega contra maestros en este juego sucio.
El Presidente sonríe, una sonrisa peligrosa. "Un punto de vista interesante, Isabel. Pero, desafortunadamente, si no hay un reconocimiento de culpa, nos veremos obligados a abrir una investigación formal a todo su equipo para determinar responsabilidades. Será un proceso largo, un foco de inestabilidad en uno de nuestros servicios de mayor éxito. Una lástima."
Deja la amenaza flotando, y después se gira hacia mí, con los ojos brillando.
"Claro que eso puede evitarse," continúa, con voz deliberadamente más baja, como si hablara en confidencia, "si la Dra. Lydia reconociera que su decisión, aunque quizás bien intencionada, fue un error. Si ella asumiera la totalidad de la responsabilidad, el Consejo podría sentir que no sería necesario molestar a nadie más."
Isabel no esconde la furia, su impotencia ante el chantaje. Analizo su postura, la rigidez de la columna, la forma en que su mano está cerrada en un puño, probablemente con las uñas clavándose en la piel. Está exasperada, pero acorralada. La conozco. Luchará hasta el final por una cuestión de principios, aunque eso la destruya. No

puedo ser yo la causa de la destrucción de una carrera excepcional. Isabel le hace falta a este hospital, a esta ciudad.
Mi mente de cirujana analiza el escenario. Jaque mate. El tablero está bloqueado. La única jugada que queda es sacrificar a la reina y salvar a la otra. Mi decisión es fría, instantánea, la emoción vendrá más tarde.
Me giro hacia el Presidente. Siento el rostro relajado y mi voz suena tan estable que hasta a mí me sorprende.
"Está bien, han ganado."
Un atisbo de sorpresa pasa por sus ojos antes de ser sustituido por un triunfo mal disimulado.
"No se trata de ganar o perder, Lydia. Se trata de hacer lo correcto."
"Ahórrame tu retórica," corto. "Las condiciones son estas: Yo firmo la dimisión que ya tienen preparada. Asumo la responsabilidad total y exclusiva por lo que pasó. A cambio, quiero su palabra de que no habrá, ahora ni nunca, ningún tipo de investigación, formal o informal, al servicio de obstetricia o a su dirección. El asunto muere en esta sala."
El abogado abre la boca para protestar, pero una mirada del Presidente lo calla.
"Es aceptable," dice, con la magnanimidad de un emperador.
Su asistente, que parecía estar esperando, entra y coloca una hoja de papel y un bolígrafo frente a mí. Firmo, dejo el bolígrafo y me levanto, en un movimiento seguido inmediatamente por Isabel.
El camino hasta el ascensor es el más largo de mi vida. Solo cuando las puertas se abren en el aparcamiento subterráneo y el olor a hormigón y gases de escape nos envuelve es cuando finalmente explota.
"Esos hijos de puta. No voy a dejar que hagas esto. Vamos a luchar. Contratamos un abogado, vamos a la prensa..."
No vale la pena intentar contradecirla ahora. Me quedo en silencio dejando que grite e insulte a todos aquellos que, de hecho, merecen cada una de las cosas que se propone hacer.
Isabel agarra el volante con los nudillos blancos, y la rabia irradiando. Yo apoyo la cabeza en el cristal frío de la ventana y veo los edificios de Barcelona pasar, desenfocados.

Cuando entramos en casa voy directa al bar y me sirvo una dosis generosa de whisky, mis manos tiemblan lo suficiente para hacer que el hielo tintinee contra el cristal del vaso. Isabel se quita la goma del pelo, dejando que el cabello rubio se esparza sobre sus hombros. Va directa al sofá, enciende la tablet y sus dedos empiezan a volar sobre la pantalla. No tengo idea de qué puede ser tan urgente, pero estoy segura de que tiene un plan.

Bebo un trago demasiado grande, y el whisky me quema la garganta. Su concentración es total, está en guerra.

Me sorprende el sonido de su teléfono. Espero que no sea del hospital. Contesta inmediatamente, como quien estaba esperando la llamada.

"Francesca. Qué bien que viste mi mensaje", dice, alejándose hacia la habitación y dejándome sola en el salón.

¿¡Francesca!? ¿Por qué?

Conocí a Francesca hace unos años, en una cena en Milán, y después volví a verla en una gala en Madrid, con un elegante vestido de noche y una copa de champán en la mano.

En ambas ocasiones fue evidente que ella e Isabel se conocen desde hace mucho tiempo. No sé cuánto, no sé de dónde, e Isabel nunca quiso entrar en detalles, dejando siempre la conversación a medias.

Recuerdo mi sorpresa cuando, un día, de la nada, Isabel me dijo que Francesca la había invitado a una fiesta de 'Sphere'. Un fin de semana en un yate en Mykonos. Volvió cargada de historias, y un brillo en los ojos que traducía el encanto por el poder. La aprobación de una ley en Bruselas. Una nueva artista que iba a exponer en el MOMA. Entendí que aquel era un ecosistema de influencias ejercidas en las sombras, con champán y sonrisas.

Yo, en mi arrogancia de cirujana, escuché todo aquello con cierto desdén. Para mí, el poder viene del mérito, del resultado en una mesa de operaciones.

Siento la barbilla temblar, y bebo el resto del whisky de un solo trago.

CAPÍTULO 5

Serena James

VICTORIA

7 de julio

Bajo el camino de piedra entre el césped hasta la playa. Inspiro profundamente, dejando que el olor de los árboles llene mis pulmones. La idea es vaciar la cabeza. Buena suerte con eso, Victoria, me digo a mí misma. Porque Serena, desde que llegó, parece haber conseguido invadir todo mi espacio.

Ayer por la mañana vino a buscarme a recepción, con la mayor cara de ángel, preguntándome si podía ayudarla a buscar la llave de la habitación, aparentemente la había perdido en el jardín. Después de más de 10 minutos de búsqueda, resulta que la tenía en el bolsillo de los pantalones cortos. Unos pantalones que, como siempre, tapaban muy poco. Imposible no notar la llave. Y al final, en vez de decir: "Perdona, gracias", me guiñó el ojo. Patético. Irritante.

Llego al pequeño muelle de madera. Me descalzo las sandalias, me quito la camiseta y los pantalones cortos y los dejo en un montón. Me paro un momento, mirando el agua.

Serena James. Licenciada en periodismo por la Universidad de Columbia. Artículos firmados en el Wall Street Journal y Forbes. Una especialista en mercados bursátiles, con análisis citados sobre el Nasdaq y las fluctuaciones de las materias primas. Una donante registrada del partido Demócrata. Una mujer que vive en el epicentro del poder y el dinero - fue lo que conseguí leer en Google. Lo que no decía en ningún lado es qué hace esta mujer aquí, en mi hotel. ¿Escribiendo un artículo? ¡Hay sitios mejores! ¿Se esconde de algo? O, peor aún, ¿está aquí investigando algo?

Aparto las divagaciones y entro en el agua de cabeza. Presintiendo que ya estoy lo suficientemente lejos, me giro boca arriba y me dejo flotar. La inmensidad del cielo sobre mí es infinita.

Cuando vuelvo a mirar hacia la playa, Serena está tumbada boca arriba en la plataforma de madera, absorbiendo los últimos rayos de sol. Viste un bikini blanco que hace que su piel parezca aún más

oscura y resplandeciente, realzando unas piernas largas y un cuerpo tonificado. La imagen transpira un lujo que no pertenece a este sitio. ¿Qué estará realmente haciendo aquí? ¿Siguiendo el rastro de un oligarca ruso? ¿Huyendo de un desengaño amoroso? O tal vez algo más simple: pasando el tiempo. La observo y siento una mezcla de curiosidad y fascinación.

Como si oyera mis pensamientos, se sienta. Después, con la naturalidad de quien está sola en su propio paraíso privado, se desabrocha la parte de arriba del bikini y la deja caer a su lado. Me quedo con la respiración suspendida. La veo levantarse, con los pechos desnudos, y caminar hasta la punta del muelle. Una vez más, no hay vacilación. Se zambulle, un arco limpio y silencioso, y desaparece bajo el agua.

Aparentemente, no me ha visto. Me siento una intrusa, pero no puedo desviar la mirada. Emerge a pocos metros de distancia, sacude el pelo y empieza a nadar. Su estilo es impresionante, una combinación de fuerza y gracia. Nada en paralelo a la costa y después regresa al muelle. Sube por los peldaños de madera, con el agua escurriéndole por el cuerpo, se enrolla la toalla alrededor de la cintura, vuelve a ponerse el bikini y camina a zancadas hacia el hotel.

Respiro hondo e inicio el recorrido de vuelta, nadando lentamente. Mel ya confirmó que viene mañana. Un recuerdo me viene, vívido y cálido, la imagen de un encuentro de hace muchos años.

"Te recojo a las nueve", me dijo por teléfono, sin margen para contestación.

Cuando abrí la puerta de mi antiguo apartamento en Barcelona, me besó en la mejilla y me obsequió con una sonrisa que hizo que mi corazón se acelerara. Fuimos a un pequeño restaurante que yo no conocía, un sitio escondido en una calle estrecha, con mesas a la luz de las velas y un olor a ajo y buen vino en el aire.

Durante la cena, me hizo sentir la persona más importante del mundo. Quería saberlo todo. No sobre mi trabajo, no sobre los proyectos de la facultad o sobre los artículos que estaba escribiendo. Quería saberlo todo sobre mí, y me escuchaba con una intensidad

que me dejaba desnuda. No desviaba los ojos de los míos, excepto para ocasionalmente fijarse en mi boca.
A mitad de la cena, bajo la mesa, su pie vino al encuentro de mi pierna, en una caricia deliberada, que subió por el tobillo y tocó ligeramente mi muslo. Continué hablando, pero sentí la voz volverse ronca y el pulso acelerarse.
En el camino de vuelta a mi casa, recuerdo que el aire de la noche estaba cálido. Entrelazó los dedos con los míos, y me pareció la cosa más natural del mundo. Paramos frente a mi edificio. Yo no quería dejarla ir, y ella no parecía tener ninguna intención de irse. Dio un paso adelante, dejándome apoyada contra la puerta de cristal. Su pulgar contorneó mi rostro, su boca se acercó y me besó. El primer beso, lento y profundo.

*

Hago mi ronda nocturna, un hábito de todos los días antes de ir a la cama. Barro el jardín con la mirada y me detengo en un punto iluminado. Unos metros frente a mí, en una de las mesas de hierro, la luz de la pantalla del portátil ilumina su rostro. Veo su concentración, la forma en que los dedos se mueven ora sobre el teclado, ora cogiendo un bolígrafo y escribiendo algo en lo que deduzco sea un cuaderno. Sobre la mesa, dos botellas de cerveza.
Dudo, parada en la sombra, junto a la puerta de acceso al comedor. Debería ir allí. La anfitriona que hay en mí dice que sí. Pero la parte de mí que ha sido objeto de coqueteos descarados los últimos días grita para que huya y me encierre en la habitación.
Camino en su dirección, constatando lo obvio: se ha cambiado de ropa. Viste una camisa y unos pantalones de lino anchos. Tiene los pies descalzos y las sandalias perdidas bajo la mesa. Deja de escribir antes de que llegue, como si hubiera presentido mi presencia. Gira la cabeza, e instantáneamente una sonrisa se forma en sus labios.
"¿Está todo bien?", pregunto, con voz más formal de lo que me gustaría. "¿Necesita algo?"
Se gira completamente hacia mí, tiene el cuerpo relajado, repleto de certezas, y señala la silla vacía frente a ella.
"Hola, Victoria. Siéntate". No es una invitación, es una orden delicada. "Tómate una cerveza conmigo."

Su franqueza me pilla desprevenida. "Oh, no, gracias. Yo... todavía tengo cosas que hacer."
"Cosas que hacer", repite, con un tono divertido que me hace sentir casi transparente. Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa, y baja la voz, volviéndola más íntima. "Sabes, este lugar es increíble. Tiene alma. Pero también tiene cierta tristeza." Hace una pausa. "Una mujer como tú no debería parecer tan sola."
Siento que me ruborizo y desvío la mirada, incapaz de sostener la suya.
"Bueno, es tarde. Tengo que subir, tengo que llamar a mi mujer", murmuro, lo primero que me viene a la cabeza. Es mi señal para una retirada apresurada.
"Dale las buenas noches de mi parte", dice, cuando ya estoy a medio camino.
Subo la escalera corriendo, entro en la habitación y cierro la puerta detrás de mí, girando la llave en la cerradura con un clic que suena demasiado alto. Me apoyo contra la madera e intento calmar la respiración. Soy una verdadera idiota.
Incapaz de controlarme, voy hasta la ventana y espío entre las persianas.
Sigue allí, sentada en el mismo sitio, pero no está mirando el ordenador, mira directamente hacia mi ventana, como si supiera que yo estaría aquí. Cuando me ve, levanta la botella de cerveza en un brindis silencioso.
Retrocedo como si hubiera recibido una descarga. Al mismo tiempo, el móvil suena en la mesita de noche. Miro la pantalla: 'Mel', y luego hacia la ventana. La imagen de Serena brindando, confiada y divertida, se superpone. Segundos después oigo el sonido agudo de un mensaje. No lo abro. Si es una excusa más para no venir, no quiero saberlo.

CAPÍTULO 6

París

LYDIA

7 de julio

El avión vuela a treinta mil pies de altitud, en una capa de aire tan fina que la noción de peligro es puramente teórica. Una abstracción. Como mi vida en estos dos últimos días.

A mi lado, Isabel duerme con la cabeza apoyada contra la ventanilla. Su rostro, en reposo, parece más joven, sin la máscara de furia presente en los últimos días. Verla así, serena y vulnerable, hace que el recuerdo de mi despido me golpee con la fuerza de una turbulencia inesperada.

Todavía no puedo creer que me dejé convencer para venir a esta reunión, o fiesta, o lo que sea esto. Anteayer, después de colgar el teléfono, Isabel irrumpió en la sala con la altivez de quien ha conseguido encontrar una solución al problema. Pero, en lugar de hablar de trabajo o de hospitales, me dijo que Francesca iba a dar una fiesta de cumpleaños y que nos había invitado. No entendí, y sigo sin entender, cómo eso puede ser algo bueno, menos aún una solución para nada. Fui claramente vencida por el cansancio, y después de mucha insistencia acabé accediendo, sin tener la menor idea de en qué me estaba metiendo.

*

El taxi se desliza por la ciudad iluminada y nos deja frente al Ritz. La Place Vendôme es una joya geométrica de una riqueza absurda. La fiesta no es en el salón, sino en una suite reservada en el último piso. Cuando la puerta se abre, oigo el sonido de voces de mujeres hablando en media docena de idiomas diferentes, risas y el tintineo del cristal, lo que hace que un jazz discreto apenas se pueda distinguir.

Isabel entra como si fuera su casa y se transforma. La mujer tensa y preocupada de los últimos días desaparece. En su lugar, surge una versión de ella que solo he visto en raras ocasiones. Su postura se

vuelve más erguida y una sonrisa confiada y encantadora ilumina su rostro.
"¡Isabel, cuánto tiempo!", "¿Cómo estás, desaparecida?", "Ven aquí, déjame mirarte." Besos, abrazos y algunas palabras intercambiadas en un francés fluido. Ella pertenece aquí.
Cuando nos ve, Francesca nos saluda efusivamente, con una sonrisa abierta, y nos conduce hacia una mesa. Una mujer que no conozco se acerca, abraza a Isabel y, a continuación, le da un beso en los labios, lo que no parece sorprender a nadie excepto a mí.
En la mesa de al lado reconozco a una ministra francesa, que habla en voz baja, en una conspiración elegante. En otro grupo está una directora de cine que me gusta mucho, tal vez podría pedirle un autógrafo, pienso irónicamente, sonriendo para mis adentros.
Con el pretexto de ir a buscar una copa de champán y estirar las piernas, me levanto y atravieso la sala.
Los fragmentos de las conversaciones que consigo captar son surrealistas: "...su presidencia es débil." "Si lanzamos la OPA hostil ahora, antes de la divulgación de los resultados, los pillamos por sorpresa." "La vacante en el ministerio de cultura se abrirá el próximo mes. Ya hablé con quien tenía que hablar."
Esto no es una fiesta de cumpleaños, reflexiono.
Isabel me encuentra, tiene el rostro sonrojado por la excitación y el champán. "¿Estás bien?", pregunta.
"Estoy perfecta," miento. "Un ambiente muy... diferente."
"¿No es increíble?", dice con sus ojos aún más azules brillando.
"Vuelve a la mesa, yo voy enseguida. Solo voy a tomar un poco de aire," digo, interrumpiéndola. "El balcón parece tentador."
Afuera, se siente una brisa suave. Analizo las luces a lo lejos y dejo que mi mente se pierda en reflexiones sueltas, buenas y malas. Recuerdo el día que conocí a Isabel, recuerdo a la mujer con quien estaba antes de estar con ella y la forma en que me traicionó. La primera vez que operé sola y el primer niño que murió en mis manos. Sin darme cuenta, una lágrima corre por mi mejilla.
"¿Un cigarrillo?"
La voz suena a mis espaldas. Me giro. Apoyada en el pretil, casi oculta por la sombra, hay una mujer. Viste un esmoquin negro,

perfectamente cortado, aparentemente sin nada debajo de la chaqueta. Su cabello es grisáceo y la luz de la ciudad se refleja en sus ojos y en la nube de humo que suelta lentamente.
No dice nada más. Me observa con una mirada que recorre mi cuerpo sin prisa. Después, en un movimiento premeditado, saca de su bolso una pitillera de plata. La abre y la extiende en mi dirección. Vacilo, y es ella, con una expresión divertida, quien saca un cigarrillo. En lugar de dármelo, se lo lleva a la boca, lo enciende, y luego lo coloca suavemente entre mis labios.
Mi corazón se detiene. El gesto es tan inesperado que me quedo sin reacción.
"Gracias," consigo decir, después de exhalar el humo. ¿Cuántos años hace que no hacía esto?
"Úrsula," dice, retrocediendo un paso, pero manteniendo su mirada en la mía.
"Lydia."
"Sé quién eres. La mujer de Isabel." Sonríe, una sonrisa que no llega a sus ojos, pero que parece saberlo todo. "La primera vez siempre es abrumadora."
No sé si habla de la fiesta, del cigarrillo o de cualquier otra cosa, pero estoy segura de que esa ambigüedad es parte del juego.
"¿La fiesta?", acabo preguntando.
"El poder. Verlo así, en estado puro. Destilado. Asusta, ¿verdad?" dice, soltando un anillo de humo perfecto. "Hace unos años, en este mismo balcón, conocí a una mujer muy especial. Hoy es una gran amiga. Elena. Es médica, psiquiatra. Tienes algo que me la recuerda."
Sus palabras me golpean con la precisión de un diagnóstico que no pedí, pero que es innegablemente correcto. No me conoce, pero me ve con una claridad que me deja expuesta. Siento una ola de deseo recorrerme, una atracción que no es lógica. Es algo primitivo, peligroso. Siento la boca seca y las manos frías.
Nos quedamos en silencio, fumando, lado a lado. Siento su presencia, el espacio entre nuestros hombros, y la forma en que lleva el cigarrillo a los labios. Es una tensión silenciosa, un juego cuyas reglas desconozco por completo.

"¡Úrsula siendo Úrsula!" Es la voz de Francesca, que se acerca, entrando en el balcón.
Úrsula no le responde, pero las comisuras de su boca se elevan ligeramente.
"¿Monopolizando a nuestra invitada de honor?"
"Solo estaba ofreciendo hospitalidad, Francesca. Lydia parecía necesitarla." Apaga el cigarrillo con un gesto elegante y, con una última mirada prolongada en mi dirección, dice solo: "Fue un placer", y desaparece de vuelta hacia el interior de la sala.
"Ven", pide Francesca, posando la mano ligeramente en mi brazo y conduciéndome a través de la sala. Cuando pasamos junto a Isabel, la tira suavemente, haciendo que nos acompañe a través de una puerta discreta. Es una sala elegante, con cuatro butacas cómodas y una pieza de arte abstracto en la pared que probablemente vale más que mi antiguo apartamento. Cuando cierra la puerta, el sonido de la fiesta desaparece, sustituido por una agradable música clásica.
"Mis queridas," comienza, sentándose y haciendo un gesto para que nos sentemos también. "Lo que os hicieron fue poco elegante. Una táctica de hombres pequeños, asustados con la idea de perder su insignificante poder. Es feo, es predecible y, sobre todo, es una pérdida de tiempo." Habla del asunto como si estuviera analizando una obra de teatro mal montada, y no la más que probable destrucción de mi carrera.
"Lydia, una herida necesita aire limpio para cicatrizar. No puedes quedarte en el ambiente infectado de ese hospital. Esperan que luches, que te debatas, para poder destruirte públicamente. Lo más valiente, y más inteligente, que puedes hacer ahora es nada."
La miro sin comprender.
"Es retirarte," explica, calmadamente. "Es darles la espalda. Es mostrarles que ellos y su pequeño juego de poder no tienen la capacidad de perturbarte. La indiferencia es la forma más refinada de desprecio."
Francesca sonríe ahora abiertamente, incluso cumpliendo 71 años, sigue siendo una mujer deslumbrante. ¿Cuántos corazones habrá roto?

"Cuando Isabel me contó la historia, pensé en una posibilidad que tal vez te agrade. Que tal vez os agrade." La forma en que habla hace que parezca la idea más natural del mundo. "Una amiga mía muy querida, una periodista americana, está en Europa haciendo un trabajo sobre un hotel boutique en la Costa Brava. Un paraíso, según he oído. Tranquilo, junto al mar, el sitio perfecto para leer buenos libros y pensar cómo quieres volver a vivir tu vida, en ese hospital o en cualquier otro. Date la oportunidad de soñar, de querer."
Mi mandíbula debe haber caído, porque suelta una carcajada. "Me tomé la libertad de reservaros una suite por algunas semanas. Un pequeño regalo de cumpleaños."
"Eres tú quien cumple años," interrumpo, sin poder contenerme.
"Vuestro regalo es permitirme ayudar. Si no te gusta, no hay problema, pero algo me dice que te va a encantar."
Es una previsión de alguien que está acostumbrado a que el mundo se moldee a su voluntad.

*

La fiesta termina tarde, después de discursos y mucho, mucho champán. Volvemos a la habitación que Francesca nos reservó en el Ritz, que, dicho sea, es más grande que nuestro apartamento. Hay rosas frescas, una botella de champán en un cubo con hielo y una cama que parece una nube. La humillación del lunes y la opulencia de esta noche crean un cortocircuito en mi cabeza.
Isabel cierra la puerta y, por primera vez desde que salimos de esa reunión en el hospital, su cuerpo se relaja verdaderamente. Se acerca, toma mi mano y la lleva a sus labios, besando mis dedos, uno a uno. "Perdóname," susurra.
"No tienes que pedir perdón por nada."
"Sí tengo. Yo te presioné. Yo fui parte del problema."
Me mira, y veo a la mujer de quien me enamoré. Su fuerza, su vulnerabilidad. La atraigo hacia mí y, esta vez, soy yo quien la besa. El beso es salado, con el sabor de las lágrimas que ninguna de nosotras había tenido todavía el coraje de llorar.
Sus manos suben por mi cuello, y sus dedos agarran mi cabello, mientras mis manos descienden por su espalda, sintiendo cada vértebra bajo la tela de su vestido. Deslizo la cremallera y su vestido

cae a sus pies, en un montón de seda y satén, dejándola casi desnuda frente a mí.
La urgencia se apodera de mí. La empujo hacia la cama y recorro cada detalle de su cuerpo con la punta de la lengua, haciéndola gemir con cada movimiento más impetuoso.
"Para", suplica en una palabra que claramente tiene otro sentido.
"No voy a parar, y tú lo sabes", respondo, posicionándome entre sus muslos.
Sin tocarla con las manos, beso la piel suave, sintiendo su deseo aumentar.
"No voy a aguantar."
"No aguantes."
"No puedo."
"¡Debes!"
Acelero el movimiento, interrumpo un instante, el tiempo suficiente para que su cuerpo se arquee buscando más contacto, y cuando mi lengua vuelve a sentir su sabor, sus músculos se contraen a mi alrededor liberando una ola de placer.
Acostadas en el silencio, siento su respiración en mi cuello, y susurro en la oscuridad: "Está bien."
"¿Qué?", pregunta, somnolienta.
"Yo voy. Yo voy a ese hotel."

CAPÍTULO 7

Sports Illustrated

VICTORIA

9 de julio

Viernes. El sonido del coche de Mel subiendo el camino de grava resuena en mi cabeza desde que desperté, aunque sé que solo llegará dentro de varias horas. "A media tarde, para que aún vayamos a la playa", dijo por teléfono.

Por primera vez en más de un mes, no ha cancelado. Una parte de mí está eufórica, y la otra, en pánico. ¿Y si esta es la visita en la que finalmente 'hablamos'? ¿Y si lo que tengamos que decir no es lo que queríamos oír?

Bajo al patio. El sol de la mañana está perfecto. Y, por supuesto, Serena ya está sentada en su mesa, con un café, el ordenador y su aura de quien domina el mundo antes de las nueve de la mañana.

"Buenos días, Victoria," dice, sin levantar los ojos de la pantalla. "¿Dormiste bien? ¿Soñaste con algo... interesante?"

"Nunca recuerdo los sueños," respondo, más seca de lo que pretendía.

Se quita las gafas de sol y cierra el portátil. "Estás diferente hoy. Un brillo especial. Déjame adivinar. La arquitecta", concluye de forma sarcástica.

"Mel llega dentro de poco", confirmo.

"¡Ah! Qué pena. ¡Entonces sí existe!" exclama, manteniendo la sonrisa burlona. "La famosa arquitecta. Confieso que ya estaba empezando a pensar que era una invención tuya. Una excusa ingeniosa para mantener a las admiradoras a distancia."

Mis muchas admiradoras, pienso, evitando mostrar que me hizo gracia el comentario. "Ha estado ocupada con un nuevo proyecto," profiero en voz alta.

"Proyecto," repite, saboreando la palabra como si fuera un vino raro. "Es una excusa maravillosa, ¿verdad? Tan profesional, tan irreprochable. Nadie puede argumentar contra 'un nuevo proyecto'."

Serena se inclina hacia adelante, antes de preguntar: "¿Va a

quedarse todo el fin de semana? ¿O es solo una visita de negocios? Para ver si su 'inversión' aquí en la provincia está siendo bien gestionada."
La palabra 'inversión' me golpea como un insulto. Es exactamente como me siento, y oírlo es humillante. "Viene a verme. Porque me echa de menos."
"Estoy segura de que sí," confirma, con una expresión de quien cree que acaba de ganar la discusión. "Si fuera yo, te echaría de menos", me guiña el ojo y vuelve a concentrarse en el ordenador.
Irritada, camino en dirección a la recepción, casi chocando con Josefina cuando abre la puerta hacia el jardín.
"Entonces, ¿qué cara es esa? Mel viene. ¿No deberías estar saltando de contenta?", pregunta, sin rodeos, mostrando cuánto mi disfraz es inútil.
"Estoy contenta," miento, intentando recomponerme.
"Tu cara no dice eso. Tu cara dice que acabas de oír a tu amiga americana meterse contigo y que no supiste responder a la altura." Cruza los brazos. "¿Qué te pasa, Victoria? Pareces una niña que ha sido pillada haciendo una travesura."
"¡No es mi amiga!", afirmo contrariada, "¡Y no pasa nada!"
"Pasa, claro. Creo que tienes miedo de que Mel venga y descubra lo obvio. Que ya no eres la misma persona que dejó aquí hace unos meses." La mirada de Josefina confirma la acusación. "Y tal vez tengas miedo de descubrir que la culpa no es solo de ella."
"Eso no es verdad," la contradigo furiosa.
"¿No? Entonces dime que no sientes nada cuando esta Serena te mira," me desafía.
"¡No siento nada! Es una huésped. Solo es irritante."
"Nada, no es verdad. Ella te hace sentir algo. Rabia, nerviosismo, tal vez hasta deseo. Y eso te aterroriza." Las palabras son duras. "No mientas, Victoria. Sobre todo no te mientas a ti misma. Tú no necesitas otra mujer. Tú necesitas sentir algo. Algo que no sea cansancio, desilusión. Y eso, mi querida, es mucho más peligroso que la seducción de cualquier huésped americana."

*

El sonido del Audi aparcando es real e inconfundible. Sin pensar en nada más, guardo el archivo que estoy mirando desde hace horas, y corro hacia afuera. Observo a Mel salir del coche, no me ve, y me quedo un instante contemplándola. Viste unos pantalones caqui y una blusa de seda azul petróleo. Parece cansada, triste y chic. Bajo la cabeza y observo mis pantalones cortos de mezclilla y la camiseta descolorida, sintiéndome súbitamente fuera de contexto.
"¡Hola, extraña!", dice cuando finalmente me ve, brindándome una sonrisa.
Me acerco con los brazos abiertos para robar el abrazo esperado desde hace tantas semanas. Intercambiamos un beso fugaz.
"Necesito un baño. ¡Desesperadamente!", dice dando un paso atrás.
Entra en el hotel, se cambia de ropa y vuelve en un momento.
"Necesitas tratar esa humedad, Vic. Va a acabar afectando la estructura." Observa cuando bajamos el camino hacia la playa. No es una crítica, es su cerebro funcionando en piloto automático, pero aun así, siento una punzada en el pecho. Todo aquí necesita ser tratado.
El agua está perfecta, caliente del sol. Por un momento, nadamos lado a lado, y parece que hemos vuelto atrás en el tiempo. Que todo está como siempre estuvo.
"El proyecto en la Diagonal Mar fue aprobado," dice Mel, salpicándome con un movimiento más brusco. "El cliente enloqueció con la propuesta de la fachada ventilada. Vamos a usar un compuesto de cerámica nuevo, italiano. Carísimo, pero el efecto va a ser espectacular."
Escucho, asiento con la cabeza, e intento compartir su pasión, haciendo un esfuerzo consciente para no pensar en mi préstamo vencido.
Cuando miro hacia tierra, veo una figura caminando hacia el muelle. Serena, quién más. Mi estómago se hace un nudo. Extiende la toalla con un gesto fluido y se tumba al sol. Su bikini blanco parece irradiar luz contra su piel.
"Guau," dice Mel, a mi lado, sorprendida. "¿Quién es la nueva huésped? ¿La portada de *Sports Illustrated*?"

"Serena. Serena James. Es americana" respondo, con la voz tensa. Sin querer dejo entrar agua salada en la boca, lo que me provoca un ataque de tos.
"¿Vino sola?" Mel levanta una ceja. "¿Qué está haciendo aquí? ¿Trabajo? ¿Amor?"
"No sé", respondo todavía tosiendo.
Al mismo tiempo, como si estuviera actuando en una obra ensayada para torturarme, Serena se sienta, pasa la mano por el cabello en un gesto casual, y se desabrocha la parte de arriba del bikini. Mel entreabre los labios, antes de modificar la expresión y hacer una sonrisa.
"Tiene confianza. ¿Se queda mucho tiempo?"
"Todo el mes," declaro.
"¿Todo el mes?" Ahora parece genuinamente impresionada. "¡Eso es genial! Felicidades." El elogio es sincero, lo que de alguna forma me hace sentir aún peor. "¿Y qué hace nuestra diosa del topless para poder pasar un mes entero de vacaciones aquí?" Ahora es nítido el sarcasmo presente en el tono de voz.
"Es periodista."
"Periodista," repite Mel, evaluando la figura tumbada en el muelle. "¿Y escribe sobre qué? ¿Destinos de lujo?"
Me siento enrojecer. "Mercados financieros, creo."
Mel se gira hacia mí, sin contener la curiosidad, "¿Mercados? ¿Una analista de Wall Street vino a meterse en este fin del mundo, por qué? ¿Encontró tu 'paraíso' en un sitio de viajes?" La forma en que dice 'paraíso', la expresión que usé cuando intenté convencerla de que podría ser una buena inversión, es usada deliberadamente para tocar una herida antigua.
"No sé, Mel. Tal vez solo quiere paz. Dijo que quería estar lejos de todo," afirmo, a la defensiva.
Mel no responde enseguida. Se queda mirándome a mí y a Serena de forma alternada, dejando los brazos agitar ligeramente el agua a su alrededor.

*

Josefina hizo exactamente lo que le pedí, y cuando bajamos a cenar tenemos una mesa preparada en el patio. Una rosa blanca en el

centro y una vela, aseguran su esfuerzo para crearnos un ambiente romántico. Quiero que la noche sea nuestra. Que las cosas puedan ser como fueron hasta, hasta que me mudé aquí.
Serena está sentada sola, a algunos metros de distancia. Absorta en la pantalla de su portátil, va bebiendo el vino que tiene en la copa, ajena a lo que la rodea. En realidad, solo somos nosotras, ella y otra pareja en una mesa al fondo de la sala.
Mi intento de intimidad dura poco. Dura apenas hasta que la copa de Serena queda vacía y ella levanta la cabeza para pedir más, y nos encuentra en su campo visual.
En un movimiento decidido, empuja la silla hacia atrás, agarra la copa vacía, y camina en nuestra dirección.
"Buenas noches", dice, con una sonrisa que no pide permiso. "¿Os importa que me una a vosotras? Prometo no hablar de trabajo."
Miro a Mel, esperando que me salve, que diga que preferiríamos estar solas. Pero Mel sonríe, y tira de una silla de otra mesa.
"¡Claro que sí! Siéntate. Puedes hablar de trabajo tranquilamente, me encanta", bromea, sin mentir.
En un instante, mi cena para dos se transformó en una cena para tres, y yo soy la tercera. La conexión entre ellas es inmediata. Empiezan a hablar de un edificio nuevo en Nueva York, de viajes, de restaurantes, y sorprendentemente conocen a varias personas en común. Ríen alto, en una complicidad que parece tener años.
Me mantengo callada, una extraña en mi propia casa. Mi mirada se cruza con la de Josefina, que discretamente, se encoge de hombros.
"Victoria decidió tomarse un descanso de la vida real," oigo a Mel decir en cierto momento, explicando mi presencia aquí como si fuera una niña en una actividad de verano. "Se cansó de ser una académica de éxito."
Lo dice todo riendo, como si fuera una broma entre nosotras, pero es una crítica, y no muy discreta.
No dejo de notar que sus copas están otra vez llenas. Yo paré de beber hace varias rondas atrás.
Serena me mira, con la cabeza inclinada, analizándome. "Creo que tiene sentido", afirma mirando otra vez a Mel. "Tú mantienes los pies en la tierra y ella sueña."

"Alguien tiene que ser realista" responde Mel, y las dos se ríen a carcajadas.
La provocación de Serena continúa, sin dar tregua, alimentada por los comentarios mordaces de Mel. Lleno la copa y bebo el vino de un solo trago.

*

Cuando llegamos a la habitación, Mel parece haber dejado la energía de la cena abajo. Su rostro muestra arrugas de expresión, pero sobre todo cansancio. Bajo los ojos, una sombra negra se hace notar.
"Tu huésped es hilarante," declara, mientras se desviste.
Se acerca a mí, desnuda, y me besa. Me toma en un beso impetuoso, con una urgencia que ya no me es familiar.
"Ven," susurra, con la frente apoyada en la mía. "Quiero sentirte", dice deslizando la mano en mi pecho. "Te quiero aquí conmigo."
Me dejo llevar. Una parte de mí quiere desesperadamente que esto funcione. Me guía hacia la cama, y me desviste con una ternura que ya no recordaba sentir. Sus labios descienden por mi cuello, y sus manos tocan cada centímetro de mi cuerpo, a medida que la ropa desaparece.
Intento enfocarme en las sensaciones, en el tacto de su piel contra la mía. Intento callar la voz en mi cabeza que repite las bromas de la cena, que me recuerda cuánto me siento sola. Pero mi cuerpo me traiciona y no reacciona. Cuando su mano desciende y toca el interior de mis muslos, mi instinto de preservación grita más alto, y con mi mano detengo la suya.
"Mel, para. Por favor."
No hace falta nada más. Ella retira no solo la mano, sino todo el cuerpo, sentándose en el borde de la cama, de espaldas a mí. La luz de la luna que entra por la ventana dibuja la silueta tensa de sus hombros.
"¿Qué pasa ahora?", pregunta con una voz fría, sin sorpresa. Después de todo ya hemos visto esta escena antes. Ya hemos discutido sobre este mismo tema docenas de veces.
"No es nada. Estoy cansada." Una excusa patética hasta para mí.

Se gira bruscamente. Incluso en la penumbra puedo ver la frustración en sus ojos. "Cansada. Siempre es esa la palabra. Estás cansada, estás preocupada, estás distante. No es de ahora, Victoria. Ya en Barcelona estabas así. Hace años que estás así. ¿Cuál es el problema? ¿Soy yo? ¿Es eso?"
Tiene razón, la distancia entre nosotras no nació con mi venida aquí. Eso la hizo aumentar, nos dio a ambas la excusa para no hablar sobre el asunto. Ella y yo necesitamos cosas diferentes, y ambas somos conscientes de eso.
"No sé, Mel," susurro, sin sentir la necesidad de añadir nada más. Extrañamente me siento tranquila, como si ya nada más pudiera pasar, tal vez la sensación de quien ya no tiene nada más que perder.
"Sabes, Vic," dice resignada, con el rostro más sereno. "Yo te amo. Pero no podemos seguir fingiendo que esto está funcionando."
"Lo sé," concuerdo, sentándome también. "El problema soy yo. Yo estoy... Yo te miro, y tengo la certeza de que te amo, pero hay algo que no funciona, que no sucede."
"Vale, acepto eso. ¿Y? ¿Seguimos así? ¿Tú sintiéndote culpable, y yo sintiéndome rechazada?"
"Tal vez tenías razón."
"¿Razón en qué?"
"En lo que me propusiste hace unos meses." La miro, y siento que estoy a punto de dar un paso sin retorno. "Tal vez deberíamos abrir la relación."
Sus ojos se fijan en los míos, intentando entender exactamente a dónde quiero llegar.
"¿Te acuerdas? Poco tiempo antes de que mi hermano se fuera a Madrid, tú me habías propuesto eso mismo."
"Y tú tuviste un ataque de furia. Me acusaste de estarte traicionando, de ya no amarte. Es sobre todo de eso de lo que me acuerdo."
"Fue lo que sentí en ese momento. Me pillaste por sorpresa, era algo que nunca se me había ocurrido. Pero, por otro lado, ya había hecho mil escenarios en los que tú estabas acompañada por otras mujeres, y al final, concluías que estabas mejor sin mí. Por eso, sí, cuando

dijiste que querías abrir la relación pensé que era eso, que estabas con otra persona y solo no tenías el coraje para decírmelo."
"¿Y ahora, has cambiado de opinión?"
No sé si la pregunta es sincera o sarcástica, pero decido responder.
"Yo estoy aquí, tú estás sola en Barcelona la mayor parte del tiempo. Si... si quieres estar con otra persona, lo entiendo."
Se queda en silencio, procesando la información. Su expresión es indescifrable, y yo espero el retorno, pero, en lugar de eso, veo alivio en su mirada.
"¿Y tú?", pregunta.
"Yo estoy bien. No necesito nada, ni a nadie más."
Mueve la cabeza, "¿Hablas en serio?"
"Sí." Vuelvo a respirar hondo, reteniendo el aire en los pulmones antes de liberarlo. "Tengo solo una condición. Que sea solo sexo. Una noche, sin involucrarse, sin repeticiones." Vuelvo a suspirar profundamente antes de concluir, con una sonrisa forzada: "No quiero que te enamores de otra persona."
Mel pondera mis palabras. Una sonrisa, casi imperceptible, empieza a formarse en la comisura de sus labios. "No es una condición, son tres." Se tumba a mi lado, y me atrae hacia ella, contorneando mi boca con la punta de sus dedos.
"Eres increíble, ¿lo sabías?", dice, apoyando los labios en los míos, lo que hace que una lágrima solitaria se deslice por mi rostro.

CAPÍTULO 8
Tormenta cósmica

LYDIA

11 de julio

El coche se desliza por la carretera costera. A mi lado, Isabel ha activado el modo 'resolución de problemas', y continúa al teléfono, discutiendo dos casos complejos y la cirugía que tiene marcada para mañana. Miro por la ventanilla, hacia el azul del mar brillando al sol, pero eso no me hace sentir mejor. 'Unas vacaciones', dijo Francesca. No consigo asimilar el concepto. Para mí suena a despido, a fracaso.

Veinticuatro horas. Fue el tiempo para preparar todo lo que se pueda necesitar para cuatro semanas fuera, fuera de casa, fuera del hospital, en un sitio que no elegí y que seguramente voy a odiar. Las palabras de la asistente de Francesca por teléfono fueron claras: "La Doctora solo necesita llevar ropa cómoda. El resto está arreglado."

Salimos de la carretera principal. El camino se vuelve más sinuoso, más estrecho, y el mar aparece y desaparece entre los árboles. Finalmente, un cartel de madera gastada indica que estamos en el sitio correcto. 'Mirador de la Luna'. No podía ser un nombre más cursi, reflexiono. Cuando el coche para, mi primera impresión es de cierto abandono. Por lo que puedo ver, es un lugar con una dignidad antigua, pero con las esquinas gastadas y la pintura necesitando una nueva capa. El jardín, ese está cuidadosamente arreglado.

Una mujer guapa, con un aire exhausto y el cabello despeinado, recogido con prisa, nos recibe en la recepción. Debe ser la dueña del hotel, presumo, mirando la camiseta descolorida. Su sonrisa es profesional, pero sus ojos traicionan su sorpresa.

"Bienvenidas" dice, calurosamente, mirando a Isabel. "Mi nombre es Victoria. Deduzco que sea Francesca..."

Sin dejarla terminar, e intentando evitar equívocos, Isabel interviene: "Isabel Baille", se apresura a decir, continuando, "Mi mujer, Lydia Castella. Francesca es una amiga nuestra que tuvo la amabilidad de hacer la reserva."

"Pido muchísimas disculpas," dice Victoria, mirando ora a mí ora a ella. "Recibimos la petición anoche y todavía no conseguimos preparar todo. Tienen las dos habitaciones comunicantes ya reservadas, y una de ellas completamente preparada. Pero, la petición era para una suite. Así, vamos a transformar la otra en una sala."
Me siento enrojecer. La extravagancia de la petición, un lujo que este sitio claramente no comporta, me hace sentir incómoda.
"Espero que no haya problema", prosigue Victoria, "Mañana prometo que queda todo listo, sin falta."
"No se preocupe," la tranquiliza Isabel, antes de que yo consiga decir algo. "Lydia va a quedarse sola durante las próximas semanas. Yo solo vendré los fines de semana. Una habitación, por ahora, es más que suficiente."
"Voy a tomar aire", declaro, interrumpiendo su conversación sobre llaves y horarios de desayuno.
Atravieso un patio simpático y camino por el jardín. El sol de la tarde es cálido, pero la brisa del mar impide que sea demasiado tórrido. Analizo cuidadosamente el espacio y elijo una mesa de hierro bajo un árbol enorme, lo más lejos posible de la casa. Me apoyo en la silla y cierro los ojos, intentando procesar la irrealidad de toda esta situación.
"Esa es la cara de una mujer que preferiría estar en cualquier otro sitio del mundo. ¿O me equivoco?"
Sorprendida, abro los ojos. La voz viene de otra mesa a unos metros de distancia, donde está sentada una mujer que me observa por encima de su portátil, escondida detrás de unas enormes gafas de sol.
"No me conoces. Es imposible que lo sepas", respondo, de forma áspera.
Ella parece no importarle mi tono, y sonríe, una sonrisa que no muestra ninguna ofensa. "No necesito conocerte. Conozco el lenguaje corporal. Hombros tensos, mandíbula apretada, la mirada de quien acaba de ser sentenciado a vacaciones... ¿Problemas en el paraíso?", pregunta, con los ojos perspicaces evaluándome.
Su precisión es desarmante.

"Digamos que mi paraíso implosionó la semana pasada", admito, cediendo, contra mi voluntad.
"Serena," se presenta, cerrando el ordenador con un gesto decidido y tirando las gafas hacia la cabeza, lo que me deja ver sus ojos.
Su atención está ahora totalmente enfocada en mí.
"Es mi especialidad, diagnósticos."
"¿También eres médica?", pregunto instintivamente.
"Periodista. Especialista en desastres financieros. Pero los personales son mucho más interesantes, ¿no crees? El tuyo...", hace una pausa, "Parece tener un toque de tragedia griega. ¿Qué fue? ¿Traición o solo incompetencia?"
La pregunta es tan descaradamente intrusiva, que me quedo mirándola, sin palabras. Y después, para mi gran asombro, suelto una carcajada. Es la primera vez que me río en días.
"¿Por qué tiene que ser una u otra?", pregunto, entrando en el juego. "¿Por qué no las dos, con una pizca de chantaje para dar sabor?"
Sus ojos brillan. "Ah. Chantaje", se recuesta en la silla, visiblemente satisfecha, "Ahora estamos hablando mi idioma. Déjame adivinar, usaron a alguien que amas."
Mi sonrisa se desvanece. Su capacidad de deducción es aterradora.
"Tú eres peligrosa," susurro. "Por cierto, mi nombre es Lydia."
Esta debe ser la amiga de Francesca, reflexiono, recordando la conversación de París. O tal vez no, Francesca dijo que ella escribía sobre hoteles. No seré yo quien inicie esa conversación.
De la nada, oigo pasos en la hierba.
"Veo que ya te has ambientado."
La voz de Isabel es ligera, pero contiene una nota de admiración. Se para junto a mi mesa, mirando de mí a Serena, que entretanto se ha levantado y se ha acercado.
"Lydia estaba contándome sus planes para su retiro espiritual," dice Serena, con una sonrisa de ángel. "Yo estaba sugiriendo un voto de silencio."
"No estaba nada," protesto.
Isabel suelta una carcajada sonora. "Lydia y el silencio no son compatibles. Ella piensa demasiado alto." Extiende la mano a

Serena. "Soy Isabel."
"Serena. Un placer conocerte."
Por un momento, tengo la sensación de que algo en el rostro de Serena se modifica cuando estrecha la mano de Isabel, pero debe ser solo mi impresión.
"Lo siento, pero voy a tener que dejaros," dice Isabel, consultando el reloj. "Todavía tengo que volver a Barcelona. Opero a las ocho de la mañana."
La realidad vuelve a llamar a la puerta.
Casi al mismo tiempo, Victoria se acerca a la mesa. "Veo que ya habéis descubierto uno de nuestros mejores spots," profiere mirando al mar con una sonrisa, como si nunca se cansara de observar su belleza. "¿Puedo ofreceros una cerveza, una copa de vino?"
Justo detrás de ella, surge otra mujer, alta, de cabello cuidadosamente peinado, vistiendo unos vaqueros caros y una camisa azul simple, avanza a paso acelerado.
"Vic, no encuentro mi libro por ningún lado, ¿tú no lo has visto?"
En el instante en que su mirada cruza la de Isabel, la mujer se detiene y un aire incrédulo inunda su rostro.
"No lo puedo creer," declara, "¡¿Isabel?! ¿Eres tú de verdad? ¿Qué haces aquí?", dice como si constatara una imposibilidad cósmica.
"¡¿Mel?!", exclama Isabel, sin esconder el asombro.
Sin darnos explicaciones, ambas estallan en carcajadas, una carcajada compartida que parece cargar años de historia. Victoria las mira, completamente perdida. Serena y yo observamos la escena, intentando descifrar qué pasa.
Mel es la primera en recuperar la compostura, y limpia las lágrimas de risa con el dorso de la mano. "Isabel y yo nos conocemos." La palabra 'conocemos' suena de tal forma a eufemismo que casi se vuelve palpable.
"Fuimos compañeras de piso durante la facultad", añade Isabel.
"Novias, querrás decir", corrige Mel, con una naturalidad que me deja incómoda.
"¡Bueno, un reencuentro de estos no pasa todos los días! ¡Esto merece burbujas!" La voz de Serena corta el aire, llena de un entusiasmo contagioso. Se levanta, y su energía toma el espacio.

"¡Victoria, Mel, sentaos! Nadie va a ningún lado. Yo voy a buscar el champán. ¡Josefina!", grita ya caminando en dirección al hotel.
Minutos después regresa con copas y una botella de champán, sirviendo a todo el mundo con la desenvoltura de quien está en su propia casa.
La conversación es alimentada por el champán y por la singular coincidencia. Mel e Isabel comparten recuerdos, bromas y provocaciones que solo ellas dos entienden.
"¿Te acuerdas cuando intentaste cocinar una paella y casi tuvimos que llamar a los bomberos?", pregunta Mel, riendo.
"¿Y tú? Me acuerdo perfectamente de ti intentando montar aquella estantería blanca," replica Isabel. "Tu supuesto genio para la arquitectura, por lo visto, no se aplicaba a manuales de instrucciones."
Se ríen, y yo observo. Observo a Victoria, que tiene una sonrisa tensa en el rostro y que apenas toca el champán. Isabel es quien debería contenerse, después de todo va a conducir, reflexiono, sin atreverme a decir nada.
Claramente Serena ha estado callada demasiado tiempo. Es su turno de dar las cartas.
"Es curioso, ¿no?", empieza, en un tono de quien está pensando en voz alta. "El tipo de equilibrio que buscamos. Os miro a las cuatro y veo un patrón." Cambia de posición en la silla, con la copa medio llena en la mano, y una sonrisa en el rostro. "Mi trabajo es identificar patrones. Y podéis creer que soy de las mejores en lo que hago."
Isabel y Mel la miran, interesadas.
"Entonces," recomienza Serena, después de dar un sorbo al champán, "Dejadme ver si he entendido la dinámica. Tenemos aquí dos parejas. En ambas, una de las mujeres tiene un trabajo exigente en la ciudad," señala a Mel e Isabel, "Y la otra está aquí, en este refugio, ocupándose de las cosas más... terrenales. Mel e Isabel tienen un pasado común. ¿Y vosotras, chicas?" Señala hacia mí y hacia Victoria.
La simplificación es tan brutal y tan incómoda que me atraganto con mi primer sorbo.

"Victoria es un ancla o una viga de sustentación, dependiendo de la metáfora que os guste más" dice Mel, sonriendo y pasando un brazo por los hombros de su mujer, que fuerza una sonrisa. "Ella me impide flotar hacia la estratosfera con mis ideas."
"¿Y tú, Lydia?", pregunta, acentuando el contraste entre el tono cándido y la pregunta afilada como una cuchilla. "¿También eres un 'ancla'? Una cirujana acostumbrada a tener la vida y la muerte en las manos, no me parece el tipo de mujer que sirve de ancla. Me parece más una fuerza de la naturaleza. Una tormenta. ¿Qué es lo que una tormenta puede querer en un mar tan tranquilo como este?", cuestiona, mirando hacia la línea del océano que ya casi no se distingue.
Recuerdo haberle dicho que era médica, pero no recuerdo haber mencionado que soy cirujana. Siento las miradas fijas en mí. Doy otro sorbo al champán, lo suficiente para darme un segundo para pensar, y miro a Serena: "A veces, hay que venir a la costa a reparar los daños."
Ninguna de nosotras se atreve a hablar. Mi admisión de debilidad, dicha en voz alta, parece haber quedado resonando. Serena no se ríe, solo asiente lentamente con la cabeza.
"Reparar los daños," repite, en voz baja. Después, su mirada se mueve hacia Victoria, con una nueva delicadeza. "¿Oíste, Victoria? Parece que este tu hotel es una especie de astillero naval para mujeres magníficas en recuperación."
No sé si continúa hablando de mí, o si ahora habla de ella misma. Observo a Victoria. Está mirándome, y por primera vez, no veo a la dueña del hotel cansada. Veo a una mujer que comprende perfectamente la metáfora de 'reparar los daños'.
Serena, claro, no deja pasar el momento en blanco.
"Hmm," dice, mirando alternativamente a una y a otra, "A lo mejor el peligro no está en la agitación de la ciudad, sino en las aguas tranquilas."
Isabel y Mel fuerzan una carcajada, claramente incómodas con el cambio de foco. Pero yo no consigo desviar la mirada de la sonrisa cansada y comprensiva de Victoria.

CAPÍTULO 9

El corazón es un punto débil

VICTORIA

12 de julio

"¿Cómo fue el resto del fin de semana, ya me echas de menos?", pregunta Mel desde el otro lado de la línea. Es lunes por la mañana, y esta es nuestra llamada de buenos días.

"Tú te fuiste y yo dormí como una piedra," miento, mirando al mar, por la ventana de la recepción. "¿Y tú? ¿El viaje de vuelta fue bien?"

"Al son de Adele. Llegué ya tarde, pero pedí la cena, tenía hambre, ¿puedes creerlo? Me quedé dormida en el sofá viendo esa serie nueva de la que te hablé. Desperté con dolor de espalda," constata riéndose.

Yo fuerzo una carcajada, con la cabeza trabajando a alta velocidad. Cenó sola, se quedó dormida en el sofá, ¿será?

"¿Y Isabel? Se fue poco tiempo después de que te fueras."

"¿Qué pasa con Isabel? Coincidencia graciosa, ¿no?"

"Mucho", ironizo.

"No la he vuelto a ver. Barcelona es un poco más grande que el jardín del hotel, ¿sabes? Tengo que colgar, ya llego tarde. Hablamos por la noche."

"Sí, claro. Beso."

Cuelgo. Apoyo el teléfono contra el pecho y respiro hondo. ¿Qué locura es esta? Fui yo quien lo sugirió, quien le dijo que tenía permiso. Y ahora, mi estómago se hace un nudo, con cada respuesta, con cada silencio.

En el comedor Serena desayuna, pero mantiene la mirada en Lydia que, sola en una mesa junto a la pared, bebe solo café, concentrada en el móvil. Es bueno, reflexiono. Es bueno que haya otra persona para que Serena se entretenga usando sus poderes.

Todavía no he comido, podría unirme a ella. A Serena, claro, porque Lydia me causa cierto temor. Todo en ella es extraño, la llegada repentina para una estancia de tres semanas, la forma en que reservaron no una, sino dos habitaciones. ¡Extraño! Nada que se

compare con lo extraño de que Mel e Isabel se conozcan, reflexiono. No sé si quiero saber qué pasó entre ellas, pero tengo la certeza de que no seré perdonada.
Antes de tener tiempo de decidir si avanzo o no hacia un desayuno con Serena, el teléfono vibra en mi mano.
"Buenos días, ¿cómo está?", saludo lacónicamente al gestor del banco, sorprendida, no tanto por la llamada, sino por la hora matutina.
"Desde la semana pasada que intentaba hablar con usted. No ha sido fácil. Intenté hablar con su esposa, pero tampoco me atendió", declara de forma bastante hostil, dejándome furiosa.
"No es con ella con quien debe hablar, este asunto es conmigo."
"Tal vez, pero el saldo de su cuenta permite hacer frente a la deuda, pensé que como están casadas tal vez..."
"No tiene que pensar nada. Ni debería estar hablando de ese asunto. La cuenta es de ella, y el dinero también."
"Muy bien, nuestras reglas son claras, o liquida el valor pendiente hasta el final de la semana, o tendremos que avanzar a la próxima fase."
"Lo comprendo, y voy a pagar. El verano está empezando, el movimiento va a aumentar y mucho," miento descaradamente. "Podríamos redefinir el plan de pagos, tal vez repartir..."
La conversación dura apenas unos segundos más. Incluso con el pago de Serena y de parte de la estancia de Lydia, no tengo dinero para esta cuota.
Tiro el teléfono a un lado con una fuerza exagerada y me dejo caer sobre la silla. Me inclino sobre las rodillas y sujeto la cabeza entre las manos. Veo la imagen de mi hermano y de mi cuñada, y no evito dar un puñetazo en el mostrador, provocando un ruido seco con el golpe. ¿Cómo fueron capaces?, no dejo de preguntarme.

*

Me duele la cabeza. Ni pastillas, ni café, nada hace efecto. Miro el reloj, falta media hora para 'mi hora'. Paciencia. Apago el ordenador y aviso a Josefina de que voy a nadar.
Bajo el camino de piedra hacia la playa, con la cabeza latiendo y con pena de mí misma. Las buganvillas, orgullo de mi madre, están

secas, constato. Tengo que pedirle al jardinero que venga aquí abajo, y de paso, tengo que pagarle los meses atrasados.
El sol me da en la cara, y protejo los ojos con las manos, imaginando cuán útiles serían las enormes gafas de sol de Serena, lo que me provoca una sonrisa.
Cuando avisto el muelle de madera, la veo allí, tumbada en su toalla. Al contrario de otros días, hoy viste un bikini negro que hace que su cuerpo parezca una escultura. En este momento, su control, su calma, parecen casi un insulto personal.
Tengo la certeza de que me ha visto, o no se tratara de la persona más observadora del mundo. Espera inmóvil hasta que me acerco más, y después profiere: "¿Problemas?"
Una única palabra, dicha con una certeza absoluta.
Me paro frente a ella. "¿Cómo lo sabes?"
Se encoge de hombros, en un movimiento lento y elegante. "Vi tu cara. Y oí parte de la conversación, confieso. La matemática no fue difícil." Señala con la cabeza en dirección al mar. "Ven. El agua ayuda a pensar. O a no pensar. Sirve para ambos."
Sin esperar una respuesta, y sin bajar las escaleras hacia la arena, se acerca al borde de la plataforma, y se zambulle, como siempre, en un movimiento limpio y silencioso. Me quedo parada, resentida con su audacia, con su presunción, pero la alternativa, volver atrás, es peor. Me quito los pantalones cortos y la camiseta, dejándolos esparcidos sobre la madera, sin siquiera preocuparme en amontonarlos, y me zambullo tras ella.
El agua está más fría que habitualmente, un choque bienvenido que me obliga a enfocarme. Nado con fuerza, cada brazada es un puñetazo en el agua, un puñetazo en la cara del gestor del banco, de mi hermano. Un puñetazo en mi estupidez por haberme metido en esto. Serena, unos buenos metros adelante, nada a un ritmo fuerte y constante, sin ningún esfuerzo aparente.
Paramos mar adentro, jadeantes, y ella se gira hacia mí.
"Estás jugando su juego," dice, con la voz tranquila, moviendo suavemente las manos en el agua. "Estás actuando como la deudora. La débil. La que pide."

"¡Soy la deudora!", respondo, exasperada. "¡Es un hecho, no es una estrategia!"
"Equivocado." Declara con firmeza. "Esa es tu situación, no es tu identidad. Estás confundiendo las dos." Señala con el brazo mojado en dirección al hotel. "El error es pensar que tu problema es ese hotel. Que tu producto son veinte habitaciones viejas." Baja el brazo y barre el horizonte con la mano. "Tu producto es esto. La privacidad. El silencio. Una playa entera sin nadie. La capacidad de desconectarte del mundo. En el mundo de donde yo vengo, la gente paga fortunas por cinco minutos de esto."
Miro hacia donde señala. Veo el mar, las rocas, y el cielo. Cosas que siempre estuvieron aquí, que siempre di por sentadas.
"Piensa así," continúa, con una energía que es casi aterradora. "Tú no tienes un hotel en quiebra, tienes un 'refugio de privacidad'. Una marca. Un concepto. Olvídate de los turistas. Tu cliente es Google, es Apple, son los bancos de inversión. ¿Cuánto pagan para proteger a sus mejores personas del agotamiento, peor, de un burnout?"
La idea es tan radical, tan fuera de mi realidad, que estallo en carcajadas, lo que me hace tragar agua.
"Y supongo que el banco simplemente va a perdonarme la deuda si se lo pido con cariño, y les presento un folleto bonito con un nombre nuevo", ironizo, cuando vuelvo a conseguir hablar.
"Tú no les vas a pedir nada. Vas a ofrecerles una oportunidad. Convocas una reunión. Llevas un proyecto, unos dibujos de una arquitecta amiga tuya," dice guiñándome el ojo, "Unas proyecciones de beneficio absurdas. Y no les pides nada, más bien los invitas a ser tus socios. Ofreces una pequeña parte del negocio a cambio de la inversión. Haces que tengan miedo de perder la oportunidad. De repente, ya no eres tú quien los necesita, son ellos quienes quieren lo que tú tienes."
Termina y se queda mirándome atentamente, esperando una reacción. La simplicidad y la agresividad del plan me dejan sin aire. Invertir el juego. No ser la presa, sino el cazador.
"Piénsalo," dice, alejándose nadando al mismo ritmo en que vino hasta aquí.

Cuando miro hacia la playa, Serena ya está de vuelta en su toalla. Se quita la parte de arriba del bikini, pero esta vez, antes de tumbarse, me saluda. Y hoy, yo devuelvo el gesto.

*

Vuelvo al hotel, con el cabello goteando sobre la camiseta. El dolor de cabeza se evaporó. Serena no estaba en el muelle, y tampoco está aquí en el jardín, desapareció con la misma rapidez con que apareció.

Cuando me acerco a las mesas, me encuentro con una escena, como mínimo inesperada. El tablero de ajedrez está montado, Josefina está sentada en su lugar, pero el mío está ocupado por Lydia.

Me acerco sin hacer ruido. Josefina está inclinada sobre la mesa, con la frente fruncida, y los dientes marcando el labio inferior. Del otro lado, Lydia permanece inmóvil, en una postura rígida, con una máscara de concentración en el rostro. Su mano flota sobre un caballo y su mirada analiza el tablero, no como un juego, sino como una cirugía, en la cual va a hacer la primera incisión.

"No, no, espera," murmura Josefina para sí misma. "Si hago eso, me come la torre... Pero si no lo hago, su alfil... ¡Ah, chica, tú eres el diablo!"

Lydia mueve el caballo con un movimiento preciso. El toque de la pieza de madera en el tablero es el único sonido.

"Déjame adivinar, estás siendo masacrada," digo, finalmente rompiendo el silencio.

Josefina levanta la cabeza, y sus ojos están llenos de un desespero cómico. "¡Victoria! Gracias a Dios. Intenta disuadirla. ¡Masacrada es poco! Esta mujer no juega, ¡ejecuta! Fui arriba a ver si la sala que montamos en la habitación de al lado de la suya estaba a su gusto, y la encontré jugando al ajedrez en la tablet. Pensé 'ah, está aprendiendo, voy a invitarla a un juego de verdad'. ¡Qué tonta! Yo con la esperanza de enseñarle algo, y ella no comete ni un solo error. ¡Piensa diez jugadas por adelantado!"

Suelto una carcajada y miro a Lydia. Su foco está totalmente en el tablero.

"La esperanza es una emoción peligrosa en el ajedrez," dice, sin levantar la mirada.
"¡Ahí está!", exclama Josefina, poniendo los brazos en el aire sobre la cabeza. "¡Habla como una cirujana que va a cortar una pierna! ¡Sin corazón!"
Lydia mueve la reina. Un movimiento largo, diagonal, que atraviesa el tablero de lado a lado. Y después, levanta los ojos y me encara. "Jaque mate", declara.
Josefina baja los hombros, derrotada. "Nunca más juego contigo. Es malo para mi autoestima." Se levanta, murmurando, pero con un brillo de admiración en los ojos. "Voy a buscar un café. Fuerte."
A solas con Lydia, me acerco a la mesa y miro la posición final. Fue una jugada brillante, una trampa premeditada, que Josefina nunca vio, hasta llegar.
"Juego con ella desde niña. Es una gran jugadora, pero pasional," declaro, sintiendo necesidad de llenar el silencio. "No está acostumbrada a adversarios que no tengan corazón", bromeo.
"El corazón es un punto débil," responde como quien tomó en serio mi comentario. Empuja la silla hacia atrás, se levanta y me deja a solas con el tablero.

*

Es casi medianoche cuando termino el check-in de una pareja belga que llegó en un vuelo tardío. Ordeno los últimos papeles y apago las luces de la recepción. Intento llamar a Mel, después de la llamada de esta mañana, no volvimos a hablar durante todo el día. La llamada va directamente al buzón de voz. Siento la ansiedad volver. ¿Dónde está a esta hora? ¿Con quién?
Pierdo el sueño. En lugar de subir a la habitación, voy a la cocina a buscar una cerveza. Con la botella en la mano, camino por el jardín, casi en penumbra, hasta el muelle. Me hace bien sentir la brisa del mar.
La luz pálida de la luna ilumina el muelle, y unos metros adelante, vislumbro la silueta de Serena, sentada en el suelo de madera con las piernas estiradas. El brillo del portátil en su regazo se refleja en su rostro. El sonido suave de las teclas se mezcla con el sonido de las olas.

Sin atreverme a interrumpirla, y antes de que pueda verme, doy media vuelta y recorro el camino en sentido inverso.

CAPÍTULO 10
Tormenta de verano

LYDIA

14 de julio

"¡Sí, estoy bien!", respondo con una buena dosis de sarcasmo, a la misma pregunta que Isabel me hace cada vez que llama.
"¿Qué estás haciendo?"
¿Qué se puede hacer aquí? Mierda, ¿cómo acepté esta situación? Aunque las palabras se atropellan en mi cerebro, mi respuesta es tan lacónica como verdadera: "Mirando el mar."
"No vas a adivinar con quién pasé la mañana," responde, con una intensidad que no puedo dejar de envidiar.
"Déjame intentar," contraataco, al mismo tiempo que noto una mancha de humedad en el techo. "¿Con la Madre Teresa de Calcuta? ¿Con tu amiga Francesca?" O tal vez con Mel, reflexiono, pero no me atrevo a verbalizarlo.
Ella ignora mi sarcasmo. "Con Lourdes."
"Ah, eligieron a la sucesora al trono," declaro, con la delicadeza que consigo. "Es una elección predecible." Lourdes era hasta ahora la directora del servicio de medicina interna, y la persona más conservadora que conozco. "Imagino que vuestra conversación haya sido fascinante. ¿Discutieron el color de las nuevas cortinas para mi antiguo despacho?"
"No exactamente," responde, continuando sin dar réplica a mi ironía. "Es más inteligente y más peligrosa de lo que pensaba. Tomó posesión esta mañana, y justo después convocó varias reuniones con jefes de servicio, para 'revisar protocolos'. Escudada en la necesidad de reglas y procedimientos, pide transparencia y una política diferente para el hospital. Detrás de eso, lo primero que defendió, de forma vehemente, es que los profesionales de salud usen la objeción de conciencia y no pacten con la interrupción voluntaria del embarazo, con la inseminación artificial fuera del matrimonio y 'todo aquello que está minando por dentro nuestra sociedad', palabras de ella." El tono de Isabel va cambiando, a

medida que relata la conversación, y no siendo capaz de esconder su furia.
"¿Inteligente?" La palabra se repite en mi cabeza. "Está usando la ley para minar los derechos de las mujeres y tú llamas a eso 'inteligente'? Te estás volviendo delicada con las palabras, en otros tiempos estarías diciendo que es una grandísima..."
"Y es eso mismo lo que es", grita Isabel, sin dejarme terminar. "Es una guerra. No la voy a dejar ganar. Esta tarde, estuve hablando con el personal de cirugía y de cardiología, estamos formando un frente común."
Ella continúa hablando, de tácticas y alianzas. Y yo, la siento alejarse con cada palabra. ¿Cómo puede mi mundo cambiar tanto en menos de una semana?
"Es una jugada estratégica, tengo que admitir", grito, "Va a ganar puntos con el ala más conservadora del hospital, y, al mismo tiempo, nadie va a pensar más en escalas de urgencia."
Respiro hondo, y desvío la mirada hacia el infinito. Por más que intente controlarme, la irritación venció.
Hay una pausa. Consigo casi oírla procesar mi hostilidad pasiva.
"¿Y tú?", pregunta cuidadosamente, "¿Cómo te estás aguantando?"
"Estoy más que bien, ya te lo dije. No te preocupes. Puedes parar de repetir la misma pregunta, mi respuesta no va a cambiar". Me he convertido en una mentirosa nata, pienso con una sonrisa que ella no puede ver.
"¿Cómo puede alguien no estar bien en un lugar como este?" No es una pregunta, y sin dejarla interrumpir, continúo: "Es verdad, anteayer jugué al ajedrez con Josefina. Creo que no la conociste, trabaja aquí en el hotel. Fue emocionante. Hoy, estoy pensando leer la guía telefónica. Dicen que la trama es débil, pero el número de personajes es impresionante."
"Lydia...", profiere, con la voz resignada, "Tengo que irme. Están llamando a mi puerta incesantemente."
"Claro."
"Te llamo más tarde. El viernes estoy ahí. Te amo."
"Claro," repito nuevamente, y cuelgo antes de que ella pueda hacerlo.

'Es una guerra.' Repito alto la frase en el vacío. Ella está luchando en una guerra que no es la mía, peor, en una guerra que hace que la mía no pase de una pequeña pelea de niños.
Me levanto. La tranquilidad de este lugar me está volviendo loca. Esto pide un whisky. O tal vez una botella entera.
Llevo la copa al jardín y me siento a observar el atardecer. El aire está cargado de una electricidad invisible, y el cielo cubierto de nubes negras que anticipan tormenta. El alcohol no me alegra, pero crea una distancia bienvenida, un vidrio esmerilado entre yo y mis pensamientos.
Serena está sentada dos mesas al lado de la mía. Tiene el cabello mojado, debe haber ido a nadar, a pesar de que no se ve ni un rayo de sol desde hace tiempo. Concentrada va bebiendo lo que aparenta ser agua con gas, y tecleando furiosamente en su ordenador. A la velocidad que escribe, ya daría para una novela. No intercambiamos ni una palabra, pero siento su mirada. De vez en cuando, giro la cabeza en su dirección, y, más de una vez, nuestros ojos se cruzan. Su mirada no es de pena como la de los otros, es una mirada repleta de curiosidad. No está mirando a la 'pobrecita', está mirando una ecuación, e intentando entender sus componentes.
"El silencio aquí es ensordecedor, ¿verdad?", declara de repente, asustándome. "Sobre todo cuando nuestra cabeza está haciendo tanto ruido."
Finjo no haber oído y no respondo. Enciendo el móvil y vuelvo a los crucigramas que dejé incompletos.
Ya tengo otra copa de whisky en la mesa, cuando ella cierra el portátil. Por el rabillo del ojo, veo que coge su copa y camina en mi dirección. No vacila. No pide permiso. Tira de una silla y se sienta frente a mí.
"Quiero estar sola", afirmo, más cansada que enfadada.
Ella ignora mi hostilidad. Bebe un sorbo de agua, y fija la mirada en la mía. "Quiero entender qué hace una mujer como tú aquí. ¿Por qué no está allá, con un bisturí en la mano? Algunos implosionan. Otros explotan. Tú...", hace una pausa, "Tú pareces anestesiada. Es una estrategia interesante. Pero temporal."

"Mi estrategia, o la falta de ella, no te concierne," respondo. Su soberbia me irrita, pero es innegable que es genial en su poder de deducción.
"Tal vez no," concuerda, bajando el tono, e inclinándose sobre la mesa. "Pero la curiosidad es mi vicio. Y tú, Lydia, eres el enigma más fascinante que he encontrado en los últimos tiempos."
Enigma. Otra palabra que queda resonando en mi cabeza. Se oye el sonido de un trueno a lo lejos. Las primeras gotas de lluvia empiezan a caer, pesadas, levantando el olor a tierra del jardín.
"Una tormenta," constata Serena, levantándose. Sé que no se refiere solo al tiempo. "Cuando te canses de la anestesia, habla conmigo. Las conversaciones sobre estrategia son siempre más interesantes que el fondo de una copa." Se gira y se aleja, caminando hacia el interior del hotel, dejándome aquí con lo que queda de mi whisky.
Subo a la habitación. La lluvia es ahora violenta, torrencial, con relámpagos cortando el cielo. Me siento sofocada. El alcohol transformó la rabia en una depresión, incómoda y pegajosa. Cojo el teléfono. Necesito oír su voz.
Isabel atiende al segundo tono, con una voz apresurada que se mezcla con el ruido de fondo. "¿Lydia? ¿Está todo bien? Estoy en medio de una urgencia."
"No, no está todo bien," disparo. "Odio esto. Odio estar aquí."
"No puede ser tan malo. El viernes voy temprano, cancelo las consultas, y a la hora del almuerzo ya estoy ahí," dice, con una voz tierna, pero que suena distante. "Ahora tengo que irme de verdad. Ve a dormir. Te amo."
Me quedo mirando el teléfono, sintiéndome la persona más egoísta y más solitaria del mundo. Ella está allá salvando vidas, y yo estoy aquí, con pena de mí misma. En la sala improvisada en mi suite hay una nevera, abro la puerta y saco dos pequeñas botellas de whisky, vertiéndolas en una copa. Antes de beber un trago generoso, levanto la copa en el aire: "Gracias, Francesca", grito a pleno pulmón.
En un impulso, abro las puertas del balcón de par en par. La lluvia entra de golpe, mojando el suelo. Ignoro. Salgo al exterior, en

camiseta y bragas. En segundos, estoy completamente empapada, el algodón pegado al cuerpo, y el cabello goteándome por la cara.
Con la luz de un relámpago, vislumbro una figura en el jardín cubierta por un paraguas. ¿Será real o es mi cerebro fantaseando?
Minutos después, oigo llamar a la puerta. Un sonido suave, firme. Del otro lado, está Victoria, seca y tranquila, con dos tazas de té humeante. Su mirada recorre mi cuerpo empapado, mi ropa transparente pegada a la piel, y después sube a mis ojos.
"Pensé que tal vez necesitarías esto," dice, simplemente.
Entra en la habitación sin pedir permiso y cierra la puerta tras ella. El sonido de la lluvia y de la música que había puesto llenan la habitación.
Ella deja las tazas en la mesa, y nos quedamos paradas mirando una a la otra. Doy un paso adelante, agarro su camiseta, la atraigo hacia mí, y la beso.
Es un beso torpe, mojado de lluvia y de lágrimas. Un beso de pura necesidad. Espero que me aparte, que me llame loca. En lugar de eso, ella corresponde. Sus manos suben y rodean mi rostro, el beso se vuelve profundo, y su lengua encuentra la mía.
Delicadamente, me aparta los brazos y tira de la camiseta mojada sobre mi cabeza. El aire de la habitación toca helado en mi piel desnuda. No hay una sola palabra. Solo el sonido de la música y el de nuestra respiración. Afuera, la lluvia continúa golpeando incesantemente contra las ventanas.
"Necesito un whisky," murmuro sin abrir los ojos.
"No," dice de forma suave, pero firme. "No necesitas whisky. Necesitas un baño caliente."
El vapor ya llena el baño cuando Victoria sale y me deja allí dentro solo en bragas. El agua es reconfortante. Apoyo la frente en los azulejos y la dejo correr por mi espalda.
Cuando vuelvo a la habitación, la violencia de la tormenta afuera ha dado lugar a una lluvia suave y constante. El té que Victoria trajo, hace mucho que se enfrió, pero mientras yo estaba en el baño, ella usó el hervidor eléctrico que Josefina dejó aquí, y preparó uno nuevo. Me entrega la taza caliente, en un gesto íntimo, con un cuidado inesperado.

Por un largo momento permanecemos en silencio. Yo no sé qué decir. Ella no parece necesitar que diga nada.

CAPÍTULO 11
Arquitectura

VICTORIA

16 de julio

Cuando la sala queda vacía, me detengo a mirar la pared. Fantástico. Era lo único que me faltaba. Paso la mano por el cabello, frustrada. La lluvia de anteayer dejó una mancha gigante en el techo, y levantó dos tablas del suelo.

"¡Mierda!", maldigo en voz alta en la sala silenciosa. "¡Alguien me debería decir que es hora de rendirse!"

Pienso en mi despacho en la Universidad, el atrio de entrada, la cantina siempre llena, premios, elogios, y muchos días de vacaciones. ¿Qué estoy haciendo aquí? Definitivamente las fuerzas del Universo tienen poderes que la razón no explica. El miércoles por la tarde, horas antes de la tormenta, recibí un mensaje de un antiguo colega. Va a trabajar a París y quería que yo volviera y me quedara coordinando su grupo, aquí en Barcelona.

Me apetece reír y llorar al mismo tiempo.

Basta de mirar la pared, decido, caminando a pasos firmes, hacia el patio, dejando la puerta abierta de par en par.

Sentada en una de las sillas, me doy a mí misma un minuto para mirar el mar. Si me concentro consigo oír el ruido del agua en las piedras.

Mel llega hoy. ¡Perfecto! Lo primero que va a ver, con sus ojos que detectan una falla estructural a cien metros de distancia, es esto.

"Una prueba más irrefutable de mi incompetencia."

"¿Hablando sola?"

La voz divertida de Serena suena justo detrás de mí. Doy un salto, asustada, sin darme cuenta hablé en voz alta. Cuando me giro en dirección a su voz, ya está junto a la mesa. Trae dos tazas de café en la mano, y me observa con una sonrisa cómplice.

"Contemplando el desastre más reciente," respondo, secamente.

"No sé cuál es peor," dice, entregándome una de las tazas. "La pared, o tu cara."

"Gracias por el cumplido." Bebo un sorbo del café. Está fuerte, exactamente como me gusta.
"Déjame adivinar," continúa ella, instalándose a mi lado. "Hoy es el gran día."
"Mel viene a pasar el fin de semana," respondo, a la defensiva.
"Lo sé. Se siente en el aire." Mira alrededor, recorriendo el jardín con la mirada. "La calma antes de la llegada de un ciclón. O, en este caso, de la llegada de la arquitecta."
"Ella no es un ciclón."
"¿No?" Su mirada vuelve a mí, incisiva. "A mí me parece la definición correcta para alguien que altera el ecosistema a su alrededor cuando llega."
Serena tiene una forma de decir las cosas que me desconcierta.
Ella deja su taza y se acerca a mí. El movimiento es lento y deliberado. Se para frente a mí, tan cerca que siento su perfume, el calor de su cuerpo.
"Pero te gusta," susurra, y su mirada desciende a mis labios. "Te gusta esta ansiedad. Es la prueba de que todavía te importa."
Mi corazón se dispara. La intención es clara. Va a besarme. Me quedo paralizada, con una mezcla de pánico y curiosidad recorriéndome.
Cierro los ojos por una fracción de segundo. Pero el beso no aterriza en mi boca. En el último momento, ella gira el rostro y sus labios suaves se posan suavemente en mi mejilla. Es un beso que dura un segundo más de lo normal. Es un gesto privado, calculado.
Antes de alejarse, dice, junto a mi oído: "Aguanta. El espectáculo va a empezar."
En el mismo momento, oigo un coche en la grava. Isabel sale del coche, y Lydia surge como si estuviera esperando del otro lado de la puerta. Tal vez estuviera.
Se abrazan y se besan. Un beso prolongado, de quien quiere probar algo a una audiencia invisible. O tal vez a una audiencia bien visible, sentada en el patio.
Siento el sabor del beso de ayer, de los labios de Lydia sabiendo a whisky, la desesperación en la mirada, y mi corazón se acelera.

"Ah, el amor," interrumpe Serena, con la voz repleta de sarcasmo. "Tan bonito. ¿Crees que ensayaron?"
"No seas mala," respondo, dándole una palmada en el brazo, pero no evitando sonreír.
"No soy mala, soy una observadora de la naturaleza humana," corrige. "Y la naturaleza humana, querida Victoria, adora un buen espectáculo."

*

Algunas horas después, salgo al jardín, y la escena parece una continuación de la anterior. Sentadas en la hierba a la sombra, Lydia e Isabel intercambian besos. En una de las mesas, escondida entre las gafas de sol y la pantalla del ordenador, Serena contempla la escena con una diversión mal disimulada.
Cuando me ve acercarme, Isabel se levanta y se dirige a mí: "Qué fastidio, Lydia me mostró los daños que la lluvia hizo aquí dentro. Casas antiguas, no hay cómo evitarlo."
No entiendo la intención del comentario, pero lo tomo como preocupación. "Afortunadamente no fue en las habitaciones, habría sido mucho peor", respondo intentando mostrarme profesional.
Ella sacude la cabeza y abre sus ojos azules como si estuviera lidiando con una paciente testaruda. "Sabes, por coincidencia, anoche cuando estábamos cenando, Mel y yo, hablamos sobre eso."
Su frase cae con el peso de una tonelada. Serena, que estaba bebiendo su café, y escuchando cada palabra, para con la taza a medio camino de la boca. Lydia levanta la cabeza y mantiene una expresión neutra, pero siento su mirada fija en nosotras.
"¿Sobre qué?" pregunto, como si el hecho de que hubieran cenado juntas ayer fuera absolutamente normal.
"Mel estaba contándome los problemas de la estructura del hotel y cómo estas cosas pueden costar una fortuna", responde en un tono despreocupado. "Estaba diciéndome que detesta recuperar casas así..., antiguas. En los proyectos modernos, la 'salud' es el nuevo lujo. Los clientes ya no quieren solo mármoles de Italia y maderas de roble, quieren sistemas de purificación del aire y materiales que 'respiran'. Mel es fantástica. Siempre lo fue, y con la edad solo ha mejorado."

Isabel se gira de frente hacia mí, su admiración por mi mujer es evidente, y en este momento, completamente excruciante para mí.
"Tiene una visión increíble, muy adelantada a su tiempo" continúa. "Piensa en cómo los espacios nos afectan. Es mucho más que hacer casas bonitas."
Cada palabra es un pequeño alfiler. Miro a Lydia. Su rostro ha adquirido una máscara de hielo, pero sus ojos están fijos en Isabel. Consigo imaginar lo que está pensando. Nuestra mirada se cruza y hay una especie de complicidad silenciosa.
El silencio momentáneo que se instala después de las opiniones de Isabel es roto por el sonido de pasos y por una voz alegre que conozco demasiado bien.
"¡Están todas con un aire muy serio! ¿Quién murió?"
Mel se une a nosotras, viniendo del interior del hotel, con una sonrisa radiante y las gafas de sol en la cabeza. Su mirada pasa por todas y se posa en Isabel.
"¡Isabel! ¡Qué buena sorpresa! No sabía que también ya habías huido de la ciudad. Saliste temprano."
Después, viene a mi encuentro y me besa de forma casual.
"¡El día está perfecto, el sol está genial, y necesito un baño de mar! ¡Vamos Vic, vamos a darnos un chapuzón!" La invitación suena menos como una petición y más como el anuncio del programa del día. Asumiendo que estoy convencida, es el turno de mirar a las otras. "¿Venís? ¿Isabel? ¿Lydia? ¡El agua debe estar genial! Serena, ¿quieres unirte a nosotras?"
"¡Vamos allá!", responde inmediatamente Isabel, levantándose con una excitación que me revuelve el estómago.
"Yo paso, gracias," dice Lydia.
"Oh, vamos," insiste Mel, con su energía efusiva. "No seas aguafiestas."
"Nadie va a perder el placer por mi causa," contraataca Lydia, mirando al mar con una expresión que no consigo descifrar. "Yo no sé nadar."
Con excepción de Isabel, todas giramos la cabeza en su dirección, sorprendidas por la confesión. Como si fuera un dato adquirido que

una mujer como ella, con su aire de control absoluto, su inteligencia cortante, tiene que saber nadar.
Serena, claro, es la primera en romper la situación de incomodidad con su desenvoltura habitual.
"No hay problema," afirma, con una sonrisa perezosa. "Yo tampoco tengo ganas de mojarme el cabello. Vamos hasta el muelle, y nos quedamos allí apreciándoos, mientras vosotras hacéis vuestra demostración de natación sincronizada."
Mel e Isabel se ríen, aliviadas con la salida fácil. "¡Combinado!", concluye Mel.
Media hora después, caminamos juntas hasta la plataforma de madera. Serena y Lydia extienden las toallas a la sombra y yo organizo metódicamente mi ropa en un pequeño montón. Bajamos la escalera hacia la playa, entramos en el agua, y la conversación entre Mel e Isabel recomienza, como si nunca hubiera sido interrumpida. Hablan de personas que no conozco, de sitios donde nunca estuve. Ríen alto, y se tiran agua una a la otra, como dos adolescentes en un campamento de verano, creando una burbuja de intimidad de la cual soy deliberadamente excluida.
Fantástico. Mi mujer y la mujer de mi huésped, el reencuentro del año. Miro hacia el muelle, Lydia y Serena parecen divertidas, están próximas, a esta distancia casi parece que los cuerpos se tocan, pero debe ser ilusión óptica, reflexiono, nadando sola hacia lo lejos.

*

Pasa de medianoche cuando finalmente nos acostamos, Mel se duerme de inmediato, exhausta por el día y la excitación. Yo, al contrario, no consigo dormir. Recuerdo la propuesta que le hice la semana pasada, y el beso de Lydia. Por más que intente no consigo dejar de sentir culpa. Pero fue solo un momento, ella no estaba bien. Fue solo eso.
Me levanto silenciosamente, me pongo los pantalones cortos y la camiseta arrugada, que quedaron encima de la silla y bajo las escaleras. Como en tantos otros días, voy a la cocina a buscar una cerveza y atravieso el jardín, con los pies descalzos en la hierba húmeda, en dirección a la playa.

Claro que no estoy sola. Tengo la sensación de que en los días que corren, nunca estoy sola, en los sitios que solían ser solo míos.
Serena está sentada en la punta de la plataforma, con las piernas balanceándose sobre el agua oscura. Esta vez, el portátil está cerrado a su lado. Solo mira la luna, que traza un camino de plata sobre el mar.
"¿No puedes dormir?", pregunta hacia la oscuridad.
"Parece que este es nuestro punto de encuentro oficial," respondo.
Me encara y su expresión se ilumina. "Parece que sí. Pero esta vez," dice, mirando hacia abajo a su propia ropa, un vestido suelto de algodón estampado, "Estoy más vestida."
"Un poco," bromeo, sentándome a una distancia segura. Su desenvoltura es contagiosa.
"¿Qué te quita el sueño, Victoria? ¿El banco? ¿La arquitecta?" La pregunta es directa, como siempre.
Y yo, no sé por qué, tal vez por ser de noche, tal vez por la cerveza, o simplemente por ella, empiezo a hablar de las veces que Mel no atiende el teléfono, y yo me quedo aquí imaginando por qué. Si es porque está trabajando hasta tarde o si es porque... Las palabras salen sin que pueda pararlas. Hablo de forma inconexa, saltando entre la culpa y la justificación. Y ella no me interrumpe. Solo escucha, y el simple acto de ser oída sin juicio es tan raro, tan poderoso.
"¿Y crees que eso va a funcionar?", interroga finalmente.
"No sé. Pero nuestra relación ya no estaba funcionando. Yo la quiero mucho, pero, hay..." Vacilo.
"El sexo no es fantástico", completa. Y, esta vez, no es una pregunta.
"Nunca lo fue," admito, una verdad que nunca había dicho en voz alta.
"¿Y ya fue extraordinario con alguien?"
La pregunta abre una puerta de mi memoria hacia un lugar que conservo cerrado con llave desde hace años. La mujer con quien viví antes de conocer a Mel. La persona que me traicionó, que me dejó destrozada. Era un infierno en todo lo demás, pero el sexo, ese era mágico. Una química que nunca más volví a sentir.

"Sí," respondo, frotando las manos una en la otra, intentando no sentirme tan incómoda. "Hace mucho tiempo."
"La gente complica demasiado", afirma en un susurro hipnótico. "Ponen en el sexo el peso del amor, de las expectativas, de la culpa. El sexo no necesita ser nada de eso. Puede ser solo el ahora."
Su mano aparta mi botella de cerveza y después encuentra la mía. "Puede ser solo placer. Sin otro significado. Sin consecuencias."
Su cuerpo está ahora muy cerca y, como si fuera la única cosa que hacer, se inclina y me besa.

CAPÍTULO 12

Desayuno tardío

LYDIA

17 de julio

Miro el reloj 1:15. Doy otra vuelta en la cama, y me quedo boca abajo con un brazo estirado bajo la almohada. Tengo calor y frío al mismo tiempo.

La mano de Isabel toca mi cintura. Un toque ligero, una pregunta sin palabras.

"No puedo dormir."

"Yo te ayudo," susurra.

Su mano se desliza, un camino conocido, una intención clara. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Un reflejo involuntario. Ella lo siente, e intensifica el movimiento. Sin argumentos, o voluntad de interrumpirla, la dejo hacer exactamente lo que pretende. Ambas sabemos que no voy a aguantar mucho tiempo. Contengo un gemido en la garganta, y mi cuerpo tiembla.

Cortando la oscuridad el móvil de ella se enciende en la mesilla de noche. El sonido de la llamada está amortiguado, pero la luz es intensa. Isabel retira la mano que estaba sobre mí y agarra el aparato, levantándose enseguida.

"Tengo que atender," declara, como si eso no fuera una evidencia, poniéndose de pie y alejándose hacia la sala contigua. "Sí, estoy entendiendo. ¿Cuántas semanas?", la oigo todavía proferir, antes de cerrar la puerta de comunicación.

Perfecto. Una urgencia en el hospital. La excusa perfecta.

Me pongo unos pantalones cortos, cojo la llave de la habitación y salgo al pasillo silencioso y mal iluminado. El suelo está frío bajo mis pies. No tengo un destino, solo camino.

Cuando llego cerca de la playa, la luna llena ilumina la arena. El sonido de las olas es constante, hipnótico. Miro hacia el muelle. Extraño, hay alguien sentado ahí. Me acerco lo suficiente para poder distinguir: Serena y Victoria.

No soy capaz de desviar la mirada, y para mi asombro, se besan. Y mi corazón se dispara. Una ola de furia me sube por la garganta. Una rabia, irracional, que me hace contraer cada músculo. ¿Celos? ¡Ridículo! ¿De quién? ¿De Serena? ¿De Victoria?

*

Despierto exhausta, después de una noche sin dormir. Mi orgasmo en las manos de Isabel, la imagen del beso en el muelle, se repitieron en mi cabeza. La furia se enfrió y dio lugar a un sentimiento que no consigo identificar. Confusión. Resentimiento.

Cuando el primer rayo de sol entra por la ventana, desisto de intentar dormir. Isabel duerme profundamente a mi lado, ajena a mi noche. Me levanto, me pongo de forma mecánica la misma ropa de ayer, y bajo las escaleras. Necesito un café.

El comedor está vacío y silencioso, excepto por la mesa ocupada por Victoria. Parece tan exhausta como yo. No volvimos a estar solas después de la noche de la tormenta. Sé que ella no va a hablar de lo que pasó, y yo mucho menos.

Me sirvo un café y un cruasán y me siento en el extremo opuesto de la sala. El sosiego es roto por Josefina, que entra con una cesta de pan caliente.

"¡Buenos días!", dice, con un vigor que contrasta con nuestra letargia. "Vaya, mirad esto. Mis dos adversarias preferidas." Me mira con una mirada reprobadora. "Doctora, no coma eso. Y tú, mi niña? Deberías desafiarla, necesitas ejercicio", afirma mirando a Victoria y depositando un pan en el plato a su lado, sin hacer caso de las protestas.

Su intento de animarnos es torpe, pero sirve un propósito: rompe el hielo.

Victoria se levanta para ir a buscar mantequilla, rendida al aroma del pan que se ha esparcido por la sala. "Adversarias preferidas, ¡no tienes otras!", bromea, haciendo una mueca cuando se cruza con Josefina.

Un tablero de ajedrez. Un universo de lógica y reglas, lo opuesto al caos. "Josefina tiene razón," intervengo, sorprendiéndome a mí misma. "No sé si tú necesitas hacer ejercicio, pero yo definitivamente lo necesito." Hago un gesto hacia la sala vacía, "La

elección de adversarios no es fácil", declaro con una carcajada, haciendo que Victoria se ría también, "Pero, si aceptas, me gustaría jugar contigo."
Ella parece vacilar por un instante, mira a Josefina, que le hace un gesto autoritario con la mano, y después vuelve a mirarme, "Vamos allá, vamos a ver si eres tan buena como dicen por ahí."
Montamos el tablero en la mesa del jardín, que parece estar destinada al ajedrez. El sol de la mañana es suave. A cierta distancia, Serena ya está instalada en su mesa habitual, con gafas de sol, auriculares, tecleando compulsivamente. Parece estar en su propio mundo y, por primera vez, me siento agradecida por eso. Isabel y Mel, presumiblemente, todavía duermen. Solo somos nosotras.
Empezamos a jugar en silencio. Es un juego cauteloso. Ella es mejor de lo que esperaba.
"¿Quién te enseñó a jugar?", pregunto, sobre todo para romper la tensión.
"Mi madre," responde. "A jugar y a perder. Decía que esa era la lección más difícil." Una pequeña sonrisa triste pasa por sus labios. "Por lo visto, todavía no he conseguido aprenderla."
Su honestidad me pilla desprevenida. "Es un intercambio arriesgado," digo, refiriéndome al sacrificio del alfil por un caballo, pero la frase queda en el aire.
"No es el primero," confirma, aceptando el subtexto. "Cambié una carrera por esto", declara, haciendo un gesto que abarca el hotel. "Pensé que estaba salvando el legado de mi familia. En lugar de eso, parece que es solo una lección de cómo saber perder. Probablemente debería, simplemente, tumbar el rey."
La vulnerabilidad expuesta abiertamente exige reciprocidad. "Yo también hice un intercambio," digo, mirando las piezas. "Cambié el quirófano por un despacho. Y después, después no anticipé el movimiento adversario, y..., perdí. El rey capituló." Hago una pausa, ante su mirada atenta. "Fue una decisión difícil, sabes, de las más difíciles de mi vida profesional. Había dos vidas en riesgo. Yo sabía que intentar salvar ambas implicaba poner mi puesto en riesgo, fuera cual fuera el resultado."

"¿Y?", me interroga desinteresándose momentáneamente del tablero.
"Y las pacientes quedaron bien y yo fui invitada a dimitir."
"No tenías otro movimiento posible", concluye Victoria como si estuviéramos discutiendo el juego frente a nosotras.
"Tal vez", afirmo poco convencida, avanzando con la torre en dirección a su rey. "Y ahora estoy aquí. Sin saber qué hacer después."
"Mi reina come tu torre. Tu reina come la mía. Y mi caballo la tuya."
Ejecuto con precisión los movimientos que ella indica, sabiendo que son los correctos, los que tienen sentido, en este momento. "Yo puedo no saber qué hacer después, pero tú sabes perfectamente", confirmo con una carcajada.
"¿Qué quieres hacer?"
"¿En el juego?", ironizo, "Ganar."
"No. En la vida."
Los ojos de Victoria tienen una ternura en la que nunca antes había reparado, tal vez nunca haya mirado verdaderamente hacia ella. Su voz me envuelve, como si mi decisión fuera algo verdaderamente importante en su vida. Ella baja la mirada al tablero, aparentemente buscando la respuesta entre los peones y las torres.
"Esa es la pregunta del millón de euros, ¿no?", declino. "¿Y tú? Si pudieras elegir entre todas las opciones, ¿volverías a tu antiguo trabajo?"
"Acabo de rechazar esa posibilidad.", declara, contándome la llamada que recibió hace dos semanas. "Necesito descubrir cómo recuperar el hotel, pagar las deudas y tal vez después, tal vez después pueda tener el privilegio de elegir."
Victoria levanta nuevamente los ojos, y los fija en los míos. Siento que me sonrojo, y el corazón se acelera.
"Jaque mate", dice al mismo tiempo que mueve un peón.
"¡No!", exclamo incrédula. Pero así es, el peón obliga al rey a capitular.
"Vamos a la playa, después del juego lo mínimo que puedo hacer como premio de consolación es mostrarte un lugar mágico, lejos de todas las miradas."

"No te has olvidado de que no sé nadar, ¿verdad?", pregunto con miedo.
"Un tema para resolver más tarde", responde, empezando a guardar las piezas.
Caminamos lentamente por la hierba. Serena ni se dio cuenta de nuestra salida. Estaba al teléfono, enfrascada en una conversación seria con alguien. "No la quiero aquí. Dile que no venga. No insistas", fueron las palabras que la oí proferir cuando pasamos.
Victoria no toma el camino del muelle y gira a la izquierda contorneando varios árboles, y obligándonos a un ejercicio de equilibrio para pasar entre dos rocas. Del otro lado, un rincón que quita el aliento, una pequeña laguna de agua cristalina y arena blanca en el fondo, excavada entre las rocas como si alguien hubiera diseñado una piscina con no más de 40 centímetros de profundidad y una vista abierta sobre el océano.
"Deberías vender este hotel como una terapia antiestrés, tengo la certeza de que sería un éxito", constato, mojando los pies en el agua tibia, calentada por el sol.
"Eres la segunda persona que me dice eso en el espacio de pocos días."
Ignorando el hecho de estar vestida, Victoria se descalza las sandalias y entra en el agua. Se sienta en el suelo y me extiende la mano, para que haga lo mismo.
"¿Mel?", sugiero, pareciéndome la elección obvia.
"No, Serena." Y, como si estuviera compartiendo un secreto, me habla del 'Proyecto Luna'. De la transformación de un hotel viejo en un refugio de lujo para preservar el bienestar mental de ejecutivos estresados.
Mientras ella habla, mi mente, acostumbrada a analizar sistemas complejos y a planear procedimientos, se agarra a la lógica de la idea.
"Interesante," digo, cuando termina. Mi voz es analítica, y veo la sorpresa en su rostro por estar tomándola en serio.
"Serena cree que debo invitar al banco a invertir. Para que tengan miedo de perder la oportunidad, en lugar de ser yo quien tenga miedo de perder el hotel."

"Invertir la dinámica de poder," digo, más para mí que para ella. "Es una jugada maestra." Asiento con la cabeza, impresionada. "Es una estrategia agresiva. ¿Y Mel, qué piensa? En este espacio, creo que podría diseñar un proyecto de arquitectura de otro mundo."
Victoria baja los ojos, pero no antes de que note una sombra en su mirada. Gira el cuerpo en el agua y se tumba, con las manos bajo la cabeza y los ojos en el cielo, completamente empapada.
"Es complicado," dice simplemente.
Me quedo en silencio y espero. Aprendí, en muchos años de práctica clínica, que el silencio es, muchas veces, la herramienta más poderosa. La gente tiene una necesidad inmensa de llenarlo.
"Mel... vive en otro mundo," empieza manteniendo la voz baja, "Un mundo donde el éxito viene del reconocimiento. Esto," hace un gesto hacia el espacio a nuestro alrededor, "Esto, para ella, era un hobby que se transformó en un problema."
Victoria vuelve a sentarse, tiene la camiseta pegada al cuerpo, y nada debajo.
"Nuestra relación ya está frágil, no quiero añadir el peso de una sociedad profesional encima de todo lo demás. A veces, es más fácil creer en una idea loca de una mujer extraña e inteligente, que pedir ayuda a la persona que duerme a tu lado."
Sus palabras me golpean con una resonancia incómoda. Pienso en Isabel, y en su nueva cruzada en el hospital.
"Entiendo," declaro, levantándome, también yo razonablemente mojada. Siento su mirada en mí. No tiene la provocación de la de Serena, ni la evaluación casual de una extraña. Sus ojos parecen ver más allá de la superficie. Aprovecho el momento para, sin culpa, analizar la forma en que la tela de su camiseta se agarra a la curva de sus pechos, la sombra oscura de los pezones visible a través del algodón. Desvío los ojos primero y tiro instintivamente de mi camiseta hacia abajo.

*

El sol del mediodía está caliente y la sensación de la ropa mojada es una frescura bienvenida.
Cuando nos acercamos al patio, se oyen voces y carcajadas. Isabel, Mel y Serena están sentadas tomando lo que parece ser un

desayuno tardío, rodeadas de platos con cruasanes, fruta y tazas de café.
"Vaya, vaya, mirad lo que el viento nos trajo," dice Serena, "Aunque no sopla ni una brisa", remata, con malicia. Manteniendo la actuación, baja las gafas de sol y nos evalúa de pies a cabeza. "Pillasteis lluvia, deduzco, ya que Lydia no entra en el mar."
Mel nos mira, a la ropa mojada, y una sonrisa irónica surge en sus labios. "Fuimos abandonadas," profiere, encarando a Isabel. "¿Qué tipo de hospitalidad es esta, Victoria?"
"La mejor que hay," respondo, entrando en la broma, sorprendentemente cómoda. "La que os da espacio para dormir hasta tarde y no tener que aguantarnos."
Serena suelta una carcajada. "¡Yo os avisé!", declara, señalándonos. "La vista es espectacular", dice, viniendo de la nada, mirando al horizonte, e inmediatamente después, a mí y a Lydia, de una forma que me hace sentir súbitamente muy consciente de mi camiseta mojada. "De hecho, la vista está mejorando cada día que pasa."
Isabel y Mel se ríen. Y yo miro a Victoria, que pone los ojos en blanco ante la provocación de Serena, pero, por primera vez, veo un brillo de diversión genuina en su mirada.

CAPÍTULO 13
Estados de Ánimo

VICTORIA

18 de julio

Atravieso el jardín a paso de carrera, a pesar de la hora, todavía hace mucho calor. Mel se fue hace poco, un abrazo, un beso prolongado y la promesa de una llamada en cuanto llegue a casa. ¡Tal vez!, pienso, sin evitar encogerme de hombros.

Nado hacia lo lejos, batiendo con fuerza las piernas para alejarme rápidamente. Paro jadeante, y miro hacia tierra registrando en mi cabeza una fotografía imaginaria, el hotel miniatura enmarcado por los árboles verdes que dan continuidad al azul intenso del mar.

'Si pudieras hacer cualquier cosa ahora, cualquier cosa... ¿qué te gustaría realmente hacer?' La pregunta de Lydia se repite en mi mente. Miro al cielo y bajo la mirada, deslumbrada por el brillo intenso del sol. Es una buena pregunta. Una pregunta peligrosa. Nadie me hace esa pregunta desde hace años. Ni yo misma. Tal vez debería hacer psicoterapia, reflexiono, y sonrío. ¿Qué me gustaría hacer?

Me gustaría no sentir esta opresión en el pecho siempre que miro el extracto del banco. Me gustaría no sentir que no soy capaz. Me gustaría..., no sé. La verdad es que no sé.

Vuelvo a mirar hacia la playa, y Serena me saluda desde su toalla extendida en el muelle. Devuelvo el saludo. Recuerdo el sabor y la simplicidad del beso que me robó. ¿Quién es esta mujer?

Hice esta pregunta el día que llegó y muchas veces después de eso, hasta dejar de hacerla y acostumbrarme a su presencia. En realidad, gustar de su presencia. Pero, esta mañana, entre las risas de Isabel y Mel, no pude dejar de percibir que algo diferente pasa con ella. ¿Tendrá que ver con la llamada que estaba atendiendo cuando Lydia y yo pasamos junto a ella por la mañana? No sé de quién hablaba, pero una cosa es cierta, no quería que esa persona viniera. ¿Quién sería?

*

Por la noche, el ambiente en el hotel es diferente. Serena, para nuestra sorpresa, anunció que iba a cenar fuera con unos amigos que vinieron de Barcelona, y desapareció en su Mini Cooper azul. El resultado es una cena para tres, en el patio: yo, Lydia e Isabel.
Isabel vuelve a Barcelona solo mañana por la mañana, y parece más relajada, más tranquila. Sirve el vino, y antes de sentarse tira de Lydia hacia ella, apoyando los labios en los suyos en un beso que se prolonga más de lo que yo podía esperar, y mucho más de lo que yo desearía.
"Un brindis. Por un fin de semana... educativo", dice cuando se sienta. Su mirada pasa de mí a Lydia con una diversión genuina. "Aprendí que mi mujer juega al ajedrez como una profesional, y que la mujer de mi anfitriona continúa tan dramática como siempre fue." Es una pulla ligera, no sé con qué intención.
Yo me río y entro en el juego. "¡Por un fin de semana educativo!", devuelvo con la copa en el aire. "Yo aprendí que las médicas de Barcelona tienen opiniones muy fuertes sobre la calidad de los hoteles de provincia."
"¿Y tú, Lydia?", cuestiona Isabel, sin responder a mi provocación.
Lydia se mantiene observando nuestro intercambio de pullas con una sonrisa, y da un sorbo a su vino. "Yo aprendí que la tranquilidad puede ser extraordinariamente ruidosa. Y que Josefina se toma la derrota en el ajedrez muy a pecho."
"Todavía está refunfuñando," declaro, riendo. "Dijo que eres un demonio y que nunca más juega contigo."
"Va a jugar," dice Lydia, con una certeza absoluta. "Le gusta demasiado el desafío."
La conversación fluye irónica y divertida. Hablamos sobre los huéspedes que ya dejaron el hotel, sobre las manías de los médicos, hasta centrarnos en la forma en que Serena parece el personaje principal de una película, en la que nosotras somos solo figurantes.
"Me preguntó esta mañana cuál era el diagnóstico para tu estado de ánimo," declara inesperadamente Lydia, mirándome. "Le dije que el pronóstico era reservado."
"¿Y cuál es el tratamiento que recomienda, Doctora?"

"Una dosis elevada de indiferencia a lo que no se puede controlar, y una dosis de ataque a cualquier cosa que te haga sentir competente otra vez."
"Bueno," dice Isabel, rompiendo la intensidad del momento sin siquiera darse cuenta. "Mi prescripción para ahora es otra botella de este vino."
Nos reímos las tres. No hay la energía caótica de cuando Mel y Serena están presentes.

*

Lunes. Miro por la ventana de la habitación, Lydia está parada en la entrada, vistiendo solo una camisa que le queda por encima de las rodillas, con aire de quien fue arrancada de la cama. Isabel surge en mi campo visual, completamente lista para la gran ciudad, arrastrando detrás de ella una maleta que deposita en el asiento trasero. Envuelve a Lydia con los brazos y la besa, antes de volver a abrir la puerta, esta vez para entrar en el coche y arrancar.
Paso la mañana evitando a todo el mundo. Pero a la hora del almuerzo, Lydia me encuentra en el patio.
"¿Una partida?", pregunta, señalando el tablero de ajedrez que Josefina dejó montado. "Un desquite."
Pienso en el beso al que asistí por la mañana, y el mismo sentimiento de hace horas vuelve a apoderarse de mí, pero no consigo rechazar. Su mente es implacable, y, esta vez, me vence rápidamente.
"Me gustó tu estrategia de defensa," dice. "Fue creativa."
"No fue suficiente," respondo, lacónicamente.
"¿Vamos a la playa?", invita. "Tal vez puedas llevarme otra vez a la laguna."
Entro en pánico. La imagen de su piel, de la camiseta pegada al cuerpo, su mirada. Es un cóctel demasiado fuerte.
"No puedo," digo, perentoriamente, "Tengo, tengo unas cuentas que revisar."
Veo la desilusión pasar por su rostro, rápidamente sustituida por una máscara de irritación fría. "Como quieras," dice, antes de alejarse en dirección a la playa, sola.

Sintiéndome fatal, casi corro hasta el despacho. Fatal porque me siento culpable por lo que estoy sintiendo. Fatal porque quería haber ido con Lydia, y fatal, porque las cuentas son verdaderamente preocupantes. ¡Mierda!
Josefina surge de repente, con los ojos brillando con la urgencia de quien trae noticias frescas.
"Victoria, tengo que contarte lo que acabo de oír," dice bajito, como si se tratara de una conspiración.
"¿Qué pasó?", pregunto sorprendida. Josefina no es de estas cosas.
"Serena. Estaba en el jardín, al teléfono. Sé que no debía, pero no conseguí dejar de quedarme escuchando."
Me enderezo en la silla, curiosa.
"Primero, y fue lo que me hizo parar, la conversación era sobre el hotel. Por lo que entendí había enviado un reportaje para esa revista que tú lees, y yo nunca sé el nombre, que debe ser publicado a final de mes. Se refirió varias veces a una tal Amy Smith. No entendí bien, porque me parecía que estaba hablando de ella misma."
"¿Amy Smith? ¿Estás segura?" Sin dar tiempo a que Josefina responda, prosigo, "Amy Smith es de las más influyentes en críticas de hoteles en Estados Unidos, pero a veces también en Europa."
Josefina empieza a gesticular. "No sé, Serena hablaba con entusiasmo. Después de esa conversación sobre Amy Smith, pasó a la descripción de lo que considera ser un 'potencial enorme', y dijo que este sitio era una 'oportunidad única'. ¡Parecía que estaba intentando convencer a alguien de invertir aquí en el hotel!"
Me quedo sin aire, y tengo que enfocarme para volver a conseguir respirar normalmente. El plan, realmente lo está llevando adelante.
"Pero después," continúa Josefina, que parece cansada de hablar, y se sienta en la silla frente a mí, "La conversación cambió de repente. Su tono se volvió diferente. Tenso. La oí decir, 'Sí, sé que Francesca piensa que es una buena idea que veas el local con tus propios ojos, pero no es necesario, Mercedes. Yo te envío el informe, los vídeos, todo. No tiene sentido que vengas desde Nueva York.'"
Josefina hace una pausa dramática. "La otra del otro lado, esa tal Mercedes, debe haber insistido, porque Serena empezó a caminar de

un lado para otro. '¡No es una cuestión de confianza!', decía, en un tono alterado. 'Es una cuestión de... de ser práctica. Solo eso'."
Mi cerebro intenta en vano juntar las piezas. ¿Quiénes son Francesca y Mercedes? La única Francesca de la que oí hablar fue la que reservó la habitación de Lydia. ¿Qué tienen que ver con Amy Smith? ¿Y Serena, quiere la inversión, pero no la presencia de la inversora? Qué confusión.
"Y al final, su voz se quebró", prosigue Josefina, ignorando mis conjeturas. "Primero, la oí decir, con una tristeza que hasta a mí me dolió, 'No me hagas esto, Mercedes. Otra vez no. Las dos sabemos perfectamente cómo acaba esto. Acaba siempre de la misma manera: un orgasmo maravilloso, y después el caos absoluto.'"
Me quedo mirando a Josefina, estupefacta.
"Pero no acabó ahí, la otra debe haber respondido, porque Serena se quedó en silencio por un momento, y después dijo: '¿Por qué estás haciendo esto? ¿Para probar que todavía tienes este poder sobre mí? Entonces felicidades. Lo conseguiste. Tú siempre lo conseguiste'." "Y justo antes de colgar, añade Josefina, "La oí decir, casi para sí misma en un hilo de voz: 'Sí, lo sé. Yo también.' Y colgó."
Josefina se recuesta en la silla, y respira hondo, como esperando mi reacción.
Me quedo en silencio, procesando. De repente, Serena deja de ser la figura enigmática y todopoderosa. Se convierte en algo mucho más peligroso: alguien real. Y esa constatación, esa vulnerabilidad, me conecta con ella de una forma que su seducción nunca consiguió.
Cuando Josefina se aleja, miro el reloj. Hora de ir a darme un chapuzón.
Bajo hacia la playa. No consigo evitar buscar a Lydia con la mirada, al mismo tiempo que se apodera de mí cierto miedo, ante la posibilidad de encontrarla. No está en ningún lado. Siento una punzada de desilusión. Entro en el agua y nado hacia lo lejos.
Cuando vuelvo a tierra, Serena está tumbada en la toalla, sin la parte de arriba del bikini, como de costumbre.
Vacilo, pero camino en su dirección y me siento. Ella abre los ojos y sonríe.

"Finalmente", dice.
"¿Qué pasa?", pregunto, sin rodeos.
"¿Conmigo? No pasa nada. Pero, tal vez quieras conversar sobre lo que pasa contigo y con Lydia" corrige, de buen humor.
Suspiro. "¿Es tan obvio?"
"Querida, tú y Lydia intercambiáis miradas que tienen más subtexto que una tragedia de Shakespeare. Es obvio para todo el mundo, menos para vuestras respectivas esposas, aparentemente."
"Me siento culpable," admito.
Serena suelta una carcajada, pero, al contrario de otras veces, hoy el sonido es amargo. "Culpa. Traición. Son palabras tan pesadas. Tan definitivas." Su mirada se pierde en el mar, y yo recuerdo la descripción de Josefina, de la conversación por teléfono.
"¿Y tú?", pregunto, "¿Nunca sentiste culpa?"
Su mirada vuelve a mí sorprendida y, por un segundo, su máscara de confianza vacila.
"La culpa es un lujo, Victoria," dice, con la voz ronca, tragando en seco. "Es un sentimiento que tienes cuando crees que las reglas del juego se aplican. Pero a veces, el juego está viciado. Las cosas simplemente se deshacen, el amor, las promesas. El sexo no es traición, es un acto de supervivencia." Se gira hacia mí, y su mirada tiene una intimidad cruda. "Tu problema no es sentir deseo por Lydia. Tu problema es creer que tienes que pedirle disculpas al mundo por eso."

CAPÍTULO 14

Acuerdos

LYDIA

19 de julio

Desde la ventana del balcón de mi suite improvisada veo a Victoria allá abajo en el jardín, regando unos tiestos de geranios con una concentración excesiva. Sus hombros están caídos, y la cabeza ligeramente inclinada.

La postura, las flores, me recuerdan a mi padre. Creo que cuando tuvimos que vender la casa fue lo que más le costó, abandonar el jardín de tantos años. No es solo eso lo que tiene en común con Victoria, reflexiono.

Me cambio los pantalones cortos, me pongo el traje de baño debajo, y sin molestarme en calzarme zapatos bajo la escalera.

"¿Puedo?", pregunto, señalando el lugar vacío en el banco, al lado de los geranios.

Ella hace un gesto con la cabeza, pero continúa con lo que estaba haciendo.

"Estaba mirándote desde el balcón", afirmo, señalando con el dedo, como si fuera necesario mostrarle dónde estaba yo, "Y me acordé de mi padre."

La palabra 'padre' la hace dejar las tijeras, y girar la cabeza hacia mí, con una expresión que denota confusión.

"Él también creía que tenía que proteger a toda costa el legado de mi abuelo. Mi padre era un abogado brillante y un gestor mediocre. Debería haberse quedado en la universidad, donde daba clases, pero cuando murió su padre, mi padre decidió hacerse cargo del despacho. Era demasiado orgulloso para admitir que se estaba hundiendo. Rechazó todas las ayudas, todas las soluciones. Creía que podía resolverlo solo." La miro, "No dejes que el orgullo te haga lo mismo."

"No es orgullo," suspira y se sienta a mi lado. "¿Tu padre todavía está vivo?"

"Sí. Él y mi madre viven en Mallorca. El despacho acabó quebrando. Él estaba casi en edad de jubilarse y no volvió a trabajar. Mi madre, que nunca dejó la Universidad, siguió su camino. Afortunadamente el dinero no fue problema, pero él quedó mal. Pensé que nunca se recuperaría. Cuando ella se jubiló, cambiaron todo, de casa, de ciudad, de vida, y él se reencontró. Si no fuera por el coraje de ella..."
No termino la frase, porque Victoria me interrumpe.
"¿Crees que debo considerar el plan de Serena?"
"El plan de Serena," articulo, "Impide que el legado de tus padres acabe destruido en manos de un banco."
Victoria suspira profundamente. "Me gustaría conocer a tu madre."
"Te encantaría", respondo, pensando en sus ojos dulces y su voz firme.
"¿No tienes hermanos?"
"No, solo yo", respondo, sintiendo una punta de culpa. "Debería ir a visitarlos más a menudo. Pero Isabel nunca quiere ir, nunca es el momento correcto."
"¿Transformar este hotel en un retiro de lujo para ejecutivos? Parece una traición. Mi padre no creía en Dios, ni en el capitalismo."
Pero era dueño de un hotel, pienso de inmediato, sin atreverme a verbalizarlo. "¿Vamos a la playa? Es hora de que vayas a nadar, ¿no?"
Ella mira el reloj y se pone de pie. La perspectiva de un chapuzón en el mar es suficiente para hacerla cambiar de expresión. "¿Tú también vienes?"
"Al agua no, pero te acompaño hasta el muelle. Tengo aquí un libro que, a este paso, nunca voy a conseguir terminar", afirmo riendo golpeando con la mano ligeramente la bolsa que traje con la toalla.
Victoria corre hacia dentro, y reaparece poco después con el traje de baño debajo de la camiseta de siempre y la toalla bajo el brazo. Unos metros detrás de ella surge Serena, en unos inmaculados pantalones blancos y camisa de seda verde con finas rayas blancas.
"¡Imagino que no vas a darte un chapuzón!", exclamo sin contenerme cuando se acerca lo suficiente para que el aroma de su perfume inunde el aire.

"Voy a cenar fuera", anuncia, con una sonrisa enigmática. "No me esperen." Y con un guiño en mi dirección, se aleja, entrando en su Mini.
"¿Será que algún día sabremos su verdadera historia?", pregunta Victoria, quedándose viéndola alejarse.
"Lo dudo", respondo.
Llegamos a la playa. La luz del final de la tarde es dorada.
"El agua debe estar óptima", dice, pero se queda parada en el muelle.
"Puedes ir."
Ella deja sus cosas a mi lado y se zambullen en el agua. Me quedo sentada, observando. En el agua, ella es otra persona. Sus movimientos son fluidos, seguros, la ansiedad desaparece.
Cuando el sol empieza a tocar la línea del horizonte, pintando el cielo de naranja, ella empieza a nadar de vuelta.
Sube la escalera de madera, con la respiración jadeante por el esfuerzo. El agua escurre por su piel, y mi mente, por fuerza del hábito, registra los detalles con una precisión clínica. La forma como los músculos del brazo se contraen cuando empuja el cabello mojado hacia atrás. La forma como los músculos de sus piernas se definen mientras se dobla para secarse con la toalla.
No hay nada de clínico en mi observación, lo sé, pero en este momento prefiero no pensar en eso.
Victoria parada frente a mí, continúa secando cada centímetro de piel, claramente consciente de mi mirada. Sigo el movimiento de la toalla pasar por su cuello, por sus hombros, por el interior de sus piernas.
Ella retuerce el cabello y algunas gotas de agua vuelven a mojarle el pecho y la espalda, pero se pone la camiseta sin preocuparse. El algodón fino queda inmediatamente transparente al contacto con la piel.
"Está refrescando", digo, con la voz entrecortada.
"Es verdad", responde, encarándome.
Sus ojos fijan los míos. Y en su mirada veo temor y curiosidad. Una combinación peligrosa. La misma combinación que, sospecho, está

en los míos en este preciso momento. Ella sabe que estoy mirando. Y no se aleja.
"¿Vamos?", dice, en un tono demasiado alto, demasiado normal. "Josefina dijo que iba a preparar nuestra cena antes de salir."
No respondo. Me levanto y camino a su lado, de vuelta al hotel. No nos tocamos, pero siento su calor en el espacio que nos separa. Ella va a huir otra vez. No sé si de mí, o de lo que pueda estar sintiendo. Mejor así, porque es exactamente lo que yo también debo hacer.
Cuando llegamos al patio, la escena que nos espera es una sorpresa. En el centro del espacio, iluminada por la luz suave de los candelabros, está puesta una única mesa, para dos personas.
"Josefina..." empieza Victoria, en una mezcla de sorpresa y vergüenza.
La propia aparece, viniendo de la cocina. Su sonrisa no intenta esconder nada. "Dejé todo listo allá dentro. Vayan a tomar un buen baño y después bajen. No hay nadie más para la cena. Yo me voy, vuelvo por la mañana. Aprovechen la calma." Y con un guiño en mi dirección, se retira.
"Por lo visto, Josefina decidió tendernos una trampa romántica", digo riendo, sirviendo una copa de vino para mí y otra para ella, cuando unos veinte minutos después nos sentamos en la mesa que Josefina nos reservó, con derecho a velas y todo.
Victoria acompaña mi risa, en un sonido nervioso. "Tiene demasiada imaginación. Y demasiado tiempo libre."
Comemos en silencio. El pescado es delicioso, el vino también, pero la tensión no deja de hacerse presente.
"Es extraño, el silencio", digo, para hacer conversación.
"Serena no está aquí para entretenernos. Nunca pensé decir esto, pero hace falta."
"Debe haber ido a una reunión de negocios", ironizo. "Probablemente fue a tratar la compra o venta de un país pequeño."
Victoria sonríe. "Creo que no. Apuesto más por una cita romántica. Josefina la oyó al teléfono, hablando sobre su famoso plan de inversión para el hotel. Por lo visto, era mucho más que una conversación de negocios. Josefina cree que estaba hablando con una ex-novia."

Levanto las cejas, interesada: "¿Una ex-novia? Eso explica muchas cosas."
Victoria continúa, felizmente sin preguntarme qué quiero decir con mi comentario. "Por lo que Josefina percibió, la conversación fue muy tensa. Serena no la quería aquí en el hotel por nada del mundo. Habló sobre haber tenido una historia complicada."
Doy un sorbo al vino, digiriendo la información. "Claro que debe ser una historia complicada. Con Serena, dudo que exista algo simple." Miro a Victoria a través de la llama de la vela. "Mezclar negocios con ex-amantes es una receta clásica para el desastre. Pero puede ser la mezcla correcta para una noche muy interesante."
"Con ella, probablemente las dos cosas", me responde de inmediato, y por primera vez, su rostro está relajado.
La conversación sobre la vida amorosa de Serena deja el tema en el aire. La puerta fue abierta.
"¿Y tú, Victoria?"
"¿Yo qué?"
"¿Cómo va tu vida amorosa? ¡Mel parece feliz!" Es, como mínimo, un comentario provocador.
Ella contrae la mandíbula y pasa la mano sobre la barbilla. "Mel se entusiasmó con el reencuentro con Isabel. Pasiones antiguas, nunca quedamos inmunes, ¿verdad?"
"No sé, dímelo tú", respondo, ansiosa por oírla hablar.
"No sé si alguna vez me enamoré verdaderamente."
La respuesta es la más inesperada, pero antes de que pueda reaccionar Victoria cierra la conversación. "No quiero hablar sobre mi vida amorosa, menos aún sobre pasiones", declara, vaciando lo que queda de vino en el fondo de su copa.
"Qué pena", digo, recostándome hacia atrás, observándola. "Me parecía el tema más interesante de la noche."
Ella se sonroja, y aprovecha el momento para levantarse, volviendo poco después con otra botella de vino. Llena las copas, lleva la suya a la boca y bebe un trago demasiado grande.
"No seas así."
"¿Así cómo? ¿Curiosa? Es un defecto profesional." Hago una pausa. "Ok, tregua. Podemos intercambiar. ¿Quieres hablar de mi vida

amorosa? Es muy simple."
Ella me mira, admirada, pero aliviada.
"Isabel y yo siempre trabajamos mucho. Muchos días y muchas noches", digo, haciendo girar el vino en la copa. "Aunque quisiéramos no tendríamos tiempo para otros amores, para otras pasiones. Nos entendemos porque vivimos la misma historia. Adoramos lo que hacemos, aunque muchas veces no haya tiempo para nada más. Es funcional, estamos juntas, y, en teoría, felices para siempre."
"¿En teoría?", pregunta, sin esconder que su curiosidad es mucho más fuerte que sus reservas.
"En teoría", confirmo. "En la práctica, es tan funcional como un corazón artificial. Mantiene el sistema funcionando, pero nadie confunde el sonido con un latido real", confieso con cinismo.
"Yo propuse un acuerdo a Mel", afirma, sin que pueda entender de inmediato la continuación de la conversación.
"¿Un acuerdo?" Repito la palabra. "Me gusta. Es una palabra tan... seria. Tan estructurada."
Victoria sacude la cabeza con un aire de impotencia, "Fue lo único que se me ocurrió. Una solución lógica para un problema que de lógica no tiene nada."
"Adoro las incongruencias", declaro, inclinándome hacia adelante, y esperando que no corte la conversación ahora.
Ella suspira, en una mezcla de fatiga y resignación. "Le dije que quería abrir la relación. Que ella puede estar con otras personas. La condición es que sea solo eso, sexo. Placer. Sin involucramiento, sin repeticiones, sin... sentimientos."
"Una válvula de escape, pero solo para ella. Deduzco que tú no necesitas", concluyo con sarcasmo, como si estuviera entendiendo y concordando, asintiendo con la cabeza.
"Es válida para los dos lados", se apresura a contestar, "Pero yo no me voy a involucrar con nadie. No sería capaz."
"¿No serías capaz de qué?", devuelvo, pensando en el beso que intercambiamos.
"De tener sexo con alguien por quien no sintiera nada."

"Claro, entonces ese acuerdo no puede funcionar para ti, porque tú no puedes, o no quieres, cumplir las condiciones que tú misma definiste. Me parece prometedor", declaro con una carcajada. "¿Y cómo está yendo? ¿Ya tienes resultados?", provoco otra vez.
"Cállate", dice dándome una palmada en el brazo. "Te estás burlando de mí y el asunto es serio."
"Menos mal que lo dices, no lo había entendido."
Su vulnerabilidad me atrae de tal forma, que me veo obligada a coger la copa, para evitar cogerle la mano.
Ella me mira directamente. "¿Y tu 'corazón artificial'? ¿Nunca pensaste en hacer un trasplante?" Está usando mi propia metáfora, y lanzándomela de vuelta. Es una jugada inteligente.
Sonrío antes de responder. "Isabel no necesita un acuerdo. Ella es demasiado eficiente para eso." Hago una interrupción, para elegir las palabras, "Isabel es pragmática. Si algo falla, ella no intenta arreglarlo. Encuentra otra, un backup que ya había previsto por precaución."
Bebo otro sorbo de vino, y siento la cabeza dar vueltas. Las palabras están en la punta de mi lengua.
"¿Quién va a romper vuestro acuerdo primero?", indago.

CAPÍTULO 15
Vida real

VICTORIA

19 de julio

La pregunta de Lydia — '¿Quién va a romper el acuerdo primero?' — queda entre nosotras. Ella no me está juzgando. Está reconociendo el juego y preguntándome cuál será mi próxima jugada.

Antes de que pueda pensar en una respuesta, mi teléfono móvil, apoyado en la mesa, vibra con la llegada de un mensaje. El sonido es una intrusión violenta en nuestra burbuja de intimidad: Mel.

Mi corazón da un salto. ¿Será que lo sintió? ¿Será que, a cien kilómetros de distancia, ella sabe que estoy aquí, sentada frente a otra mujer, contemplando la palabra 'traición' como si fuera una opción?

Deslizo el dedo para ver el mensaje, es corto y directo: 'Asunto urgente con el cliente del proyecto nuevo. No cuentes conmigo el próximo fin de semana. Beso. ¡Te amo!'

Lo releo una, dos, tres veces. ¿Cómo es posible? Todavía hoy es lunes y ya está cancelando.

"Tal vez Mel oyó nuestra conversación y decidió probar nuestro acuerdo", profiero continuando bebiendo y volviendo a llenar las copas. Después, giro el teléfono en dirección a Lydia permitiendo que lea el mensaje.

Los platos y la fuente con restos de comida fueron empujados al otro lado de la mesa, y temo que aquí quedarán hasta mañana por la mañana.

Su rostro no demuestra ninguna emoción. Solo posa la mirada en mí, esperando.

"¿Más vino?" Es lo único que se me ocurre.

Ella asiente con la cabeza.

La segunda botella de vino desapareció con una facilidad alarmante.

"Voy a buscar whisky", declaro, sin dar margen para argumentos.

Cuando retomamos, la conversación ya no es sobre matrimonios o relaciones. Hablamos de cosas banales. De libros, de vacaciones, de

las ciudades donde estuvimos y de aquellas que queremos conocer.
Su silla, que antes estaba al otro lado de la mesa, está ahora a mi lado. No recuerdo haberla visto moverla. Pero está aquí.
Cuando hablo, veo sus ojos fijarse en mis labios, y descender. Los siento en el cuello, y después más abajo.
Su mano reposa en la mesa, a milímetros de la mía. Hago girar las piedras de hielo dentro de la copa, y mis dedos, como por voluntad propia, rozan los suyos. Es un toque rápido, pero ninguna de nosotras aparta la mano. Por el contrario. Su dedo se mueve y se posa sobre el mío.
Levanto los ojos. Ella está fija en mí, con una expresión seria.
"Tu mano está fría", susurra.
"Es de la noche", miento.
Inclino el rostro hacia su mano y cierro los ojos. Siento la palma de la mano caliente en mi mejilla.
Esperaba un beso que no sucede. Abro los ojos. Ella me está mirando, en una mezcla de deseo y contención.
"Esto es una pésima idea", afirma, más para sí misma que para mí.
Sonrío. "Es la primera idea que no es pésima en mucho tiempo." El alcohol hace mi voz más lenta, la provocación más deliberada.
Lydia suelta una carcajada. "No deberíamos. Isabel, Mel..."
"Isabel, Mel", repito, "En este preciso momento, no están pensando en nosotras. Créeme."
"Te creo", afirma fácilmente convencida. Acaricia la parte interna de mi brazo, y, con el pulgar, empieza a dibujar pequeños círculos en mi piel. "Isabel está, probablemente, planeando su próxima batalla en el hospital. Y Mel... bueno, Mel recibió un pase libre. Tal vez lo esté usando."
"No digas eso", articulo, pero mi voz no tiene fuerza.
"¿Por qué no, Victoria? Fuiste tú quien le dio la orden", dice, movida por la fuerza del alcohol, cruda y certera. "Técnicamente, esto no es traición. Es... equilibrio. Simetría."
Ella parece gustarle la palabra.
"Me gusta la simetría", declara como si pudiera oírme pensar.
"Odio mi vida en este momento", confieso, y las palabras salen con una facilidad que me asusta.

"Yo tampoco soy precisamente la mayor fan de la mía", responde, al mismo tiempo que su mano desciende de mi rostro a mi cuello. "Pero ¿quieres saber algo? No odio este momento."
"Estoy cansada de pensar", susurro. "De sentir culpa por cosas que ni siquiera hice."
"Entonces deja de pensar."
Y sin darme tiempo para nada más, pega sus labios a los míos y desliza la lengua en el interior de mi boca.
Llevo las manos a su cabello, y entrelazo los dedos, tirando de ella para acercarla más. Exploro su boca, reencuentro sus labios, y me desvío ligeramente para besarla en el cuello, en los lóbulos de las orejas, y volver a tocar con mi lengua la suya.
Ella tiene la respiración irregular y las pupilas dilatadas.
"¿Todavía crees que es una pésima idea?", pregunto.
"Sí", responde, jadeante. "La peor de las ideas." Y vuelve a besarme.
"¿Organizaron una fiesta y nadie me invitó? Qué falta de consideración."
Lydia y yo nos apartamos como si hubiéramos sido golpeadas por una descarga eléctrica. Mi corazón late descompasadamente contra mis costillas, no sé si por el susto, o por el beso.
Serena está parada en la entrada del patio, apoyada en uno de los pilares de piedra.
Se acerca a nuestra mesa con una calma teatral, tira de una silla y se sienta, como si fuera la cosa más natural del mundo.
"No se preocupen", dice, volviendo a levantarse para ir a buscar una copa. "No soy celosa", añade con una carcajada.
Me quedo con la boca abierta, sintiendo el rostro enrojecer. Lydia, por su lado, se recompone con una velocidad impresionante.
"No era una fiesta", devuelve, con la voz perfectamente calma.
"¿No?" Serena se sirve whisky. "Me parecía bastante festivo. Solo faltaba la música." Ella bebe un sorbo, antes de proseguir, manteniendo la ironía benevolente. "¿Qué estaban celebrando exactamente?"
"Serena, por favor", intervengo.
"¿Por favor, qué, Victoria?", cuestiona, dejando la copa. "Estamos las tres solas en un hotel en el fin del mundo. Creo que ya pasamos la

fase de las formalidades."
Hay una verdad incómoda en lo que dice.
"Tu cita terminó temprano", constato, intentando cambiar el rumbo de la conversación.
"Digamos solo que la conversación llegó a un punto en que la idea de volver aquí se volvió infinitamente más atractiva", encoge los hombros y prosigue, girándose hacia Lydia: "Lo que encuentro fascinante", continúa irónicamente, cruzando los brazos, "Es vuestra culpa. La forma como ustedes dos", señala de mí a Lydia, "Piden disculpas al universo por querer cosas. Es adorable. Y absolutamente agotador de ver."
"Se llama ética", dice Lydia. "Es un concepto. Tal vez hayas leído sobre eso en uno de tus periódicos financieros."
"La ética es para los libros de contabilidad, querida. El deseo es para la vida real. Y la vida real", ella se inclina sobre la mesa, "Es mucho más sucia, pero también mucho más divertida."
"¿Y cuál es tu excusa para estar aquí, en vez de estar allá fuera viviendo la 'vida real'?", pregunto, sintiéndome súbitamente audaz.
La sonrisa de Serena vacila por una fracción de segundo. "Digamos que estoy haciendo una pausa estratégica. Reevaluando mis activos."
"¿Activos o pasivos?", contrapone Lydia, mostrando que está atenta.
Serena la mira, y se hace un silencio tenso. "A veces, la línea que los separa es muy tenue."
La conversación sigue, en un carrusel de sarcasmo, de confesiones veladas y provocaciones. Hablamos con una honestidad que solo el alcohol y la compañía de extrañas permiten.
Cuando la botella se acaba, Serena se levanta. "Bueno, esto fue... esclarecedor." Mira de mí a Lydia, y su expresión es ahora ilegible. "Mi consejo, no solicitado, es: vayan a dormir."
Se aleja, dejándonos solas, rodeadas de botellas, copas vacías y verdades peligrosas. Miro a Lydia, y ella me devuelve la mirada. Sin decir una palabra, empezamos a reír hasta que las lágrimas nos corren por la cara. Es una risa auténtica, nacida del absurdo de la situación.

En medio de una de esas carcajadas siento una ola de calor subirme por el cuerpo, y la risa es sustituida por una náusea súbita y violenta. Pongo las manos en la mesa y me agarro con fuerza, con la sensación inminente de que voy a desmayarme.
"¿Victoria?" La voz de Lydia, súbitamente, perdió toda la ironía.
"Yo... no me siento bien", consigo decir, antes de alejarme algunos pasos y vomitar en los arbustos.
No sé qué es peor, si los vómitos, o la vergüenza que siento.
Me mantengo doblada, sin coraje para volver a erguirme. Siento una de sus manos firme en mi espalda, y la otra en mi frente.
Cuando los espasmos finalmente se calman, estoy temblando y sudando, exhausta. "Perdón", murmuro.
"No pidas perdón", dice, en el tono más profesional. "Bebiste demasiado, tu cuerpo está protestando. Sucede. Ven. Voy a llevarte al cuarto."
Pasa mi brazo por encima de sus hombros y me ayuda a subir las escaleras, peldaño a peldaño. Me siento completamente incapaz, apenas puedo coordinar mis propios pies.
Cuando llegamos a la puerta del cuarto, busco la llave en el bolsillo de los pantalones cortos con las manos temblando. Ella aparta mi mano, "Déjame ayudar." Y con delicadeza mete la mano en mi bolsillo, agarrando la llave, y al mismo tiempo que toca mi muslo a través del forro de los pantalones cortos.
La cama parece un barco flotando en un mar revuelto.
"Voy a buscarte un vaso de agua y un analgésico", afirma.
"No te vayas", pido. "Quédate aquí. Solo un poquito."
Ella duda por un instante. Después, tira del sillón que está en la esquina para acercarlo más a la cama y se sienta, observándome en silencio, mientras mi mundo continúa dando vueltas.

CAPÍTULO 16

¿Qué haces cuando estás en el suelo?

LYDIA

20 de julio

Una punzada aguda y palpitante detrás de mi ojo derecho me obliga a abrir los ojos. La luz del sol entra agresivamente por las rendijas de la persiana. Me siento en la cama, agarro la cabeza entre las manos como si pudiera contener el dolor, y miro el móvil. Once y veinte de la mañana. En la pantalla, una lista de notificaciones. Isabel. Siete llamadas perdidas. Cuatro mensajes. Los ignoro.

Increíblemente despacio, me pongo de pie, pero vuelvo inmediatamente a sentarme. Intento reconstruir la noche anterior, secuenciar los eventos: el exceso de alcohol, mío y de ella; el beso; la conversación; Victoria vomitando; Victoria acostada en la cama. Mi corazón vuelve a acelerarse, no por lo que sentí ayer, sino por lo que siento ahora.

Me dormí en el sillón. Recuerdo despertar con el cuello dolorido y venir aquí. No recuerdo haberme desvestido, pero en algún momento debe haber ocurrido, reflexiono, mirando la camisa que llevo puesta.

Tomo una ducha rápida y me visto, todavía con la cabeza latiendo a cada movimiento. Bajo las escaleras con un único objetivo: café. Y con un único temor: encontrar a Victoria.

Cuando cruzo los últimos escalones, Josefina aparece, como si estuviera esperándome.

"Buenos días, Doctora," dice, en un tono demasiado alto para mi cabeza. "Parece que la noche fue larga. Creo que hoy no está preparada para jugar, pero, por si acaso, dejé el tablero afuera."

"La noche fue... Tuve insomnio", miento, "Y pesadillas", añado, como si la justificación no fuera suficiente.

"Entiendo." Su mirada me dice que no cree ni una palabra. "Le preparé una mesa en el patio. Hay café fuerte y un analgésico al lado de la taza." Sonríe antes de continuar, "La señorita Victoria tuvo que salir, solo volverá al final de la tarde."

Esta mujer es una estratega brillante y no solo jugando al ajedrez. Me dio una dosis de cafeína, un analgésico y, lo más importante, tranquilidad: no corro el riesgo de encontrar a Victoria.
"Gracias, Josefina," digo, verdaderamente agradecida.
Me siento al sol, la sensación del calor en la piel es reconfortante. Bebo un sorbo del café e inmediatamente después trago la pastilla vaciando el vaso de agua.
Mi estómago todavía está revuelto cuando suena el teléfono. Es Isabel. Contesto.
"¡Por fin!", exclama. "Estaba preocupada. ¿Estás bien? Ayer no contestaste, esta mañana tampoco. Acabé llamando al hotel. Victoria me dijo que ayer no te sentías muy bien y que te habías ido a acostar temprano. ¿Estás mejor?"
"Estoy perfecta," respondo lo más elocuente que puedo, sin dejar de imaginar qué habrá pasado por la cabeza de Victoria cuando atendió la llamada de Isabel. "Fue solo un dolor de cabeza."
"Ok." Isabel acepta la mentira sin cuestionar, ansiosa por pasar a sus propias noticias. "¡No te imaginas la noche que tuve! Tuvimos un desprendimiento de placenta grave, Lydia. Hicimos una cesárea de emergencia en menos de diez minutos. El equipo fue brillante. Fue un susto, pero salvamos a los dos."
La escucho describir los detalles clínicos con una pasión que me resulta dolorosamente familiar.
"Pero hay más, era eso lo que te quería contar cuando llamé ayer" continúa, con la voz vibrando de emoción. "¿Adivina quién renunció? Nuestra querida nueva directora, o mejor dicho ex-directora. No aguantó ni unos días. Dijo que la 'presión' era insoportable."
"Qué pena," digo de forma automática. Una parte de mí siente la satisfacción fría de la venganza. Pero la otra parte siente solo distancia. Esta guerra ya no es la mía.
"El puesto está vacío, Lydia. El Consejo está en pánico. Tal vez..."
"Buena suerte para ellos," me apresuro a intervenir, antes de que Isabel tenga tiempo de verbalizar lo que sea que se le haya ocurrido. Para mi alivio, somos interrumpidas por alguien que parece necesitarla con urgencia. Cuelga atropelladamente, prometiendo volver a llamar en cuanto pueda, para retomar la conversación.

"El paracetamol resuelve el dolor de cabeza. Pero no resuelve la resaca moral, ¿verdad, Doctora?"
Serena me hace dar un salto.
"No sé de qué estás hablando," devuelvo, a la defensiva.
Se sienta frente a mí, sin ser invitada. "Vino, whisky. Victoria vomitando. Y tú, la médica dedicada hasta la madrugada. Es casi una trama de romance."
"Es una visión muy inspiradora."
"Es una advertencia." Su tono cambia, la broma desaparece, y da lugar a una seriedad que me inquieta. "Yo conozco este tipo de situaciones. Es fácil perderse. Y hay caminos que, una vez que se empiezan, no tienen vuelta."
"¿Y tu noche?", ataco, para desviar el foco. "Ayer acabaste sin contar nada. ¿Negocios o placer?"
"Yo tengo placer en los negocios," responde, encogiéndose de hombros. "Tengo que ir a París."
"¿Cómo? ¿Cuándo?"
"Hoy. Voy esta tarde y vuelvo pasado mañana." Sin más explicaciones, se levanta, "No hagas nada que yo no haría."
"Eso me deja con un abanico muy limitado de opciones," devuelvo.
Se ríe y se aleja, dejándome sola con mi café, mi dolor de cabeza y la sensación de que, en este hotel, cada conversación es un juego de ajedrez.

*

Victoria nunca más vuelve. Serena ya se fue y debe estar llegando al aeropuerto. La ausencia de drama es, extrañamente, más enervante que su presencia, reflexiono. El silencio deja demasiado espacio para pensar.
Recorro el camino hasta la pequeña laguna, me siento en una roca lisa y caliente del sol, me quito el vestido corto que me puse encima del traje de baño, me saco las sandalias y sumerjo los pies en el agua. Cojo el móvil y dejo el dedo suspendido sobre la lista de contactos. No sé bien con quién quiero hablar. Sé que necesito oír una voz amiga, hablar de todo y de nada. Una cosa es cierta, no quiero hablar con Isabel. Deslizo hacia abajo y encuentro un nombre que no marco con la frecuencia que debería: Papá.

Contesta al segundo tono. "Lily. Qué buena sorpresa." Nadie más en el mundo me trata así.
"Hola, papá. ¿Cómo estás? ¿Cómo está mamá?"
"Tu madre está afuera, ya sabes cómo es ella con los rosales, nunca está bien, siempre hay algo más que hacer", dice riendo. "Aparte de eso, tu madre está estupenda. ¿Y tú? Hablamos con Isabel, dijo que te tomaste unas vacaciones. El tiempo aquí está maravilloso, si quieres venir a tomar un poco de sol."
"El sol aquí también es bueno," declaro, mirando la luz filtrada entre los árboles.
"¿Estás de vacaciones Lily? No me lo parece. ¿De qué estás huyendo? ¿De Isabel?", pregunta, y su pregunta, tan perspicaz, quiebra mi máscara.
Suspiro. Con él, las mentiras nunca funcionaron bien. Para mi madre podía inventar todas las historias, todas las mentiras que quisiera, ella nunca sospechaba. Con mi padre, ni siquiera valía la pena intentarlo. Leía en mis pausas, en mi tono. Al fin y al cabo, era abogado, entrenado para detectar la falla en un argumento.
"Dejé la dirección del hospital, papá." Las palabras salen con más facilidad de la que esperaba.
"Lo sé. Isabel también nos lo contó." Hace una pausa. "¿Fue decisión tuya?"
Isabel habla demasiado con mis padres, reflexiono. "Fue una decisión forzada," admito. "La teoría era una cosa. La práctica... la política, la gente... yo no fui hecha para eso. Soy buena con un bisturí en la mano, no con hojas de cálculo y egos frágiles."
"Eres una cirujana brillante," dice, con voz firme. "Una de las mejores. Eso es un hecho. Que no haya salido bien como directora clínica es una nota al pie. No dejes que la nota al pie se convierta en el título de tu biografía."
Siento un nudo en la garganta.
"La cuestión, hija, nunca es qué salió mal. La cuestión es siempre: ¿qué te hace sentir bien? No estoy hablando de lo que te da prestigio, o de lo que los otros esperan de ti. En la vida, lo que importa no es no caer, es si te quedas mirando el polvo o si miras al

cielo y ves las estrellas." Son palabras poéticas, viniendo del hombre que me enseñó a ser lógica y pragmática.
¿Qué me hace sentir bien? Miro el agua quieta de este pequeño espacio y el mar que se extiende hasta el infinito. Me levanto, agarro la ropa y las sandalias y paso a través de las rocas, caminando hasta la arena de la playa.
Un miedo antiguo, irracional, burbujea dentro de mí. Y exactamente por eso, doy un paso y entro en el agua tibia. Avanzo paso a paso hasta que el agua me llega a los muslos. Con el corazón latiendo descontroladamente, doblo las rodillas y dejo que el agua me llegue al cuello. La cabeza en la superficie, el cuerpo seguro, las rodillas bien asentadas en el suelo. Pequeños pasos y un salto gigante fuera de mi zona de confort.
"Pensé que no te gustaba el mar." La voz de Victoria viene de la orilla.
"Estoy conduciendo un experimento," afirmo, intentando bromear. "Probando los efectos del agua en la claridad mental."
"¿Y entonces, Doctora?", pregunta, entrando en el agua y avanzando unos pasos en mi dirección. "¿Cuáles son las conclusiones del experimento?"
"Todavía estoy recopilando datos," digo, mirándola. "Pero creo que el experimento quedó contaminado por la presencia de observadores externos."
La veo sonrojarse ligeramente y desviar la mirada.
"¿De qué tienes miedo, Victoria?" Mi pregunta es explícita, una provocación deliberada.
Ella vuelve a mirarme, "¿Hoy? De todo." Se acerca y me extiende la mano. "Ven. Esto no es el mar de verdad. Ven conmigo."
Mi miedo vuelve con fuerza. "Ya te dije. No sé nadar."
Su mirada es firme, segura. Su mano es cálida y fuerte sujetando la mía, fría y húmeda. Tira de mí haciendo que me ponga de pie y dé un paso.
"Lo sé. No te voy a dejar ahogar. Confía en mí."
La palabra 'confía' queda en el aire. Vacilo, y después, contra todo lo que mi cuerpo pide, acepto.
"Está todo bien," dice calmadamente, a mi lado. "Yo estoy aquí."

Cuando el agua nos llega casi a los hombros, se detiene y se vuelve hacia mí. "Ahora, relájate," pide, poniendo una de las manos detrás de mi nuca, "Echa la cabeza hacia atrás. Despacio. Yo te sujeto."
Miro sus ojos. No hay ironía, no hay juegos. Respiro hondo y obedezco.
Mi cuerpo, al principio tenso, empieza a rendirse al tacto, a la flotabilidad del agua. La sensación es aterradora. Y absolutamente extraordinaria.
Pérdida total de control. Mi cuerpo en sus manos.
"¿Ves?", susurra, con el rostro cerca del mío, "No te dejo caer."
Cierro los ojos, siento el sol en la cara, el agua meciéndome, y el cuerpo seguro de Victoria junto a mí. ¿Qué me hace sentir bien? La pregunta de mi padre resuena en mi cabeza. Tal vez sea esto. Tal vez sea exactamente esto.

CAPÍTULO 17

Camino sin retorno

VICTORIA

20 de julio

El camino de vuelta de la playa se hace en un silencio que dice más que cualquier conversación. Siento el calor, el olor a sal y a mar que viene de ella, de mí. La memoria de su cuerpo en mis brazos dentro del agua.

Llegamos al patio. El sol ya se ha puesto, pero las luces aún no se han encendido. El hotel está sumergido en una quietud absoluta.

"Bueno... estamos en casa," digo, con la voz sonando casi extraña en el silencio.

Lydia mira alrededor, a las mesas vacías. "La definición de 'casa' está cada vez más flexible," responde, con un dejo de su ironía habitual.

"Hoy no hay testigos. No hay nadie más, Josefina salió temprano", explico.

"¿Testigos de qué, Victoria? ¿De dos mujeres volviendo de la playa con el pelo mojado?"

Desvío la mirada, aturdida. "Voy a darme una ducha. Quitarme la sal." Necesito un momento para respirar, para esconderme de la intensidad de lo que estoy sintiendo.

"Es una buena idea. Yo también lo necesito," responde.

"Y después...", comienzo vacilante, "Podemos cenar. Si quieres, veo qué sobró de esta mañana y preparo algo. O podemos ir al pueblo." Me siento súbitamente insegura, ofreciéndole una cena de sobras, a ella, que modificó mi hotel para poder tener una suite.

Lydia da un paso en mi dirección. "Nos encontramos aquí. ¿En media hora?"

"Media hora," repito, como un eco.

Asiente con la cabeza, y su mirada atrapa la mía por un segundo más antes de darse vuelta y subir las escaleras.

Me quedo observándola. Media hora. Parece demasiado tiempo. Y, al mismo tiempo, manifiestamente insuficiente.

¿No recuerdo la última vez que me quedé parada mirando el armario sin saber qué ponerme? Pues aquí estoy, con el corazón disparado y las manos sudando. Exactamente media hora después, bajo y ella ya está sentada en una de las mesas del patio.
"Pensé que tal vez habías cambiado de opinión," dice en voz baja.
"¿Y perderme una cena con una cirujana de renombre internacional?", bromeo. "Ni pensarlo. Sería un desperdicio de networking. ¿Serena te explicó por qué se iba, de repente, a París?", indago.
"Nada, ni una excusa, una justificación, nada", responde.
"¿Salimos a cenar? ¿Quieres abrir un vino?"
"A partir de ahora, solo agua para mí," dice.
"¿Por qué?"
"Porque esta noche, quiero estar segura de que todo lo que siento es real. No quiero tener el vino como excusa mañana por la mañana."
Su sonrisa desaparece, dando lugar a una intensidad en la mirada que me quita el aliento. Su mano atraviesa la mesa y se posa sobre la mía. Su toque es cálido, firme.
De forma calculada, hace exactamente el mismo movimiento que me derritió anoche, y su pulgar dibuja círculos en mi piel, en la muñeca, en la cara interna del brazo, y cada toque hace que mi respiración se acelere.
Sus ojos bajan hacia mi boca, y yo paso instintivamente la lengua sobre los labios.
"Esto es una locura," susurro, verbalizando el caos en mi cabeza. "Yo estoy casada. Tú estás casada."
Lydia no se aparta.
"¿Y eso cambia lo que estás sintiendo ahora?", pregunta, "¿Cambia lo que yo estoy sintiendo?"
Me quedo sin respuesta.
"No hay 'pero', Victoria," interrumpe. "Hay el 'ahora'. Y ahora, nosotras estamos aquí." Entrelaza los dedos con los míos y aprieta ligeramente mi mano. "Solas."
Mi corazón está latiendo descontroladamente. "Sí."
"¿Qué estás sintiendo ahora? ¿Mi mano en la tuya?"

"No sé. Ya no sé nada.", profiero en pánico.
"Sí que sabes," dice, con una certeza absoluta. "Sabes lo que sentiste en el mar y lo que estás sintiendo ahora. Entonces...", continúa, con el rostro casi pegado al mío, "Tal vez, solo por esta noche, deberíamos dejar de tener miedo de lo que es real. Y dejar que la vida siga su curso." Su mano sube de mi muñeca a mi brazo, un toque leve que me estremece. "¿Cuál es tu mayor miedo, Victoria? ¿Que Mel se entere?"
Niego con la cabeza. "No. Mi mayor miedo es que no le importe." Por un instante la veo vacilar, mi miedo reflejado en sus ojos. "Tú también tienes miedo."
"Deja de pensar. Por favor," susurra. "Solo por esta noche."
Y sin que yo pueda contestar, cierra la distancia entre nosotras. Sus ojos están llenos de un deseo que es imposible ignorar. Su boca toca la mía. El primer contacto es ligero, un pedido de permiso. La atraigo hacia mí, ahora soy yo quien necesita sentir el contacto, su lengua, sus labios, el sabor del beso. El deseo toma el control, como no pensé que pudiera suceder. La quiero aquí y ahora.
Sus dedos aprietan mi hombro y hacen que los cuerpos se unan. Siento la respiración entrecortada. Agarro su nuca, y con los dedos recorro el cabello húmedo y suave. Tengo la lengua en su boca, siento un sabor dulce del que aún no me había percatado, y le muerdo el labio ligeramente. Su lengua viene al encuentro de la mía y es su turno de explorar mi boca.
Cuando nos apartamos, para respirar, ella tiene la boca húmeda y ligeramente entreabierta, y lo único que mi cerebro consigue formar es un pensamiento simple, claro y avasallador: tengo que besarla otra vez.
Es un beso diferente, con la intención de quien sabe que esta noche no terminará aquí. Mi boca explora la suya, y la siento rendirse en una entrega que me excita de una forma que ya no recordaba que podía suceder.
Mis manos, que parecían haberse olvidado de qué hacer, tienen ahora voluntad propia. Le saco la camisa de los pantalones, y paso los dedos por debajo. La piel es increíblemente suave. Siento sus músculos contraerse bajo mi toque, y un temblor recorrer su cuerpo.

Alentada por la reacción, deslizo los dedos por su espalda, sintiendo cada vértebra. Ella suelta un gemido y pega los labios a los míos, sin vacilar la beso con más fuerza.
No consigo pensar con claridad, ella toca mi vientre, bajo la tela fina de la camiseta y después, la palma de su mano se posa sobre mi pecho. Los dedos encuentran el pezón y lo presionan a través de la tela del sostén. Un grito de placer escapa de mis labios, un sonido que casi no reconozco como mío.
Siento el corazón latir cada vez con más fuerza, la respiración acelerarse, pero ella quiere más. Toca mi rodilla y pasa la punta de los dedos con una lentitud exasperante por el interior de mi muslo. Mi cuerpo se contrae en anticipación. Sus dedos encuentran el borde de mis shorts, no vacilan, y pasan por debajo, deteniéndose solo en el elástico de las bragas, una tortura deliberada.
"Lydia," susurro.
"Shhh," dice, dejando mi boca para bajar los labios a lo largo de mi cuello. "No pienses."
"Aquí no," imploro.
Ella no pregunta adónde. Toma mi mano y deja que yo la guíe. Atravesamos el patio, de la mano. Subimos la escalera de madera, con cada peldaño crujiendo bajo nuestros pies.
En lo alto de la escalera, el pasillo se divide. A la izquierda, mi habitación. La habitación que comparto con Mel. A la derecha, su suite. Me detengo por un instante. No puedo. No puedo llevarla allí.
Lydia lee mi pensamiento. Sin decir una palabra, avanza hacia la derecha.

CAPÍTULO 18
Control

LYDIA

20 de julio

Cierro la puerta. Hemos pasado el punto sin retorno. Victoria está parada en medio de la habitación, ahora transformada en sala, con el cuerpo iluminado solo por la luz que entra por la ventana. Percibo que está nerviosa, lo veo en la forma en que tiene los brazos cruzados sobre el pecho, en el modo en que desvía la mirada y contempla el infinito.

"¿Arrepentida?", cuestiono, dejándome estar apoyada contra la pared.

Ella niega con la cabeza, me mira, pero no se mueve.

"Ven aquí", digo, arriesgando un tono que claramente no es una invitación, es una orden.

Ella vacila por una fracción de segundo, dejando la respiración suspendida, y después obedece. Camina en mi dirección, y yo permanezco inmóvil, dejándola hacer todo el recorrido. Cuando para frente a mí, pongo las manos alrededor de su cara y la beso. Es un beso profundo, un beso de confianza. No hace falta más para sentir su cuerpo ceder contra el mío.

Aparto la boca de la suya, pero mantengo mi mirada fija en la suya. "Quítate la camiseta", ordeno.

Sus manos tiemblan ligeramente, antes de pasar la camiseta por encima de la cabeza, dejándola caer al suelo de forma ostensiva. Observo la piel bronceada y el sostén de encaje. Ella permanece inmóvil, frente a mí, seminuda, esperando la próxima instrucción.

La tela del sostén me sorprende por su delicadeza. Recuerdo uno parecido que tiene Isabel, y por un instante, su figura en nuestra cama en Barcelona cruza mi mente.

Mi cuerpo reacciona a la imagen de Victoria, parada frente a mí, doy un paso en su dirección y, de forma ágil, encuentro el cierre del sostén en su espalda, abriéndolo y dejando que también caiga al suelo. Sus senos son más voluminosos de lo que imaginé cada vez

que la vi en traje de baño, perfectos, en la luz suave que dibuja cada curva. En un gesto instintivo de pudor, ella levanta los brazos para cubrirlos, y yo la agarro.
"No," pido, con voz firme. Dejo que mis dedos se entrelacen con los suyos y tiro sus brazos hacia abajo, dejándola expuesta a mi mirada y a mi deseo. Ella se estremece, pero no retrocede.
"Te quiero." Murmuro con los labios pegados a su oído, e inmediatamente después juego con la punta de la lengua en el interior de su oreja.
Paso la mano por la piel de su vientre, hasta encontrar el botón de los shorts. En un gesto lleno de segundas intenciones pregunto: "¿Puedo?"
Un asentimiento es más que suficiente para que yo prosiga, tiro los shorts hacia abajo, dejándola solo en bragas. Entonces, en un gesto rápido que la toma totalmente desprevenida, la hago girar, dejándola de cara a la pared, de espaldas a mí. La visión de ella, aquí, vulnerable y fuerte al mismo tiempo, es lo más erótico que he visto jamás.
Me acerco por detrás, despacio. Mi cuerpo no toca el suyo. Poso las manos en la pared, una a cada lado de sus hombros e me inclino hacia adelante, con la boca junto a su oído. "Levanta los brazos," ordeno, rozando los labios contra su piel.
Ella obedece sin vacilar. Levanta los brazos, apoyando las palmas de las manos contra la pared. La posición es de una entrega absoluta.
"Buena chica," declaro, y siento las palabras hacer su efecto.
Toco con la lengua uno de sus hombros, y dejo un rastro de besos que se extienden por el cuello, y descienden a lo largo de la espalda. La piel tiene el aroma de su perfume.
"Lydia," profiere, mirando hacia atrás, con una excitación que le incendia la mirada.
"Confía," digo, moviendo las manos en su cuerpo desnudo, provocándola deliberadamente. A cada toque su cuerpo se estremece. Envuelvo uno de los senos con la mano, dejando la otra entre sus muslos, tocándola bajo la tela fina de las bragas que aún lleva puestas. Sin contenerse, arquea la espalda buscando aumentar el contacto.

Mis manos acarician sus omóplatos, y después descienden por sus flancos, contorneando la cintura, la curva de las caderas. Es el cuerpo de una mujer que nada todos los días, que trabaja.
Mi boca sigue el camino antes recorrido por mis manos, y vuelvo a besarla en la espalda, en los hombros. Poso las manos en sus nalgas y presiono con un poco más de ímpetu, antes de tirar las bragas hacia abajo, dejándola completamente desnuda.
Ella gira la cabeza en mi dirección, su mirada es suplicante. Pero yo no tengo prisa.
Paso los dedos por su vientre, descendiendo lentamente. La siento contener la respiración cuando mis dedos se acercan. Está excitada. Muy excitada.
Empiezo a acariciarla, un toque lento al principio, que poco a poco se intensifica, para inmediatamente después volver a disminuir el ritmo. Su cadera se mueve contra mis dedos. Ella inclina la cabeza hacia adelante y la apoya en la pared. Sus gemidos son ahogados.
"¡Por favor!" implora.
"Por favor, ¿qué?", pregunto, con la boca pegada a su cuello, sin parar los movimientos de mi mano. "Sé específica."
"Te quiero", dice de forma casi imperceptible. "Dentro de mí. ¡Ahora!"
Sin más preámbulos, dejo que los dedos se deslicen y sus músculos se contraen.
"¡Lydia!"
Su cuerpo tiembla en espasmos sucesivos, hasta que, con un último grito ronco, deja que las rodillas cedan, deslizándose por la pared hasta sentarse en el suelo.
Su respiración entrecortada, su mirada son suficientes para dejarme muy cerca de un orgasmo.
Me arrodillo frente a ella. Mi intención es ayudarla a levantarse, para acostarnos en la cama. Ella extiende el brazo al encuentro de mi mano, pero, en lugar de levantarse, me tira hacia abajo.
"No," susurra, con voz ronca.
Me mira, y donde había vulnerabilidad, hay ahora poder. Con una energía que me sorprende, me empuja hacia atrás, dejándome acostada en la alfombra.

Uno a uno, desabrocha los pocos botones de mi camisa que aún estaban cerrados, empujando la tela hacia el lado y exponiendo mi sostén. Con la boca, cubre mi pecho de besos, atrapando la tela entre los dientes. Sus manos se deslizan por mi piel, siento la respiración acelerarse.
"Estás temblando," dice, con una sonrisa en los labios.
Quiero controlar la situación, cierro los ojos, pero las sensaciones son demasiado intensas, y por primera vez en mucho, mucho tiempo, no tengo otra alternativa sino dejarme ir.
Desabrocha mis pantalones, y los tira por mis piernas, llevándose con ellos las bragas, con una impaciencia que me vuelve loca de deseo.
Intento incorporarme para buscar un beso, pero su mano contra mi pecho me impide hacerlo.
"¡Acostada!", declara, sin margen para contestación.
Su boca toca mi pecho, envolviendo cada pezón con los labios, la piel de sus muslos se pega a las mías. Me siento latir, necesito más.
"Victoria...", su nombre escapa de mis labios.
"Shhh," dice, entre la respiración entrecortada.
Su lengua sabe lo que pretende, vuelve a mi boca, a mis orejas, e inmediatamente pasa a mi cuello, me besa recorriendo la línea de las clavículas, y desciende. Mi corazón palpita descontroladamente, siento el pezón endurecerse en su boca. Y en un instante su lengua está dentro de mí, las manos apartan mis muslos, el calor de su respiración directamente en mi piel. Y es demasiado, demasiado para ser posible evitar lo inevitable.
Nos quedamos acostadas en el suelo, en medio de la ropa esparcida, con los cuerpos sudados, tratando de encontrar un ritmo normal para respirar.
"Vamos," invito, "Salgamos del suelo."
Acostada en la cama, trazo la línea de su rostro con la punta de mi dedo, desde la ceja hasta la boca. Ella cierra los ojos. No hay juegos, no hay ironía.
"Lydia," susurra, con los ojos aún cerrados.
"¿Sí?"
"¿Qué fue esto?"

Miro a ella, a la mujer que me hizo perder el control de una forma que no creí posible. "No sé," admito. "Pero no fue un error."
Ella abre los ojos y sonríe, una sonrisa breve, cansada y simple. Coloca la cabeza en mi hombro, y en pocos minutos, su respiración se vuelve profunda y regular.

CAPÍTULO 19
El día siguiente

VICTORIA

21 de julio

Despierto lentamente. Mi cuerpo está pesado, relajado, envuelto en un calor que no es el mío. Abro los ojos.

La luz del amanecer entra por la ventana, suave, iluminando un espacio que no reconozco de inmediato. Giro la cabeza en la almohada. Lydia duerme a mi lado, girada hacia mí. Su respiración es profunda. En la luz pálida de la mañana, su rostro, normalmente una máscara de control e ironía, está sereno, vulnerable. Las facciones parecen más suaves, más jóvenes. Un mechón de cabello le ha caído sobre la frente. Tengo un deseo súbito e intenso de apartarlo.

La observo, y procuro retener cada detalle. La curva del cuello, la forma en que su mano está posada en la sábana, a pocos centímetros de la mía. La memoria de la noche pasada me invade. Su boca en la mía. Sus manos en mi cuerpo. Mis manos en su cuerpo.

Lydia se mueve, y abre los ojos, fijándolos en mí sin decir nada. Su mirada no es de culpa ni de arrepentimiento.

"Buenos días," dice, con voz ronca de sueño. "Sobreviviste."

"Aparentemente," respondo, con una sonrisa. "¿Y tú?"

"El jurado aún está deliberando," afirma, con un dejo de su ironía habitual, pero hay un calor en sus ojos que no existía antes.

Su sonrisa se desvanece, y su mirada se vuelve seria. "¿Arrepentida?", pregunta.

"¡No!" digo, con una certeza que me sorprende. "Ni por un segundo."

Veo el alivio en su rostro, y la expresión se suaviza. Extiende la mano por encima de las sábanas y toma la mía.

"Necesitamos café," declara, "Y tal vez un panecillo. No sé si sientes lo mismo, pero yo estoy muerta de hambre. ¡Después de todo no cenamos!"

"Es verdad," concuerdo, reacia a dejar la seguridad de esta cama, de esta habitación. "Necesitamos café."
Entro en mi habitación, decidida a darme una ducha rápida y volver a bajar.
Miro al espejo, mi imagen reflejada. Una mujer de casi 50 años, con marcas visibles que la edad no perdona. ¿Qué es lo que he hecho?
La pregunta resuena, fría y acusadora. Mi cuerpo me recuerda al menos el porqué de que haya sucedido. Pienso en mi pecho contra la pared, en sus manos en mi espalda y la respuesta es simple: hice lo que quería hacer.
La imagen del rostro de Mel se atraviesa. ¿Estará con alguien? Peor, ¿estará con alguien en nuestra casa?
Siento culpa, celos, deseo y rabia. Siento todo, y todo al mismo tiempo.
Con un chorro de agua casi fría sobre la cabeza, no me preocupo propiamente en bañarme, antes intento organizar las ideas, y responder a la pregunta que insiste en resonar: ¿qué es lo que he hecho?
Le dije que no estaba arrepentida, pero a cada minuto que pasa tengo más dudas, si esa es la realidad.
Adoro a Mel. Me enamoré de ella, pero sé que nunca, en ningún momento, conseguí entregarme de la forma que lo hice anoche.
Tal vez sea precisamente la falta de intimidad, la distancia, lo que permitió la cercanía más verdadera. Nada que perder, porque nada estaba previamente construido. ¿Hace cuántos días nos conocemos? ¿Qué es lo que sé sobre Lydia? Nada. Nada verdaderamente relevante, y al mismo tiempo, siento que la conozco profundamente.
Mel me toca con la familiaridad de quien lee un libro por centésima vez. De quien sabe la historia de memoria, y ya no presta atención a las palabras. Pero, saber las historias de memoria tiene un enorme riesgo, no las podemos cambiar. Lydia con la emoción con que se lee un libro por primera vez. No había nada que temer, nada que probar.
Bajo las escaleras. Ella ya está en el patio, sentada en una mesa al sol, con dos tazas de café frente a ella. Por coincidencia la mesa es la misma donde estuvimos ayer. El cabello está mojado y el rostro parece pálido.

Josefina me encuentra a medio camino y me mira por encima de sus gafas. Su mirada no tiene ninguna crítica, solo una preocupación que me desconcierta.
"Buenos días. ¿Dormiste bien?", pregunta.
"Sí, dormí", respondo automáticamente.
"Entiendo." Su mirada me dice que no cree ni una palabra. "Preparé una mesa para las dos, siéntate", insiste.
Me siento frente a Lydia, y ella empuja una de las tazas en mi dirección.
"Josefina debe haber adivinado," afirma.
Bebemos el café en un silencio confortable. Pero la paz es siempre un estado temporal.
"Falta el azúcar," digo, necesitando romper el silencio que empieza a volverse demasiado íntimo. "Voy a buscar."
El azucarero está en el mostrador, al lado, hay un sobre blanco, con el logotipo del banco. Josefina debe haberlo recibido y lo dejó aquí para entregármelo, pienso.
Miro hacia afuera, Lydia bebe su café, tranquila. Respiro hondo y, con la carta en la mano, vuelvo a la mesa.
"Necesitamos hablar", afirmo en cuanto me siento.
Por su mirada sé que percibió que algo cambió.
"Lo que pasó anoche...", comienzo, y después paro, para buscar las palabras correctas. "Fue una consecuencia. Demasiada presión, demasiada... soledad."
Es un análisis frío, lógico y equivocado. O, al menos, incompleto.
Ella levanta los ojos incrédula.
"Fue mucho más que eso," intenta argumentar.
Pero súbitamente, yo estoy inquebrantable. No la voy a involucrar en un proceso de deudas. Si ya antes, nada era simple, esta carta es el baño de realidad que faltaba.
"¿Y ahora?", me pregunta, como si mi decisión fuera soberana.
"Tenemos nuestras vidas. Isabel, Mel... Por más complicado que sea, ellas existen."
"¿Entonces es eso? ¿Una noche para olvidar?"
Yo sé que soy yo quien está conduciendo las cosas hacia este final, pero al mismo tiempo siento una desilusión de la que no esperaba.

"No te estoy diciendo que olvidemos." Extiendo la mano sobre la mesa en dirección a la suya, pero paro a medio camino, retrocediendo. "Estoy diciendo que tenemos que ser realistas. Lo que pasó fue... No es sostenible."
Interrumpiendo nuestra conversación como un huracán, Serena atraviesa el patio.
"No sabía que estabas aquí", constato sorprendida, e irritada por haber roto el momento.
"Llegué temprano. Aterricé en Barcelona antes de las 7:00. Pero eso no importa, lo que importa es que ella va a estar aquí mañana. El avión aterriza a media tarde."
"¿Ella quién? ¿De qué estás hablando? ¿No ibas a quedarte en París hasta mañana?", bombardea Lydia, hasta entonces en silencio.
"Más hubiera valido no haber ido. Francesca es la mejor y la peor persona del mundo. Cuando decide algo no hay imposibles."
No dejo de notar que Lydia frunce el ceño cuando Serena menciona el nombre de tal Francesca. No sé quién es, pero este no es el momento de preguntar.
"¡Mercedes viene aquí!", declara, como si debiéramos saber qué significa eso.
"¿Quién es Mercedes?", indago, recordando lo que Josefina me contó.
"Una financiera. Es catalana, pero vive desde hace algunos años en Nueva York. Sabe todo sobre las altas finanzas."
Cada vez entiendo menos.
"Vale, ¿y viene a hacer qué aquí? ¿Un retiro? ¿Vendiste tu primera estancia para recuperación del estrés?", pregunto sarcásticamente.
"No, pero tal vez haya vendido tu hotel."
Me quedo mirándola, incrédula. "¿Cómo que vendiste mi hotel?"
Siento los ojos de Lydia en mí. Ella no dice nada, pero yo sé lo que está pensando. Se levanta despacio, doblando la servilleta y posándola metódicamente al lado de su taza vacía.
"Esto es entre vosotras," dice, con voz controlada, la médica de vuelta al mando. "Voy a dar una vuelta."
No me pide que vaya con ella. No mira hacia atrás. Nuestro momento, nuestra burbuja, acaba de ser reventada por la realidad.

La observo desaparecer en el interior del hotel, y siento un vacío que es mucho peor que la soledad.
"¿Qué pasó entre vosotras? ¡No! No respondas. Por tu cara y la suya, no necesito que confirmes lo obvio." Serena me agarra la mano, prosiguiendo, ahora con el sarcasmo habitual "¿No fue bueno?"
"Maravilloso", sale sin que yo pueda controlar. "Esto llegó esta mañana," declaro apuntando al sobre encima de la mesa, cambiando radicalmente el rumbo de la conversación. "No necesito abrirlo para saber lo que dice. Se acabó, Serena. El plazo terminó. El banco se va a quedar con todo."
Serena toma la carta, pero no la abre. La vuelve a dejar, como si fuera una pieza irrelevante en el tablero.
"Ah," dice, en un murmullo. "Entonces fue eso."
"¿Eso qué?", pregunto, exhausta.
"Lo que justifica la tristeza en los ojos de Lydia. En vez de centrarte en lo importante, ¿qué hiciste? Déjame adivinar: le dijiste que no podíais, que no debíais."
"Algo por el estilo", asiento.
El teléfono de Serena suena y, sin disculparse, se aleja para contestar, dejándome sola.
Entro en el hotel, el silencio es absoluto. Tal vez debería aprovechar más, tal vez este sea el último verano que paso aquí. O tal vez sea eso mismo, y esté aprovechando lo que siempre me negué.
Subo la escalera de dos en dos y entro en mi habitación casi corriendo. Encima de la cómoda una fotografía mía con Mel me encara, trayendo una ironía de la que no necesitaba.
Me siento en el escritorio junto a la ventana y abro el ordenador. Mis dedos vacilan sobre el teclado.
Empiezo a escribir. Mel, me acosté con Lydia. Borro de inmediato. Es demasiado crudo, demasiado brutal.
Intento otra vez. Mel, necesito contarte algo sobre Lydia y sobre mí. Borro otra vez. Parece que la estoy culpando a ella, cuando la decisión fue mía.
Respiro hondo. Tal vez deba permitir que ella vea esta Victoria confusa, aturdida, tratando de ser honesta, o apenas apaciguar su

conciencia.

Mel,

Estoy sentada en nuestra habitación mirando nuestra fotografía de Menorca. Recuerdo ese día. Recuerdo lo fácil que era reír. ¿Por qué ahora parece todo tan difícil?

El acuerdo que te propuse. Fue lo más estúpido y cobarde que he hecho jamás. Pensé que era una solución, una forma de darte espacio, pero no lo es. Vamos a hacernos daño.

Un día va a aparecer alguien con quien no es solo una noche, no es solo sexo, y yo no quiero vivir así.

La verdad, Mel, es que me siento terriblemente sola. Siento que este hotel, que iba a ser mi proyecto, nuestro proyecto, se ha convertido en una prisión, una barrera entre nosotras. No sé si la culpa es mía, que me alejé sin pedirte verdaderamente tu opinión. Claro que pregunté, pero sé que te obligué a dar la respuesta que yo quería, que yo necesitaba oír. O si la culpa es tuya, que nunca abandonaste tus sueños, para poder estar más cerca de los míos.

Necesitamos hablar. En serio. No por teléfono, no con mensajes. Cara a cara.

Perdona por este email. Perdona por esta confusión. Pero siento que si no saco esto fuera, voy a explotar.

Vic

Releo lo que escribí. Un desastre, y al mismo tiempo lo más honesto que le digo en años. Con el corazón martilleándome en el pecho, hago clic en 'enviar'.

Siento un alivio inmenso, e, inmediatamente, soy inundada por una ola de pánico absoluto.

La respuesta vendrá. Y yo no tengo la más mínima idea de si estoy preparada para oírla.

CAPÍTULO 20

Hôpital Necker-Enfants Malades

LYDIA

21 de julio

No fui capaz de almorzar. Hace demasiado calor. Camino por el jardín, hasta sentarme en la hierba apoyada contra el tronco de un árbol, intentando centrarme en las palabras del libro que finjo estar leyendo desde que llegué.

Serena está sentada en su mesa habitual, con el ordenador delante y el teléfono en el oído, pero no parece estar discutiendo con nadie. Victoria desapareció, y Josefina está enfrascada en algo en la cocina. Es inútil, miro el azul del mar, y otra vez la hoja blanca cubierta de letras. Como para provocarme, y probar que no voy a conseguir leer, el móvil suena en mi bolsillo. Un número largo, con el prefijo de Francia. Ignoro. No conozco a nadie en Francia.

El teléfono para y yo vuelvo a mirar el libro. Esta vez consigo leer la página hasta el final y pasar a la siguiente.

¿Cómo puede ella cambiar tan de repente? Por la mañana me miró, y era la mirada de quien sintió lo mismo que yo. Me dijo que no estaba arrepentida, y después de repente, de repente cambió todo.

Ni cinco minutos han pasado cuando el teléfono vuelve a sonar. La insistencia es un síntoma que no puedo ignorar. Contesto.

"¿Doctora Castella?" Es la voz de una mujer, con un francés impecable y una autoridad natural. "Mi nombre es Anne Marchal. Soy la Directora Clínica del Hôpital Necker-Enfants Malades."

Me quedo en silencio, el Hôpital Necker-Enfants Malades es uno de los mejores del mundo y ella una estrella de la cirugía.

"Pido disculpas por el atrevimiento de llamarla directamente," declara con ceremonia, "Ya sigo su trabajo desde hace unos años. Su artículo en Pediatrics fue brillante. Una técnica revolucionaria. Pero no es por eso que la llamo."

"¿No?", pregunto solo para decir algo, en medio de una total incredulidad.

"Sé que los últimos meses fueron complejos," comenta, con delicadeza. "Pero no es su capacidad como gestora lo que me interesa. Lo que busco es a la cirujana. Una amiga mía, italiana, siguió el caso de los gemelos recién nacidos, con atresia intestinal múltiple. Un caso que había sido considerado inoperable."
Mi corazón late acelerado. ¿Cómo sabe ella todo esto? El caso fue hace más de un año. Una situación compleja, cuyos detalles nunca fueron publicados. "Fue una lucha", es todo lo que murmuro, y tan bajo, que ni sé si ella me oye.
"'Lucha' es una forma elegante de decirlo, Doctora. La vascularización del mesenterio debe haber sido un mapa del infierno. Su decisión de usar una técnica de alargamiento intestinal contra la opinión de muchos, fue de un coraje inmenso."
Me quedo atónita.
"El problema no era la técnica en sí," devuelvo, sintiendo un poco de mi antigua autoconfianza volver. "Era la friabilidad del tejido. La anastomosis fue difícil. Tuve que improvisar."
"¡Exactamente!", concuerda con un entusiasmo genuino. "La capacidad de tomar una decisión de esa magnitud, en el momento exacto. Es por eso que creo que es un crimen colocar a cirujanas como nosotras en despachos, gestionando hojas de cálculo. Un desperdicio."
Ella habla de mi trabajo con una familiaridad que me deja incómoda.
"Y es por eso que la llamo, Lydia," dice. El uso de mi primer nombre es súbito, e íntimo. "Tengo una propuesta. No es un empleo, es un desafío. Estoy montando una nueva unidad de cirugía neonatal. Quiero las mejores mentes de Europa. Quiero que venga a París, para trabajar conmigo." Hace una pausa. "Si le interesa, el puesto es suyo. Tenemos un laboratorio de investigación totalmente financiado, autonomía en la formación de su equipo y un salario que refleja su experiencia."
Contengo la respiración mientras ella habla, pero acabo teniendo que soltar el aire.
"Yo..., yo no sé qué decir," tartamudeo. Yo, que nunca tartamudeo.
"No diga nada ahora. Piénselo," dice, con una simpatía cálida. "Pero sepa que esta no es una oferta de la administración. Es una

invitación, Lydia, de una cirujana a otra. La puerta de mi quirófano estará siempre abierta para usted. Piénselo."
Después de colgar siento las manos temblar. Aparto el libro hacia un lado, y soy asaltada por una urgencia incontrolable de hablar con alguien.
Por un momento no hago nada. Me doy cuenta de que no es con Isabel con quien quiero hablar, es con Victoria. ¡Estúpida! ¡Estoy siendo estúpida! ¿Qué me importa la opinión de Victoria? ¡Nada! Yo no la conozco, ella no forma parte de mi vida. Y dejó bien claro que yo no formo, ni formaré, parte de la vida de ella.
Tomo el teléfono y marco el número de Isabel.
"Hola, querida," dice cuando contesta. Por el ruido de la música y del agua del grifo percibo que tiene el teléfono en altavoz.
"¿Estás en casa?", pregunto, admirada. "¿A esta hora?"
"Sí, salí temprano. Un día tranquilo, para variar." Su voz es opaca, no consigo percibir si está bien. Pero, antes de poder preguntarle, es ella quien me cuestiona: "¿Qué pasa? Pareces animada."
Olvido mi sorpresa, y siento la excitación volver. "Animada es poco. Isa, acaban de llamarme. De París."
Le cuento todo. De Anne Marchal, del Hôpital Necker, de la oferta increíble, y de la posibilidad de un recomienzo.
Del otro lado de la línea, hay una pausa. "¿París?", dice por fin. El tono no es de alegría, sino de una ligera contrariedad. "¿Cómo que trabajar en París? Nuestra vida es en Barcelona, Lydia."
"¡Pero podría ser en París!", insisto.
"Querida, seamos realistas," responde reflejando su condescendencia. "No podemos simplemente hacer las maletas e irnos por un impulso."
"No es un impulso, Isabel. Puede ser el trabajo de mi vida."
"Lo sé, y me alegro por ti. Es genial para tu ego." La forma en que profiere cada palabra, cada frase, reduce la oferta a un capricho.
Oigo un timbre sonar y, instantes después, una puerta golpearse.
Isabel parece haberse puesto con prisa de repente.
"Hablamos mejor sobre esto el fin de semana, ¿ok? Voy a intentar ir ahí pasado mañana."
"Ok," respondo, sin emoción.

"Te amo."
"Yo también," afirmo automáticamente, y presiono el botón de colgar.
La llamada no se desconecta. Debo haber presionado mal en la pantalla. En el momento en que voy a presionar otra vez, identifico voces del otro lado.
"Por fin...", oigo a Isabel, no para mí, sino para alguien que está con ella.
Y después, otra voz. Una voz baja, cálida, inconfundible: Mel.
Mi cuerpo se hiela. El teléfono está pegado a mi oreja, y yo no consigo apartarlo.
"¿Día difícil?"
"¡Día irreal!", responde Isabel, que se acercó al micrófono, "Necesitaba llegar a casa, y que tú llegaras. Me han invitado para la dirección clínica."
"¡Fantástico!" exclama Mel alto y claro. "Ven aquí. Tenemos que celebrar."
"Estaba hablando con Lydia, ella vive en un mundo aparte. Todo se ha vuelto un drama."
Isabel describe lo que acabo de contarle, en una mezcla de burla e irritación.
Identifico el sonido de un vaso siendo puesto en la mesa. El sonido de tela rozando, cuerpos moviéndose probablemente en nuestro sofá. Y después el sonido, el sonido inconfundible de un beso, y respiración entrecortada de Isabel.
"Le dije que iba allá el viernes," susurra.
"Shhh, No pienses más. Piensa en esto."
"Te eché de menos."
El sonido cambia. Tal vez el ruido seco de ropa siendo tirada al suelo. Un suspiro más profundo, y su voz de Isabel, ahora casi irreconocible. "Aquí no..."
"Sí," le responde Mel, con voz firme. "Vamos a quedarnos aquí."
Y yo continúo con el teléfono pegado al oído. Paralizada. Los sonidos que siguen no necesitan traducción. El sonido de mi mujer teniendo un orgasmo con otra persona, en nuestro salón.

Con un movimiento torpe, encuentro finalmente el ícono rojo en la pantalla y cuelgo la llamada.
Siento el frío de la hierba húmeda en mis pies descalzos. Me acuesto boca abajo, con la cara escondida en los brazos.
Me dejo estar inmóvil no sé por cuánto tiempo, pero lo suficiente para sobresaltarme cuando una mano se posa en mi espalda. Levanto la cabeza.
El rostro de Serena está en la penumbra, entretanto casi oscureció. No consigo ver bien su expresión. Se sienta a mi lado y me extiende un pañuelo. Lo tomo. Es suave.
Su silencio es más reconfortante de lo que cualquier palabra sería.
"Isabel está en casa," digo, con la mirada clavada en la hierba. "Con Mel." Hago una pausa. "Se olvidó de colgar el teléfono. Y yo no fui capaz de colgar el mío. Me quedé escuchando."
Serena me acaricia el rostro y, después me extiende la mano para que me levante y me siente a su lado.
"Un error de principiante," ironiza. "La tecnología es una cabra traicionera."
"Las oí hablar de mí. Isabel dijo que yo era un 'drama'. Pero peor, fue invitada para ser directora clínica y no me lo contó."
A continuación, comparto con Serena la llamada que recibí de París, y la forma en que Isabel recibió la noticia.
"Tu llamada, tus novedades son un inconveniente para su romance. Muy egocéntrico de tu parte estropearles el ambiente, ¿no crees?"
Su cinismo es un antídoto singular. Es como si estuviera traduciendo mi tragedia a un lenguaje que puedo comprender: una farsa.
"En cierto momento, se callaron y los sonidos fueron otros.", añado, avergonzada.
"Puede ser una excelente noticia."
"¿Cómo?", cuestiono sin entender adónde quiere llegar.
"Puede ser una excelente noticia para compartir con Victoria."
"¿Te contó lo que pasó?"
"No fue necesario."
Levanto la cabeza y miro sus enormes ojos negros. "¿Sabes de lo que hablas? ¿O es solo teoría?"

Una pequeña sonrisa toca sus labios. "Si mi vida amorosa fuera una acción de bolsa, los analistas dirían que tiene 'alta volatilidad' y un historial de '*crashes* espectaculares'."
"Estoy hablando en serio, Serena."
"Hubo una vez una mujer", recomienza. "Digamos que tenía un cerebro que valía millones, pero en lo que toca al amor, no encajaba en el guión que habían escrito para ella."
"¿Cómo?", pregunto sin entender.
"Aparentemente, 'una novia americana y descaradamente lesbiana' no quedaba bien en su biografía." Serena se encoge de hombros. "Entonces, ella hizo lo que las personas brillantes y cobardes hacen. Eligió la seguridad en vez de la felicidad. Un clásico error de inversión."
"¿Te alejaste?", indago, sin contenerme.
"Ella me pidió que esperara. Y yo esperé. Esperé hasta el día en que percibí que ella nunca estaría lista. Entonces, me fui. Fue lo más difícil que he hecho jamás."
Por un momento ninguna de nosotras dice nada, a lo lejos se oye el mar, pero por lo demás estamos rodeadas de silencio.
"¿Mercedes?", oso cuestionar.

CAPÍTULO 21

Mercedes

VICTORIA

21 de julio

El día se arrastra. El sol está implacable, incluso a esta hora. Mel no respondió a mi email y no contesta el teléfono. Debería estar preocupada, ansiosa, pero ya no puedo. Antes de nadar lejos, busco a Serena, pero no está en mi campo visual. Debe estar preparándose psicológicamente para la llegada de Mercedes, reflexiono.

Brazada. Respiro. Brazada. Respiro. Voy repitiendo, intentando sacar de mi cabeza la noche con Lydia y nuestra conversación de ayer por la mañana, mi retroceso estúpido, la desilusión estampada en su cara.

Estoy llegando a lo alto del jardín, cuando oigo un coche arrancar, y alejarse.

En el patio Josefina saluda a una mujer que le dirige una sonrisa afable. Viste un traje de pantalón gris carbón, perfectamente cortado, y una camisa de seda blanca. No lleva joyas, excepto un reloj que, incluso a distancia, parece valer tanto como mi hotel.

Serena surge en la puerta. Su postura, normalmente relajada, está tensa.

"Llegaste," dice, no como un saludo, sino como una constatación.

"Dije que vendría," responde la otra calmadamente. Toma la maleta y camina en mi dirección. "Victoria. Es un placer conocerla finalmente. Mercedes Ferrá", se presenta.

La mano es cálida y el apretón firme.

"Bienvenida."

"Creí que llegabas mañana." Serena se muestra verdaderamente incómoda.

"¿Cenamos a las nueve?" pregunta Mercedes, como si ni siquiera hubiera oído. "Me gustaría oír la historia de este lugar. La versión real, no la edición romántica de Serena."

Serena aprieta la mandíbula, pero no dice nada.

En medio de una confusión de camisetas y shorts, encuentro unos pantalones y una camisa. Quiero traer alguna solemnidad a esta cena, que, aunque nadie me haya dicho nada, es seguramente una cena de negocios. Antes de salir de la habitación me detengo a observar mi fotografía con Mel. Ninguna respuesta al e-mail. Solo un mensaje diciendo que iba a trabajar hasta tarde, pero que todo estaba bien. Un tono tan normal como desconcertante.
La mesa está puesta en el patio. Tres lugares. Lydia informó a Josefina que no cenaba. Siento su falta.
"Yo también soy una idealista," dice Mercedes, después de que yo le cuente la historia del hotel.
"¡Estás bromeando!", no se contiene Serena, hasta entonces callada, fijada en vaciar una copa de vino y después otra. "Tú eres lo contrario de idealista, fría y pragmática. Lo que te hace el genio que todos reconocen", concluye amenizando un poco la dureza de las palabras.
"Debe ser difícil," continúa Mercedes, como si no hubiera sido interrumpida, "Gestionar esto sola, con su mujer en Barcelona."
"Victoria se las arregla," vuelve a interrumpir Serena, en un tono protector que suena a posesivo.
"Deja que Victoria hable, Serena," corta Mercedes, fríamente. "Su opinión es la única que me interesa esta noche."
Serena se recuesta en la silla, y vuelve a vaciar la copa que, entretanto, había llenado.
"Mel tiene su trabajo, sus proyectos," afirmo, defendiendo a la mujer a quien envié un e-mail de ruptura.
"Victoria, lo que Serena vio aquí – el potencial para vender silencio, para vender paz – es brillante. Pero Serena vende ideas. Yo construyo realidades."
Su mirada se desvía hacia Serena, cáustica. "De preferencia realidades lucrativas."
"Buscamos inversores, tal vez un fondo de capital." Esta vez, Serena habla tranquilamente.
Mercedes hace un gesto de indiferencia y se vuelve hacia mí, ignorándola una vez más. "Mi propuesta es una sociedad. Yo compro

el hotel y tú continúas aquí como directora. Tú te quedas con la magia. Yo me quedo con las matemáticas."
"No sé qué decir", balbuceo.
"No digas nada ahora," dice Mercedes, bebiendo un poco del vino que tiene en la copa. "Piénsalo. Voy a quedarme aquí hasta el lunes.
"Ahora, si me disculpan, necesito hacer unas llamadas," declara, levantándose y dando por terminada la cena.
"¿Ella es siempre así?", pregunto.
"No," responde Serena, con una sonrisa amarga. "Hoy está siendo simpática."
No consigo dormir. Llamé a Mel, pero estaba eufórica con el nuevo proyecto que ganó. Habló, habló, y yo, yo no tuve coraje, o tal vez ganas, de contarle la conversación con Mercedes. Ella no habló del e-mail y yo tampoco. Una cosa es cierta, Mel no viene este fin de semana.
Ya es tarde cuando vuelvo a bajar al jardín, necesito pensar. Camino instintivamente hacia mi refugio, el banco de piedra escondido por la enredadera.
En medio del silencio oigo voces. Serena y Mercedes están junto al pozo, puedo verlas claramente, iluminadas por la luz del farol. Me quedo inmóvil, escondida por las hojas.
"¿Por qué estás aquí, Mercedes? En serio, ¿por qué?", la voz de Serena es cortante.
"Vine por ti. Porque cometí un error."
"No. Tú no viniste por mí. Tú viniste por esto. Por la sensación. Tú no quieres pasear por la calle, con mi mano en la tuya. Tú quieres mi mano en otro sitio cualquiera, de preferencia con el riesgo de que nos pillen. Tú quieres el baño de la gala en el *Met*, con el mundo entero del otro lado de la puerta, bebiendo champán, mientras yo te follaba contra la pared de mármol."
Nunca había oído a Serena hablar así.
"Las cosas cambiaron, Serena."
"No, no cambiaron. Pruébalo."
Veo a Mercedes dar un paso adelante para besarla. Serena levanta la mano, y sus dedos paran a centímetros de los labios de Mercedes.

"No," dice en un tono gélido. "Los besos no prueban nada. Además siempre fuiste genial con los besos."
Inmediatamente después, es ella quien da un paso adelante, acorralando a Mercedes contra la piedra del pozo. La dinámica cambia.
"Estás temblando, Mercedes. Y ni siquiera te he tocado."
Serena se acerca tanto, que su cuerpo casi toca el de Mercedes. "¿Quieres probar algo?", cuestiona. "Entonces quédate quieta. Y mírame."
Mercedes obedece. No oso respirar. Veo la mano de Serena deslizarse por la camisa de seda de Mercedes, en un toque lento.
"¿Quieres hablar del pasado? Muy bien, ¿dónde estábamos hace un año?", la voz de Serena adquirió una intensidad perturbadora, "En un taxi, atravesando el puente de Brooklyn. Las luces de la ciudad pasando como diamantes desenfocados. ¿Recuerdas el olor del cuero del asiento? ¿Y del conductor, con los ojos puestos en el espejo retrovisor?"
"Serena..."
"Shhh. Él sabía. Él sabía lo que estaba pasando. Y tú adoraste, adoraste cada minuto. El miedo de que él parara el coche, de que nos expusiera. Dime que no es verdad."
Veo la mano de Serena desaparecer dentro de los pantalones de Mercedes y el cuerpo de ella estremecerse. Los nudillos de sus dedos se vuelven blancos al agarrar el borde del pozo. Un sonido ronco y sofocado se escapa.
"Dime, Mercedes,"
Serena mantiene el tono y la cadencia de las palabras. Imagino sus dedos exactamente del mismo ritmo, lento y delicioso.
"Dime que odiaste el riesgo".
"Yo no... no lo odié," consigue decir.
"Claro que no, tu cuerpo vive para esto."
La cabeza de Mercedes cuelga hacia el lado. Veo el pecho oscilar, señal de su respiración acelerada.
"¿Recuerdas lo que te susurré al oído?", prosigue Serena, implacable, "¿Mientras la ciudad entera pasaba allá afuera? Te pregunté si debía parar."

Aparentemente Serena interrumpe lo que sea que estaba haciendo.
"¿Qué me respondiste, Mercedes? Quiero oírte decir las mismas palabras."
"Nunca," la palabra sale más como un gemido.
"'Nunca'," repite Serena, "Y después imploraste. ¿Qué me imploraste?"
"Para sentirte... por favor... para sentirte dentro de mí."
"Pero yo no lo hice, ¿verdad? Te dejé así. En el límite, en el asiento trasero de aquel taxi. Y cuando llegamos a la puerta de tu casa, tú saliste y ni siquiera miraste atrás."
Veo el cuerpo de Mercedes temblar.
"Pero esta noche, esta noche voy a darte lo que quieres. Después de todo atravesaste el Atlántico, es lo mínimo que puedo hacer."
Veo a Serena cambiar ligeramente de posición y sus movimientos acelerarse. La cabeza de Mercedes cae hacia atrás, y un grito atraviesa el vacío de la noche.
Serena lleva su mano a la boca y pasa los dedos por los labios.
"¿Ves?", dice, "Todo sigue igual. Continúas siendo la misma."

CAPÍTULO 22
Control

LYDIA

22 de julio

Me pongo unos shorts y la camisa de ayer, sin preocuparme en ducharme. La noche fue una mezcla desagradable de pesadillas y pensamientos desordenados.

Ya era tarde cuando Isabel me llamó. Delicada y querida, me contó que había sido invitada para ser directora clínica. ¡Una sorpresa! Pidió mi opinión, como si fuera importante.

Cree que va a conseguir transformar el hospital, manipular al Consejo de Administración. Y yo temo que pueda pasar exactamente lo contrario, que sea ella la manipulada, engullida por la fuerza de una máquina que nunca para.

Mientras hablábamos vi a Serena y Mercedes en el jardín, pero ni señal de Victoria. Me muero de curiosidad por saber qué pasó.

Isabel no tocó el tema de París, mucho menos sus encuentros con Mel. Usó la táctica habitual, hacer como que no existe. Y yo hice mi parte, respondí a lo que me preguntó y nada más.

En medio del entusiasmo, empezó una conversación delicada sobre cómo yo hacía falta en el hospital. Llegó al punto de intentar convencerme de ir la semana que viene a operar un caso particularmente difícil. Prometí pensarlo, confieso que me sentí tentada.

*

Cuando llego al patio Serena está sentada en una mesa diferente, de espaldas a mí. Tiene la espalda curvada, los hombros tensos, y el cabello suelto, con los rizos tomados de una energía propia, indomable, camiseta y shorts de mezclilla. Nunca la había visto así. No sé si parece más joven o más vieja, simplemente no parece ella.

El portátil está cerrado. Frente a ella un plato con un croissant intacto y una taza de café probablemente frío, que ella revuelve con la cuchara en un gesto mecánico y ausente.

Me sirvo un café con leche, evitando cruzarme con Josefina, que felizmente no me ve, y me siento frente a Serena, sin pedirle permiso.
No tiene sus gafas de sol, y los ojos están marcados por unas ojeras, que ni la piel oscura consigue disimular.
"Buenos días," murmuro. "Tienes mala cara", digo sin rodeos.
"Es bueno saberlo," responde.
"¿No dormiste?"
"El sueño está sobrevalorado," ironiza, intentando una sonrisa que no le llega a los ojos. "Es apenas el cerebro haciendo su mantenimiento."
"¿Mercedes?" digo, más como una afirmación que como una pregunta.
"Mercedes llegó," confirma, con un suspiro que parece venir del fondo del alma. "Con su eficiencia alemana y su encanto catalán. Una combinación letal."
"¿Entonces la cena fue productiva?", insisto, empujando la taza en su dirección. "Bebe. El café debe estar frío, pero la cafeína aún está ahí."
Ella obedece, mecánicamente. "¿Productiva? Sí. Hizo la propuesta, como yo sabía que haría. Lógica, generosa, impecable. Y Victoria, la pobre Victoria se quedó mirándola como si hubiera visto un ángel."
"¿Y tú?"
Serena deja la taza con un ruido seco. "¿Yo? Yo representé mi papel. La amiga servicial, pero inútil. Es un papel que a Mercedes le gusta que yo represente. Valida sus elecciones."
El único sonido es el del viento en las hojas. Mi propio drama parece distante ante su angustia.
"¿Por qué necesita disminuirte para sentirse poderosa? ¡Ella es poderosa!"
Serena levanta la mirada "Porque yo soy la única persona en el mundo que ella no consigue controlar. La única a quien ella alguna vez permitió entregarse. ¿Quieres saber nuestra historia?", cuestiona de forma retórica. "Mercedes no teme el fracaso profesional, ella es imbatible. Ella teme el éxito de una relación. Vive sola en un apartamento en Manhattan, inmaculado, lindo, parece una

instalación de arte. Lo único que teme más que un crash en la bolsa es el caos, y el amor es una forma de caos."
"¿Y cómo entras tú en esa ecuación?", pregunto, curiosa.
"Yo era el caos controlado. Un ejercicio de control y riesgo."
Serena se inclina sobre la mesa, y su voz se transforma en un secreto compartido. "Recuerdo una noche, en una gala benéfica. Ella estaba en la mesa principal, al lado de un banquero cualquiera. Yo estaba en una mesa secundaria, observando. Nuestras miradas se cruzaron por encima de las orquídeas y el cristal. Desvié la mirada y sentí el teléfono vibrar. Era un mensaje de ella: 'Baño del tercer piso. Siete minutos'."
Serena hace una pausa, reviviendo el momento. "Era su juego. El riesgo. Subí. El baño era una exageración de mármol y espejos. Estaba vacío. Ella entró un minuto después, cerró con llave la puerta y, sin una palabra, me empujó contra la pared fría, con el cuerpo presionando el mío. Pero lo más excitante para ella no era el beso. Era el sonido. El sonido amortiguado de la orquesta tocando Strauss del otro lado de la puerta. El sonido de los tacones altos en el pasillo. La posibilidad de que alguien golpeara la puerta en cualquier segundo."
Serena sacude la cabeza, agitando los rizos. "Yo quería llevarla al hotel. A una cama. A la privacidad. Pero ella no quería eso. Ella quería follar allí mismo, de pie, contra el lavabo, con el vestido de alta costura arrugado. Quería el miedo. Porque el miedo ella conseguía controlarlo. La intimidad, no."
"¿Y tú?"
"Yo le di lo que quería," admite. "La agarré, la giré de espaldas y la presioné contra el espejo. Ella veía mi rostro por encima de su hombro, y su propio rostro, sonrojado, su expresión transformándose de poder en sumisión. Y adoraba. La respiración entrecortada, los gemidos ahogados en mi mano para que nadie oyera. La hice correrse así, temblando, mordiéndose el labio para no gritar, mientras la élite de las altas finanzas bebía champán a pocos metros de nosotras. Después, nos recompusimos, y ella salió primero. Diez minutos más tarde, estaba de vuelta en su mesa, sonriendo como si nada hubiera pasado."

Siento un escalofrío.
"Hubo otra vez," continúa ella, como si un mundo de confesiones se hubiera abierto. "Estaba en su casa. Ella estaba en una videoconferencia, cerrando un negocio de miles de millones. Hablaba con una voz fría y autoritaria. Yo entré en el despacho, ella me hizo una señal para que esperara. Me senté en el suelo, fuera del campo de visión de la cámara. Después, subí la mano por su pierna, por debajo de la falda. Ella no vaciló. Continuó hablando de cláusulas y de tasas de interés, pero sentí un temblor minúsculo recorrer su cuerpo. Deslicé la mano más y más arriba. Ella hizo una pausa en la conversación, bebió un sorbo de agua. Estaba en la cima de su poder, y al mismo tiempo, completamente a mi merced. Continué tocándola, despacio, mientras ella negociaba. Fue el orgasmo más silencioso y más intenso que he visto jamás. Cuando colgó me miró con los ojos oscuros de deseo y furia, y dijo: 'Te odio'. Y yo sabía que era su forma de decir 'quiero más'."
"Ella no te odia, Serena," digo, "Ella odia el hecho de que tú eres la única persona en el mundo que la conoce verdaderamente."
"Y por eso, me quiere de vuelta," concluye Serena, con una resignación infinita. "Para intentar probarse a sí misma que puede controlar lo incontrolable. Que me puede tener, sin entregarse."
"¿Por qué os separasteis?"
"Yo fui estúpida, me enamoré. Pensé que lo que teníamos era real. Le pedí que se quedara conmigo. Y ella, ella eligió la seguridad. Dijo que no podía... Me pidió que esperara."
"¿Y esperaste?"
"Esperé," confirma, con la mandíbula apretada. "Esperé un año. Un año de encuentros secretos y promesas susurradas. Hasta el día en que percibí que nunca iba a suceder. Ella no quería la felicidad, quería la emoción de casi tenerla."
"Y ahora está aquí," digo, suavemente.
"Ahora está aquí," repite. "Yo casi no aguanté hace un año, no voy a dejar que la historia se repita."

CAPÍTULO 23

Un apartamento como los otros

VICTORIA

22 de julio

El zumbido suave del motor es lo único que rompe el silencio dentro del coche. Afuera, el paisaje de la costa da lugar a las primeras señales de la ciudad. A mi lado, Mercedes mira por la ventana, su perfil recortado contra el vidrio ahumado, perdida en sus propios pensamientos. La observo por un instante – la mujer que, en menos de veinticuatro horas, puso mi mundo patas arriba.

¿Será que es realmente buena idea venir con ella a Barcelona? Ahora que estamos a poco más de media hora, es tarde para arrepentimientos. Veamos qué quiere. Pienso en Mel. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Ni siquiera le dije que venía. También verdad sea dicha, hasta hace dos horas ni yo sabía.

Pienso en Lydia y en la falta de atención que le di. Ella merecía más y yo no tuve capacidad de gestionar tantas cosas al mismo tiempo.

Vuelvo a pensar en Mel. En la ausencia de respuesta a mi e-mail. En el silencio que se instaló entre nosotras, que es más pesado que cualquier discusión. Y una vez más, reviso la imagen de Lydia. Le dije que era una 'consecuencia'. ¿Cómo pude decir eso? ¿Una consecuencia de qué? ¿De mi deseo? ¿De mi necesidad de sentir?

Recuerdo su cuerpo en el mío, su entrega, su control que me hizo perder el mío. Recuerdo la vulnerabilidad en su mirada la mañana siguiente y mi retirada estúpida.

"Llegamos."

La voz calmada de Mercedes me arranca de mis pensamientos.

El coche se ha detenido. Miro por la ventana y mi confusión aumenta. No estamos en un edificio de oficinas o en un hotel. El coche se ha inmovilizado frente a un edificio clásico, a pocas manzanas de la Sagrada Familia. La fachada es elegante, con balcones de hierro forjado y ventanas altas.

"¿Es aquí donde vamos a reunirnos?", pregunto.

"Es aquí donde vivo," responde, mientras la conductora, una mujer de cabello rubio, impecablemente uniformada, le entrega una carpeta. "O vivía. Mantuve el apartamento, a pesar de estar en Nueva York. Nunca se sabe cuándo necesito un puerto de abrigo."
Ella abre la puerta del edificio y entramos en el vestíbulo. El apartamento está en el primer piso. Esperaba algo moderno y minimalista, pero el espacio es cálido y acogedor, con un suelo de madera antigua, techos altos con molduras de yeso y una luz increíble que entra por las ventanas. La decoración es una mezcla de piezas de diseño contemporáneo y antigüedades. Tal como ella dijo ayer sobre mi hotel, este también es un lugar con alma.
"Pido disculpas por el desorden," dice, lo cual es absurdo, porque el lugar está impecable. "Voy solo a la panadería de la esquina a buscar algo para comer. Ponte cómoda."
Sale, sin darme oportunidad de decir nada, dejándome sola en su cocina. Es una cocina espaciosa, con armarios marrones y una encimera de piedra oscura. Me siento una intrusa.
Afortunadamente está de vuelta pocos minutos después, con una bolsa de papel en la mano.
"El señor Ramírez," dice, con una sonrisa. "Continúa allí. Dijo que estaba más delgada y constató que en Nueva York no se come bien. Por eso, me regaló un pastel.", dice, sacando dos palmeritas crujientes de la bolsa, y colocándolas en platos.
Prepara un té y nos sentamos en la mesa de la cocina. Es un vistazo de un cotidiano que me sorprende. En este momento Mercedes es solo una mujer.
"Victoria", dice, revolviendo el té con la cuchara sin haberle puesto azúcar. El tono es serio, pero no intimidatorio. "Lo que te propuse anoche es un negocio. Pero, para mí, es más que eso."
Me quedo en silencio, esperando. Me doy cuenta de que tengo hambre. Por la mañana no fui capaz de comer nada. Tomo la palmerita y le doy un mordisco.
"Es buena, ¿no?", pregunta Mercedes, atenta a las pequeñas señales.
"Una delicia", confirmo. Bebo un sorbo de té y miro a través de la ventana.

"¿Por qué estás haciendo esto?", pregunto por fin. "¿Por qué mi hotel? Podrías comprar cualquier hotel en el mundo."
Mercedes desliza la silla un poco hacia el lado, cruza la pierna, y me mira a los ojos.
"Porque Serena, incluso cuando no está intentando, tiene un olfato infalible para el valor," avanza en su voz calmada y precisa. "La idea de vender 'paz' y 'silencio' como el lujo supremo no es romance, es la próxima frontera del mercado de élite. Las personas entran en agotamiento. Las empresas pagan fortunas para intentar que eso no suceda. Es un mercado con pocas alternativas."
Hace una pausa.
"Pero, sería mentira si te dijera que es solo eso. No lo es. Serena... ella tiene un talento para ver el alma de las cosas. Es lo que la convierte en una analista brillante, ya esté mirando los mercados de derivados o un hotel decadente en la costa. Ella vio un potencial que nadie más había vislumbrado. Su instinto vale más que cualquier algoritmo de mis analistas."
Mercedes no dice nada sobre su relación con Serena y yo no oso tocar el tema. Acabo de comer y vacío la taza.
"Quise que viéramos Barcelona, para traerte aquí, para que vieras que soy más que alguien que quiere ganar dinero y hacer un negocio. Pero también, porque pensé que podríamos hablar con Mel. Creo que podría ser ella quien hiciera el proyecto de arquitectura. Investigué un poco sobre su trabajo, y me quedé impresionada con lo que vi."
Siento la garganta seca y un nudo en el estómago. No quiero tener a Mel involucrada en nada de esto.
Ajena a lo que pasa en mi cabeza, Mercedes prosigue animada: "No necesitamos más inversores, yo entro con el capital. Mis abogados hablan con tu hermano y garantizan que cede su parte sin recibir nada, a cambio queda libre de deudas y de un futuro proceso por gestión dañosa. Pagamos al banco, hacemos las obras que Mel crea adecuadas, y tú aún recibes una buena suma. ¿Qué te parece? Por supuesto que te quedas gestionando el nuevo espacio, eso ni tiene discusión. Un buen salario para hacer magia."

¿Cómo que qué me parece? Me parece que estoy soñando y nadie me ha despertado. El problema es que me han dado dos sueños al mismo tiempo: la venta del hotel y la noche con Lydia.
Me quedo callada, lo que obliga a Mercedes a continuar hablando. "¿No te parece bien? Podemos añadir una parte variable del 10% de los beneficios a tu salario."
"¡Para Mercedes! Por favor para", declaro abruptamente.
Ella abre la boca para decir algo, pero acaba por no decir nada.
De forma atropellada, que es exactamente como me siento, explico que mi situación con Mel está lejos de ser perfecta. Ella no quiere tener nada que ver con el hotel, nunca quiso. Y probablemente, en el futuro, no va a querer tener nada que ver con algo que me incluya.
"Parece que vinimos a Barcelona para nada", concluye. "Tal vez una amiga mía que es arquitecta sea una mejor opción. Pero su obra la conozco, no necesito visitarla. No pasa nada, vinimos a comer una palmera de Ramírez, es razón más que suficiente para nuestro viaje."
Almorzamos en el centro y regresamos en el mismo coche que nos trajo.
Entramos en el hotel, y Mercedes sube rápidamente las escaleras diciendo algo a Josefina sobre tener que ir a la habitación por estar con dolor de cabeza. Extraño, no mencionó nada durante el trayecto.

*

Miro alrededor, las mesas están desiertas y el jardín también.
"¿Buscas a la Doctora?", indaga Josefina. "Pasó la mañana afuera con Serena y después fue a la habitación. Le llevé una ensalada."

*

Pasan de las cuatro y media. En una de las mesas del jardín, Lydia está sentada leyendo un libro. Me siento lo más alejada posible, con la esperanza de que no me vea.
Habría sido una posibilidad si Josefina no atravesara la puerta gritando mi nombre. Al mismo tiempo que llevo un dedo a los labios diciendo "¡Shhh!", Lydia gira la cabeza hacia atrás encarándome. Afortunadamente, no hace ademán de levantarse.
No quiero hablar con ella, no ahora.

Me levanto de forma apresurada, rodeo a Josefina, que se detuvo, atónita con mi reacción, y corro en dirección a la playa.
Desafortunadamente no tengo traje de baño. Paciencia. Me quito los shorts y la camiseta y me zambullo de cabeza en el mar, solo en bragas.
Nado lentamente, saboreando la lógica de cada brazada, con la esperanza de que eso me ayude a ordenar las ideas. Por más culpable que me sienta, y me siento, adoré cada minuto de nuestra noche. ¿Hace cuánto tiempo no sentía nada parecido? Tal vez eso sea realmente lo peor. La conciencia de que nunca me entregué así a Mel.

CAPÍTULO 24
Quiero volver aquí

LYDIA

22 de julio

La vista de este lugar es siempre mágica, pero a esta hora, la Luna da un brillo al mar que parece no ser posible reproducir cualquiera que fuera la gama de colores disponible. Sentada en el borde del muelle balanceo las piernas. Es demasiada información, demasiados sentimientos contradictorios. La propuesta de trabajar en París - tal vez sea eso mismo, una conspiración del destino. Debería dejarlo todo e irme. Ir a hacer lo que sé hacer, lo que me hace feliz. Pero...

¿Por qué tiene que haber siempre un 'pero'?

El 'pero' podría ser Isabel, su nuevo cargo. Y, sin embargo, mi 'pero', no es ese. No es saber si ella está teniendo una aventura, o algo parecido, con la ex-novia. Mi 'pero' se llama Victoria. Alguien que hace un mes yo no conocía.

"La vista desde aquí es un activo infravalorado", dice Mercedes que se acercó sin que yo notara.

Con las manos en los bolsillos de los pantalones parece demasiado formal para este sitio, reflexiono, mirando de soslayo mis shorts y pies descalzos.

"Depende del retorno que se espera", ironizo, devolviendo la sonrisa.

"¿Puedo?", pregunta, apuntando al lugar donde estoy sentada.

"Claro."

"Este sitio me hace sentir tranquila", afirma, sentándose cuidadosamente fruto de la dificultad impuesta por la ropa. "Mira que no hay muchos lugares del mundo sobre los cuales diría lo mismo", añade.

"Es un hecho", concuerdo, sin decir más nada.

"Tú no me pareces una persona que busque tranquilidad. ¿Qué te trae aquí?"

"Falta de alternativas."

"¿Cómo?", indaga, sin, no obstante, mostrar la sorpresa que yo esperaría.

En el mínimo de palabras posible le cuento lo que pasó en el hospital, hablo de la fiesta, de Francesca, pero sobre todo de Isabel. "Ella se movía en aquel ambiente como si fuera el suyo, como quien pertenece allí. Y Francesca, su intervención fue... tan quirúrgica. Tan autoritaria."
"Francesca siendo Francesca", murmura.
Si yo estaba asombrada con todo lo que rodea a Mercedes, nunca podría imaginar lo que seguiría.
"Yo conozco a Francesca, somos amigas", declara, como si no fuera más que normal.
"¿Conoces a Francesca?"
"La conozco. El mundo es pequeño, y este mundo, es aún más pequeño."
Súbitamente recuerdo las palabras de Francesca en París - "Una amiga mía muy querida, una periodista americana está en Europa haciendo un trabajo sobre un hotel con encanto en la Costa Brava, ... Un paraíso, según oí decir." ¡Estaba hablando de Serena!
Como leyendo mis pensamientos Mercedes habla, sin que yo haya dicho nada: "Serena también es amiga de Francesca."
"No estoy entendiendo nada de nada", afirmo poniéndome de pie. No consigo continuar aquí sentada mirando el mar. La tranquilidad se deshizo.
"Vamos a caminar", declaro, sin darle opción.
Lado a lado bajamos el camino hasta la arena y lentamente recorremos el espacio hasta las rocas.
"¿Tienes un cigarrillo?", pregunto.
"¿Fumas?"
"No. Pero ahora era todo lo que me apetecía."
"Lamento no poder ofrecerte uno. Es una compañía preciosa, catalizador de buenas conversaciones, compañero de seducción y sabe Dios qué más. También fumaría uno. Pero vamos a tener que vivir sin eso. Hasta para poder continuar viviendo", culmina con una carcajada.
"Mi trabajo es saber cosas, Lydia," dice, desviándose de la cuestión con una facilidad desconcertante. "Digamos que conozco bien a

Francesca. Desde hace muchos años. Ahora, continúa. Estabas hablando de Isabel."
"No sé qué hacer. Perdí el trabajo, el propósito, y probablemente a mi mujer. La forma en que Isabel entró en aquella fiesta. La admiración que tiene por aquella mujer..."
Mercedes posa la mano en mi brazo, su expresión no es de ironía, sino de comprensión.
"¿Tú crees que la relación de Isabel con Francesca tiene que ver con poder, con dinero?"
"¡Claro!", respondo, exasperada. "¡Es obvio! Isabel quiere ser como ella."
"Lydia, tú eres una cirujana brillante, pero eres pésima analizando las relaciones entre las personas. Estás mirando la situación con la perspectiva equivocada."
"Entonces ilumíname. ¿Cuál es la perspectiva correcta?"
"Su conexión no tiene nada que ver con Sphere," prosigue, "Francesca conoce a Isabel desde que era pequeña. La admiración no es ambición, es confianza. Francesca era la mejor amiga de la madre de Isabel. Inseparables, desde la facultad." Mercedes vacila por un instante, como si estuviera sopesando si debe o no decir algo más. "Creo que eran más que eso, Lydia. Creo que Francesca no era solo la mejor amiga de la madre de Isabel, era el gran amor de su vida."
Me quedo con la boca abierta, sintiendo que me falta el aire en los pulmones. ¿Cómo es que yo no tenía la menor idea? ¿Por qué Isabel nunca me dijo nada?
"¿Por qué estás aquí? ¿Por qué quieres invertir en este hotel? Específicamente en este", pregunto. De alguna forma la cuestión parece ahora ser importante.
"Tu amiga Victoria me hizo la misma pregunta."
"Ella no es exactamente mi amiga", me apresuro a justificar.
Mercedes pasa la mano por el cabello y respira hondo, antes de responderme. "¿Nos sentamos?", indaga apuntando a una roca. "Yo nunca fui una persona de relaciones, siempre viví sola y siempre sobreviví muy bien. No te voy a decir que nunca me enamoré, sería

mentira. Pero las pasiones dan trabajo, duelen, y peor, nos quitan el control."
No oso interrumpir, pero si ella supiera cómo me siento reflejada en lo que acaba de decir.
"Me fui a Nueva York porque tenía una oportunidad única, pero también para dejar atrás lo que podría haber sido una pasión."
"¿Y ella?", sale sin que me contenga.
"¿Ella quién?"
"La mujer por quien casi te enamoraste."
"Ella siguió su vida, con su esposa. Tuvieron una hija. Somos buenas amigas." Mercedes vuelve a suspirar profundamente. "Serena apareció en mi vida venida de la nada, en una fiesta, como tantas y tantas otras mujeres con las que me crucé. Pero, con ella fue diferente. Cosas que la razón no explica. No puede ser afinidad, porque nos involucramos antes de conocernos. La cuestión es precisamente esa. Podría haber sido una noche de sexo alucinante y nada más. Unas semanas de placer, o hasta unos meses de encuentros. Pero nunca fue nada de eso. O mejor, siempre fue todo eso, y siempre supimos que era algo más. Ni yo ni ella queríamos compromisos. Pero Serena tiene una inteligencia brillante, una capacidad de leer a las personas como nunca conocí a nadie más. Y yo me enamoré."
"¿Y eso es un problema?" Mi voz suena extraña en el silencio, pero siento que tengo que decir algo.
"Me enamoré y quise huir, quise negar, hacer como que no era verdad. El problema es que Serena también se enamoró."
"Perdona, pero difícilmente entiendo cómo eso puede ser un problema."
"Ella fue honesta. Se dio cuenta, y quiso zambullirse de cabeza. Yo pedí tiempo. Inventé excusas, como si a esta altura de la vida me importara lo que los otros piensan sobre mí, y menos aún sobre el hecho de ser lesbiana."
"¿Y ella?"
"Ella se mantuvo cerca. Hasta que un día, hace cerca de un año, me dijo que se iba. Mi tiempo se había acabado. Y yo, estúpida, no hice

nada, no dije nada, la dejé ir. No le llamé, no le escribí, nada. Asumí que no nos íbamos a volver a ver."
"¡Guau! Yo no sería capaz.", verbalizo.
"Hace unos meses Francesca me llamó. Estaba preocupada con Serena. Había ido a pasar unas semanas a París, y estaba deprimida, desconectada, emocionalmente destrozada. A pesar de todo, había tomado una decisión sensata. Tú no sabes, nadie sabe, pero Serena no escribe solo sobre mercados bursátiles, escribe también sobre un tema completamente diferente - hoteles y lugares paradisíacos-, usando el nombre de Amy Smith."
"¿Fue por eso que vino aquí?" No sé si es una pregunta o una constatación.
"Descubrió este hotel y su historia y quiso venir a verlo ella misma. Francesca la incentivó, tal vez pudiera ser el principio de una recuperación. Creo que ni Francesca pensó que podría ser más que eso, al menos hasta que Serena le llamó con una propuesta de inversión. Cuando te digo que la capacidad de visión de Serena es genial, no estoy bromeando."
"¿Y tú entras dónde, en esta historia?"
"Francesca es la reina de su propio tablero de ajedrez. Sumó las piezas, y me llamó. Yo voy a invertir y voy a volver aquí. Este lugar me parece difícil de igualar."
"¿Y Serena sabe eso?"

CAPÍTULO 25

Nada puede ser peor que desistir sin intentar

VICTORIA

23 de julio

Pasan poco de las seis y media. Entro en la cocina y preparo un café: grande y fuerte. Con la taza en la mano, abro la puerta al patio, que para mi asombro, ya no está cerrada con llave. Serena, ¿quién más?

Sentada en la mesa que para siempre será la suya, escondida detrás de sus gafas enormes, aunque aún no haya propiamente mucho sol, tiene en la mano un vaso de café con leche que va bebiendo en pequeños sorbos.

"¿La noche fue larga?", cuestiono sentándome frente a ella.

"Para algunos parece que sí. Mercedes y Lydia volvieron de la playa pasaba de la medianoche. Si no las conociera a ambas, diría que..."

No la dejo terminar la frase, y le doy una palmada. "No inventes. Ya bastan los problemas que tenemos".

Curioso, Serena siempre me hace reír, incluso cuando eso es lo último que me parece posible.

Ella bebe casi la mitad del líquido que tiene en el vaso de una sola vez, antes de fijar los ojos en mí: "Pareces más cansada que yo."

"Pasé la noche pensando en la propuesta que Mercedes me hizo."

"¿Por qué fuisteis a Barcelona?"

"Me llevó a su casa."

"Ahí está, un sitio donde yo nunca estuve"

"Creo que me quiso mostrar que es humana. Tiene un apartamento, conoce al señor del café. ¡Ah! También quería hablar con Mel, sobre obras y planos de arquitectura. Tal vez haya pensado que era así como me iba a convencer, no podía estar más equivocada, y se lo dije. Mel no va a estar involucrada en nada de esto, ni..."

"Ni, ¿qué?" Serena se arregla el cabello, que hoy parece tener voluntad propia.

"¿Quieres darte un chapuzón?"

"¿Ahora?", cuestiona asombrada mirando el reloj. "Son las siete de la mañana."
"¿Y? ¿Crees que el mar aún no ha abierto?", bromeo levantándome y extendiéndole la mano.
"No tengo traje de baño", resiste.
"Ni yo."
Nos zambullimos en ropa interior, sintiendo el fresco del agua en la piel.
"¿Qué pasa? Te pusiste seria. El agua está demasiado fría."
Serena nunca pierde la ironía, forma parte de ella.
Antes de darme tiempo para responder, se aleja. Tardo un buen par de minutos en alcanzarla.
"El agua nunca está demasiado fría, nosotras es que a veces estamos demasiado calientes", devuelvo, provocándole una carcajada genuina.
"Si vendes esto, ¿qué vas a hacer? Sin banco, sin deudas, sin complicaciones."
Por primera vez, dejo que esa posibilidad exista.
"Vuelvo a mi vida de antes."
"La vida con Mel", constata ella, sin ningún juicio en la voz.
"Sí." Hasta a mí, las palabras me suenan huecas. "Es estable. Predecible."
"¿Y feliz?"
La pregunta es tan simple, y, sin embargo, la respuesta es un laberinto.
"Yo creía que sí."
"¿Y Lydia?", la voz de Serena no cambia de tono. "Es todo menos predecible."
A pesar del agua siento que me sonrojo. "Lo que pasó fue... Una noche. No significa nada."
"¿No? ¿Y el haberle dicho a Mel que querías abrir la relación, tampoco significa nada? La forma en que miras a Lydia, no es 'nada'."
"Yo abrí la relación para proteger lo que teníamos", me defiendo.
"Tú abriste la relación para no sentir culpa de lo que ya no tenías."

Abro la boca para protestar, para decirle cuánto está equivocada, pero las palabras no salen.
"No fue solo una noche, ¿verdad?", dice casi más para sí misma que para mí. "Fue el primer paso hacia un sitio del que no sabes si puedes volver."
Los ojos de Serena están pegados en mí con tal intensidad que me siento compelida a girar la cabeza en dirección a la playa. Afortunadamente no se ve a nadie, ningún movimiento, nada.
"El peligro no está en lo que pasó, Victoria. Está en lo que sentiste. En la sensación de que estabas exactamente donde debías estar."
"¿Qué se hace con una sensación de esas?", susurro.
"Todo menos lo que yo hice. Hablas, actúas, vuelves al mismo sitio y luchas por lo que quieres. No te escondes en demagogia o falsas premisas, que ni siquiera pones a prueba, tanto es el miedo de que puedan ser verdaderas. Nada puede ser peor que desistir sin intentar."
La profundidad de las palabras es tal que me asusta. Siento el corazón disparado y la boca seca. Serena parece haber dado por terminada la conversación, y sin aviso previo, nada a la velocidad de siempre, en dirección al muelle.
Cuando llego ya no hay señal de ella. Me pongo la camiseta y los shorts sin preocuparme en empaparlos y busco el móvil que dejé en el bolsillo.
'Mercedes, me gustaría almorzar contigo.', escribo y envío.

*

Josefina preparó nuestro almuerzo y dejó los platos en la mesa de la cocina. Vamos a comer aquí, no quiero interrupciones de Serena, y menos aún de Lydia.
"¿Pensaste sobre mi propuesta?" Mercedes es tan directa como sería de esperar y dispara la pregunta incluso antes de empezar a comer.
"Mucho", respondo, sin huir de la verdad.
"¿Y?"
"Y, es una propuesta genial. ¿Quieres vino?", cuestiono ganando tiempo.
"Agua, por favor."
"Tu propuesta es mucho más de lo que podía soñar..."

"Pero...", me interrumpe, mostrando que al final también ella está ansiosa.
"Pero, yo no quiero quedarme aquí. Mi lugar no es este. Yo doy clases, adoro lo que hago. O mejor, lo que hacía. Si la propuesta implica que yo esté aquí, entonces no puedo aceptar", concluyo sintiendo las manos sudar.
"Si tú no te quedas, tenemos que encontrar a alguien para el puesto. ¿Qué te parecería si invitara a Amy Smith para gestionar el proyecto?"
La respuesta no podría sorprenderme más.
"¿Amy Smith? ¿Tú conoces a Amy Smith? Es fantástica. Ve lo que siempre estuvo frente a nosotros, pero nunca fuimos capaces de descubrir. La adoro." Sacudo la cabeza y bebo un sorbo de vino.
"No me respondiste. ¿Qué te parece? Amy Smith al frente de un producto de lujo, un oasis de paz, para protección de la salud mental de aquellos que hacen del estrés su modo de vida?"
"Ella nunca aceptaría." Al mismo tiempo que hablo recuerdo la conversación que Josefina oyó y digo en voz alta: "Josefina oyó a Serena hablar de Amy Smith por teléfono el otro día."
"Falta de cuidado de su parte."
"¿Qué?", inquiero sin entender.
"Serena mantuvo este secreto muy bien guardado durante los últimos años. Parece que aquí, se olvidó de mantener la fachada."
"¿Estás diciendo que Serena es Amy Smith?"
"Si miras bien los textos son similares, el poder de interpretación, de, como tú decías hace poco, ver lo que nadie más vio."
Desvío el plato casi intacto hacia el lado, y apoyo el codo en la mesa. "Serena es la persona ideal. Es su plan, su visión. Sería más que perfecto." Me callo súbitamente, como si necesitara tiempo para oír mis propias palabras. "Pero, Serena va a volver a Nueva York."
"¿Seguro?"

*

24 de julio

Este coche está quedando viejo, reflexiono mientras recorro los kilómetros finales hasta la entrada en Barcelona. Afortunadamente, a esta hora de la mañana de un domingo, la carretera está casi

desierta. Tomé la decisión a medianoche, y una vez tomada, no hay nada que la pueda evitar.
Me detengo un instante en la puerta del apartamento, mientras busco la llave en el bolso. Abro la puerta, y me sorprendo con el olor a café fresco que se hace sentir.
No soy la única en ser sorprendida. Antes de recorrer los pocos metros que separan la puerta de entrada de la cocina, Isabel surge frente a mí, en camisón, con una taza de café en la mano.
"¿¡Victoria!?"
"Perdona", digo prontamente, sin asimilar lo que está pasando.
"No pidas perdón. Yo es la que estoy en tu casa."
Nos quedamos paradas en medio del vestíbulo sin saber qué es lo que se supone decir o hacer. Por fin, es ella quien habla: "¿Quieres un café?"
La sigo, y me siento en la cocina, dejando que ella me sirva.
"No sé qué decirte", afirma cuando deja la taza.
"Creo que no tienes que decir nada. Yo es la que no debería haber aparecido así, sin avisar."
A pesar de mantenernos prácticamente susurrando debemos haber hecho el ruido suficiente para despertar a Mel, que en su camiseta *oversize*, traspasa la puerta.
"¿¡Victoria!?", profiere, demasiado alto. "¿Está todo bien? ¿Pasó algo?"
"Un millón de cosas. Pero tal vez sea mejor que te sientes y bebas un café. ¡No pongas esa cara!", exclamo, acabando por reírme. "La situación podría ser trágica, dramática, pero por alguna razón no es ni una cosa ni otra. Es simplemente predecible. Te dije que abriéramos la relación, y tú hiciste exactamente eso."
"Rompí las reglas", declara Mel, visiblemente avergonzada.
"No fuiste la única", afirmo sin contenerme.
Ella parece no haber oído y continúa: "No fue solo una noche, y no fue solo sexo."
"Claro que no. Después de todo vosotras tenéis una historia.", Miro a una y a otra, ninguna de las dos sabe qué decir, y de repente, soy yo quien está en superioridad, soy yo quien controla la escena.
"Lydia..." Isabel empieza, pero acaba por no decir nada.

"Lydia está bien. Recibió una propuesta de trabajo para ir a París, pero creo que ya sabes eso. Deberías decirle que vaya, sería bueno para ella."
"No creo que sea por mi causa que ella no quiere ir."
"¿Cómo?" Ahora fui sorprendida.
"Lydia sabe que Mel y yo hemos estado juntas. No se enteró de la mejor manera, pero lo hecho está hecho, y ella lo sabe."
"¿Hace cuánto tiempo?"
"¿Eso importa?"
"¿Hace cuánto tiempo?", repito.
"Hace unos días."
En mi cabeza reconstituyo las mil conversaciones de las últimas horas, de los últimos días, pero nada parece encajar.
"Perdonad, pero mi turno empieza dentro de poco, y tengo que salir."
La partida de Isabel ayuda a dar alguna normalidad a lo surreal de toda la situación.
Mel va hasta la habitación y yo la sigo. Hace mucho tiempo que no entraba aquí. Mi casa, mi habitación. Hace tiempo que dejó de serlo. Mi casa es el hotel, o tal vez ni eso.
Me siento en el borde de la cama, evitando pensar en lo que sea que pueda haber pasado aquí. Cuando volvemos a la sala, la conversación se aligeró, y discutimos detalles de su nuevo proyecto. A pesar de haber aprovechado para contarle la propuesta de Mercedes, no entré en gran detalle, pero ahora me parece apropiado.
"Sabes, Mercedes quería hablar contigo. Pensó que me convencería más rápido si fueras tú quien hiciera el plan arquitectónico de la obra."
"¿Y convenció?"
"Convenció, pero le dije que tú no estabas interesada."
"¿Por qué?"
"Siempre odiaste el hotel, y todo lo que representa."
"Siempre odié tu idea de ir allá. De dejarme aquí sola."
Creo que por primera vez, Mel fue sincera en lo que toca a este tema.

"Pero compensó. Vas a ser rica. Y es merecido, fue una apuesta tuya, en la que nadie más creyó."
"Yo no te dejé aquí sola, yo te pedí que hiciéramos esto juntas", afirmo, volviendo atrás en la conversación.
"Siempre fuimos honestas, no vamos a empezar ahora a dejar de serlo. Yo no quería ir al hotel, y tú no querías estar aquí. El hotel fue una necesidad pero también una puerta de salida. ¿Hace cuánto tiempo no estamos verdaderamente bien?"
"¡No estamos mal!"
"No, no estamos mal. Pero, ¿eso es suficiente? Para mí no lo es", dice suspirando, haciéndome una caricia en el rostro, con ternura. "Y para ti tampoco. Perdona por haber roto las reglas de nuestro acuerdo."
"Yo es la que tengo que pedirte perdón", profiero entre dientes, sin evitar una lágrima. Fue esta honestidad, esta transparencia lo que hizo que me enamorara de ella. "Primero por haberte propuesto este acuerdo, sabiendo lo que significaba. Y después, por también yo haber roto las reglas."
"¿Lydia?", cuestiona, en tono de afirmación.
"Sí."
"¿Estás enamorada?"
"No sé. Le dije que no había tenido ningún significado, que fue solo un momento fruto de las circunstancias..."
Mel me interrumpe, levantando la ceja, "No hiciste eso, ¿verdad?"
"Lo hice. Yo estoy casada contigo. Ella está casada con Isabel. Y muy probablemente ahora se va a París. ¿Qué querías que le dijera?"
"La verdad. La verdad es siempre una buena opción."
Me quedo pensando si yo misma sé cuál es la verdad. Si no fueran las circunstancias ¿qué le habría dicho?
"Me gustaría hacer el proyecto del hotel", afirma Mel viniendo de la nada.
"¿En serio? Mercedes va a adorar saberlo, después de todo ella anduvo investigando tu currículum y tus proyectos. Tienes que llevarla en una visita guiada."
"Si me das un aventón voy contigo y hablo con ella, hoy mismo. Esta historia avanza más rápido que el viento."

"¿Y cómo vuelves?", cuestiono con mi lado práctico funcionando.
"Le pido a Isabel que vaya allá mañana, cuando salga del hospital. Ella y Lydia tienen que hablar. Y después, vuelvo con ella por la noche. Si sale mal, siempre está la posibilidad de venir en tren", añade con una carcajada.

*

Cuando aparco en el hotel, y Mel sale del coche, la estupefacción en las caras de Lydia, Serena, Mercedes, y hasta de Josefina, no podía ser mayor.
Es mi turno de bromear un poco. Sin ningún tipo de explicación, presento Mercedes a Mel.
"Al final yo estaba equivocada. Si quieres creo que ya tienes arquitecta para el nuevo proyecto."
"Qué buena noticia. Espero que le hayas dicho que fui hasta Barcelona solo para poder hablar con ella."
"No lo dijo, pero me honra saberlo." Declara Mel, sin dar parte de débil. "Podemos acordar un día para que veas los proyectos que estoy haciendo y algunos de los antiguos. ¿Ya hay algún plan para aquí?"
En menos de nada, Mercedes, Mel y Serena, entran en modo trabajo. Hablan de espacios, de costes y de nuevas oportunidades, ríen y garabatean en un bloc improvisado.
"¿Salimos de aquí?", pregunto, mirando a Lydia que permanece silenciosa.
Avanzamos calmadamente hasta la playa, rodeamos las rocas y paramos en la laguna.
"¿Por qué no me lo contaste?"
"¿El qué?"
"Que sabías que Isabel y Mel se estaban encontrando. Tenían una aventura, ¡no sé! ¡Algo! Sabías y no me lo contaste."
"No quería que fuera una razón para hacer nada diferente conmigo. No quería que lo que sea que pasara con nosotras fuera 'consecuencia' de esa noticia."
"Dejaste que me sintiera culpable."
"La culpa tiene que ver con sentimientos, no con hechos", me responde haciendo salpicar el agua.

"Isabel viene aquí mañana."
"Lo sé, me llamó."
"¿Vas a París?"
"¿Cómo lo sabes?"
"Serena me lo comentó."
"Isabel intentó convencerme de quedarme. De volver al hospital para dirigir la cirugía pediátrica."
"¿Por qué?", sale de mi boca sin que pueda controlarlo.
"Tal vez porque soy una cirujana excelente. Tal vez porque ahora ella es la directora clínica y puede hacer eso."
"¡No! ¿Por qué quiere que te quedes aquí?"
"Pregunta lo que quieres saber, no hagas este juego. Vas a perder, tal como pierdes al ajedrez"
"Yo estaba desconcentrada cuando perdí."
Me dejo resbalar apoyando las manos en la roca para no lastimarme y aterrizo dentro del agua, mojando los shorts y parte de la camiseta.
"Está bien, quiero saber cómo vais a quedar tú e Isabel."
"¿Cómo vais a quedar tú y Mel?"

CAPÍTULO 26
La habitación de al lado

LYDIA

25 de julio

Despierto con el ruido de alguien golpeando levemente la puerta, o al menos es lo que me parece. Instintivamente miro el reloj 1:18. Pensé que ya era casi de mañana.

Me levanto y abro una rendija de la puerta. Del otro lado está Victoria. Por su expresión sé que no puede haber pasado nada grave. Abro la puerta hacia atrás y me aparto para darle paso.

"Conseguí finalmente convencerlas de ir a dormir. Ya no aguanto más oír hablar de proyectos e inversiones", profiere, sentándose en el sofá de mi sala improvisada.

"Está yendo bien", concluyo, sin saber qué más decir. "Pero imagino que no fue por eso que viniste a golpear mi puerta a esta hora."

Antes de que ella responda, se oyen claramente las voces susurradas de Mercedes y Serena, viniendo de la habitación de al lado.

"Fue planeado, ¿no? ¿Fuiste tú? ¿Francesca?"

"No importa, Serena, ¿verdad?", afirma Mercedes. "Importa que tú descubriste una perla, y esta vez, yo quiero hacer el camino contigo. Ni siquiera es una cuestión de querer, es una cuestión de poder. Horas de psicoterapia, tenían que dar algún resultado, ¿no?"

La carcajada que sigue es una mezcla de la risa de ambas.

"¿No tienes miedo?", pregunta Serena.

"¿¡Miedo!? Miedo es lo que más tengo, de mañana, de tarde y de noche. Pero, es así. Tú sabes que es así. Invertir causa miedo, arriesgar causa miedo, pero no hacerlo es un millón de veces más peligroso."

Durante un momento no se oye nada. Pero Mercedes vuelve a hablar: "Yo estoy enamorada de ti, hoy y hace un año. Con la diferencia de que hoy sé que este es el proyecto más importante de mi vida."

Otro silencio prolongado, pero esta vez, no se vuelve a oír la voz de ninguna de las dos. Sonrío.
"Podríamos aprender con ellas, y perder menos tiempo", digo, mirando a Victoria.
"Tu proyecto es París. El mío es intentar volver a la Universidad", concluye Victoria recostando la cabeza en el sofá.
"Yo no voy a París. Llamé a Isabel, voy a aceptar su propuesta para volver al hospital, para volver a la cirugía pediátrica. No me importa lo que piensen los otros, si es una promoción o una degradación. Es eso lo que quiero hacer y me basta."
"Felicidades", dice entre dientes, sin sonreír.
"¿Solo eso? Pensé que te alegrarías más."
"¿Alegrarme, por volver a casa?"
"Yo no te dije que iba a volver a casa. Te dije que iba a volver al hospital. Aunque a veces parezca que vivo allí, son cosas bien diferentes."
"Entonces..."
Victoria se levanta y se acerca a mí, que continúo de pie.
"Entonces, Isabel y yo nos vamos a separar." Pronuncio las palabras lentamente, pasando la lengua por los labios.
La agarro y la atraigo hacia mí, tomándola en un abrazo, que se convierte en un beso. Siento su lengua en la mía, lo dulce de sus labios. Sus manos por debajo de mi camiseta, y mi cuerpo reaccionando como reaccionó desde la primera vez que ella lo tocó.
Sin más preámbulos, me empuja hacia el sofá, y yo me dejo caer de espaldas, con su cuerpo sobre el mío. En un instante, sus labios están en mi cuello, en mis hombros, en mi pecho. Siento sus dientes clavados en mi piel, la boca envolviendo mi pezón, y un escalofrío me atraviesa. Con una de las manos sujeta mis brazos, por encima de mi cabeza. La otra desciende por mi cuerpo.
No hay una sola palabra. Solo el sonido de nuestra respiración cada vez más acelerada.
Se aparta ligeramente, y recorre mi cuerpo con la mirada de quien sabe exactamente lo que está haciendo. Me desviste, dejándome desnuda, expuesta, rendida a su merced. Tan excitada que cualquier toque es suficiente para volverme loca.

Su boca continúa en el punto donde había parado, y va descendiendo. Arqueo la espalda y dejo escapar un gemido. Su lengua es caliente y parece apostada en provocar más y más mis sentidos. Dejo la cabeza caer hacia atrás, y me relajo contra los cojines.
Con las manos aparta mis muslos, sus dedos saben lo que buscan, y encuentran el punto exacto, sin vacilación.
Por más que lo intente evitar, mi cuerpo me traiciona, y responde con voluntad propia. Mis piernas tiemblan. Mi cadera oscila, elevándose para ir al encuentro de su toque. Mi boca se abre, y un grito resuena en el espacio, con la certeza de que será oído en la habitación de al lado.

FIN

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Acerca de la autora

Libros en esta serie

ACERCA DEL AUTOR

Maggy McAndrew

Maggy McAndrew es médica y una apasionada escritora afincada en Lisboa. Con un diverso portafolio que incluye publicaciones científicas y cautivadoras obras de ficción, el verdadero amor de Maggy reside en crear desgarradoras novelas de romance lésbico. Basándose en su amplia experiencia en el campo de la medicina y en entornos académicos, entreteje hábilmente "rebanadas de la vida diaria" con las complejidades de la dinámica hospitalaria y universitaria.

La perspectiva única de Maggy y su aguda comprensión de las relaciones humanas le permiten crear historias auténticas y emocionalmente resonantes que muestran las alegrías, desafíos y triunfos de las mujeres que aman a las mujeres. Sus novelas ofrecen una representación poderosa y sin disculpas del amor lésbico en todas sus formas.

Para mantenerse en contacto con Maggy y recibir ofertas exclusivas, extractos gratuitos de sus próximas obras y las últimas noticias sobre su trayectoria como escritora, por favor, escríbale a maggy.mcandrew@gmail.com. Ella valora la oportunidad de interactuar con sus lectores y agradece cualquier comentario, opinión o pregunta que pueda tener.

Autora de
VERDADES NO DICHAS
PASIONES IMPREVISTAS
AMOR SIN CONCESIONES

@maggymcandrew

LIBROS EN ESTA SERIE

Sphere España

La serie Sphere incluye un conjunto de novelas lésbicas con historias independientes ambientadas en la actualidad, que reflejan la realidad de varias mujeres lesbianas en el entorno médico y universitario. El punto de unión de estas historias es la existencia de la "Sphere." La "Sphere" es un grupo formado por mujeres, en su mayoría lesbianas, de toda Europa. Fue fundado en Francia, en la década de 1920, por una estadounidense que, durante su estancia en París, formó un grupo compuesto por mujeres prominentes en diversas áreas de las artes y las ciencias, que se reunían para discutir asuntos profesionales, conversar o, en algunas ocasiones, para poder tener relaciones en un espacio seguro. El secreto del grupo se mantenía por la necesidad de cada uno de sus miembros de proteger su propia identidad. Con el paso del tiempo, el grupo se fue ampliando y pasó a contar con mujeres notables en varios ámbitos, y sobre todo con muchas mujeres en puestos de poder, tanto a nivel económico como político. Los miembros del grupo se ayudan entre sí, intercambian influencias y mantienen el propósito original de promover espacios seguros para mujeres lesbianas.

Verdades No Dichas

En los pasillos del Hospital Central, dos brillantes doctoras se encuentran en una colisión con el destino. Olivia, la nueva directora clínica del hospital, está decidida a adoptar un enfoque más compasivo en su liderazgo, incluso mientras navega por los desafíos de un matrimonio asfixiante y una relación íntima y secreta con una mujer poderosa. Julia, una renombrada cirujana cardiotorácica, no

podría ser más crítica con respecto a la visión de Olivia, pero sus acaloradas discusiones despiertan una innegable atracción.
A medida que las vidas de Olivia y Julia se entrelazan cada vez más, deben enfrentar los secretos, deseos y traiciones que amenazan con consumirlas. Desde el quirófano hasta sus casas, su pasión empuja los límites de su rivalidad y pone a prueba sus corazones.
Camila, la esposa de Julia, lidia con sus propios demonios, que nos llegan a través de sus conversaciones con su psiquiatra.
A través de los relatos en primera persona de Olivia y Camila, los lectores se sumergen en un mundo de relaciones complejas, luchas personales y la búsqueda de la identidad y la felicidad.
"Verdades No Dichas" es una cautivadora historia de amor, ambición y caminos inesperados que nos llevan a nuestro verdadero yo. Sumérgete en las crudas emociones y las íntimas revelaciones de Olívia, Julia y Camila, mientras navegan por las complejidades de sus relaciones, carreras y el poder transformador del amor en todas sus formas.
Prepárate para una poderosa historia de corazones rotos y lazos inquebrantables que nos unen. "Verdades No Dichas" es una lectura obligatoria para quienes creen en la resiliencia del corazón humano y en la valentía de abrazar el amor, incluso en circunstancias difíciles.